

El eremitorio

Espiritualidad del desierto

por un monje

Contenido

PRIMERA PARTE EL DESIERTO

El Desierto del Éxodo. Ausencia del mundo
El Desierto de Juan Bautista. Bajo el techo de Cristo
El Desierto de Jesús. Los combates del Desierto
El Desierto de Magdalena. La compunción
El Desierto de San Pablo. El descubrimiento de Cristo
El Desierto de la noche. El crisol del Desierto

SEGUNDA PARTE LA MONTAÑA

El Monte Sinaí. La trascendencia de Dios
El Monte Tabor. El sentido de Cristo
El Monte de los Olivos. La santa voluntad de Dios
El Monte de las Bienaventuranzas. La alegría espiritual
El Monte Calvario. El amor a la cruz
El Monte Carmelo. Los caminos de la oración

TERCERA PARTE EL TEMPLO

El Templo cósmico. De Dios a la criatura
El Templo bíblico. La iglesia del Eremitorio
El Templo crístico. En oración con Jesús
El Templo marial. Pura capacidad de Dios
El Templo eclesial. Presencia en el mundo
El Templo interior. La inmanencia de Dios
Epílogo. La celda

"Huiré lejos, y moraré en el desierto" (Sal 54, 8).

"Tornará su desierto en vergel, y su soledad en paraíso de Yavé" (Is 51, 3).

"Vivir en el desierto no significa sólo vivir sin los hombres, SINO ADEMÁS, vivir con Dios y para Dios" (Dr. Serge Boulgakoff).

"Cum quo enim Deus est, nunquam minus solus quam cum solus est. Tunc enim libere fruitur gaudio suo, tunc ipse suus est ad fruendum DEO in se, et se in DEO..." = "El que con DIOS esté nunca está menos solo que cuando está solo. Pues entonces goza sin trabas de su dicha; entonces es dueño de sí mismo para gozar de DIOS en sí y de sí en DIOS" (Guillermo de St. Thierry).

Primera parte

El desierto

"La seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón" (Os 2,16).

Gracia de predilección es la que Dios te da con traerte al desierto.

Gratuito es el llamamiento y tu perseverancia se la deberás únicamente a la condescendencia divina. Ten siempre ante los ojos esa fineza del amor de Dios para con tu alma y la irás estimando gradualmente. Pese a tus lecturas y a lo que llamas tu experiencia, no sabes, al entrar, lo que la soledad del desierto te reserva.

Aquí, como en todas partes, no hay dos almas que sigan exactamente la misma pista; Dios no se repite en sus creaciones.

Muy pocas veces (tal vez nunca) revela por adelantado sus designios.

Entra en el desierto, humilde y sosegado. Al Dios que te espera, la única cosa de valor que le has de presentar es tu entera disponibilidad. Cuanto más ligero sea tu equipaje humano, cuanto más pobre seas de lo que estima el mundo, mayor será tu oportunidad de éxito, ya que Dios gozará de mayor libertad para manejarte. Te llama a vivir a solas con él solo: a nada más.

La acción directa sobre los hombres, aunque sea por la pluma, para nada entra en las perspectivas intencionales del desierto. Luego has de consentir en perderte enteramente. Si abrigas el secreto deseo de ser o hacerte "alguien", vas derecho al fracaso. El desierto es implacable: expele infaliblemente a todo el que se busca a sí mismo.

Entra en él en santa desnudez...

Capítulo 1

El desierto del éxodo. Ausencia del mundo

"Condujo a su pueblo por el desierto, porque es eterna su misericordia". (Sal 135, 16).

La entrada en el Desierto es siempre un momento solemne.

Abandonas el ambiente normal de las relaciones sociales por la incógnita de la soledad. Se empieza por desgarramientos, rupturas, tal vez repudiaciones. No se lleva a cabo sin lágrimas esa universal y definitiva repulsa de cuanto nos era más querido. Lo suyo les costó a los Hebreos dejar Egipto, y lo lamentaron por mucho tiempo. Eso que salían en familia. A ti se te pide la fe y el valor de Abrahán: "Salta de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que Yo te indicaré... Fuese Abrahán conforme le había dicho Yavé" (Gn 12,1-4).

No se lee que vacilara o le pesara. Échalo todo por la borda, y pronto.

Los miramientos, los aplazamientos sólo harán que sean más costosos unos sacrificios que un día bien tendrás que aceptar, so pena de nunca ser eremita y no poder perseverar. El Dios que te llama a esas renunciaciones será tu fortaleza. Hizo salir a los judíos de Egipto "in manu forti".

"Dios no desata, arranca; no doblega, rompe; más que separar rasga y devasta todo", así habla Bossuet en el 2° sermón de la Asunción.

Más tarde entenderás esta palabra de Dios: "Vosotros mismos habéis visto... cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí" (Ex 19,4).

No le tomes el peso a tu cruz; se te caería el alma a los pies. Fíate del que, por amor, te recibe tal como eres, sin hacer caso de tu indignidad, y dice: "Voy a seducirte, te llevaré al desierto y te hablaré al corazón..." (Os 2,16-18).

El desierto, al mismo tiempo, fascina y aterra. Es la tierra de la gran soledad, y el hombre, por instinto, teme el cara a cara consigo mismo. El eremita es un separado efectivo. La esencia del desierto es la ausencia del hombre; el desierto puro no tolera ni la vida. El mar de arena, al igual que la cima helada de los montes, es la naturaleza virgen, tal como salió de las manos del Creador, sobre la cual parece posarse aún el Espíritu de Dios que se cernía sobre las aguas al comienzo del mundo (Gn 1,2). Las almas ricas sienten el hechizo de esa virginidad del paisaje. El desierto es puro y purifica; donde no está el hombre, tampoco está el pecado ni el ruido de los negocios terrenales.

La soledad te resultará buena, pero su austeridad te dará en rostro.

Dios mismo define el desierto: "Tierra de arenales y barrancos, tierra árida y tenebrosa, tierra por donde no transita nadie y donde nadie fija su morada" (Jr 2,6).

Emparedado dentro de ti mismo, habrá horas en que sentirás la nostalgia de los intercambios humanos, y el desierto te parecerá horriblemente vacío y absurdo. No has venido en plan de turista, acampas en él como un nómada, sin esperanza de regreso. En esos "combates del desierto" de que habla San Benito, apenas si tendrás más apoyo valedero que el de Dios, aun cuando aparente desentenderse. Alguien ha escrito: "El desierto no sostiene al débil, lo aplasta. El que gusta del esfuerzo y la lucha, ése puede sobrevivir" (P. de Foucauld).

Es la verdad, y da que pensar. Tendrás que aprender a resolver tú solo tus problemas, y sólo te quedará una seguridad: la fe bien templada. Ojalá puedas ser, merced a una oración humilde, de esos atletas "capaces, con la ayuda de Dios, de arrostrar con el solo vigor de tus manos y brazos la lucha contra los vicios de la carne y del espíritu" (Regla de San Benito).

Te gustaba la soledad como descanso, para tomarte un respiro en medio de quehaceres aguantados por el afán de vivir y aguijoneados por la necesidad de producir. En adelante, la soledad es tu medio vital, y nadie espera ya el fruto de tu actividad. Único recurso que te queda: derramar, sin utilidad aparente, sobre los pies de Jesús, el precioso perfume de tus capacidades humanas. Si consientes en ello, tu recompensa será espléndida.

Defiende los accesos de tu desierto. ¿De qué te serviría la clausura si dejas a los hombres que te la invadan con la prensa, la correspondencia, las visitas? No olvides que la ausencia del hombre es su característica esencial. Para ti el desierto no es un marco, es un estado de alma. Ésa es su dificultad radical. El centro de la soledad eres tú en quien la referida ausencia del hombre y de sus vanidades crea una primera zona de silencio. En la estepa sólo se oye un ruido: el gemir del viento. Un refrán árabe dice que es el desierto que llora porque querría ser pradera. Es tu caso, tierra árida y sin agua, que suplica al Señor haga llover su rocío. Fuera del soplo del Espíritu nada se ha de oír. No te dé por poblar ese silencio con recuerdos, imágenes del pasado, curiosidades o distracciones mundanas, sucedáneos de la vida en sociedad. El desierto no admite componendas; con fuerza brutal obliga a escoger; es la pista inhóspita, el incesante ir adelante con el equipaje más ligero posible, o la muerte. No brinda ni consiente nada que divierta. Lo perderías todo; el diletante mataría al contemplativo. Pronto la tosca monotonía del eremitorio acabaría por cansarte, y el atractivo del mundo, por ser tu tormento. Languidecerías, como un desarraigado, de sed maligna. Dos veces desdichado, te verías privado del objeto de tus deseos y Dios te dejaría de lado. Sin duda el desierto es el país de la sed. Lo mismo que a Agar (Gn 21), lo mismo que a Elías camino del Horeb (I Re 19), te ocurrirá pensar que es mejor morir. No vuelvas atrás, Dios te sustentará.

Esa incomunicación no es cosa fácil; entrenándote con dura ascesis es como llegarás a levantar ese antemural del silencio.

Persevera, trabaja por reducir todas tus facultades a la unidad, a la simplicidad del silencio. No pasará mucho tiempo sin que Dios te visite. Se presentó a Elías en el Horeb al filo de un silencio tal que se hubiese oído el susurro de la más leve brisa. Cuando el Señor quiere levantar un alma hasta la contemplación le exige el silencio de todas las facultades y que sólo cuente con Él. En cuanto a ti, no te ocupes ya de ti mismo. Cuando des oídos sordos a las quejas de la naturaleza, cuando niegues audiencia a toda inquietud, a todo deseo que no sea el del amor, cuando seas indiferente sobre tu suerte terrestre, cuando ya casi no pienses de ti ni en bien ni en mal, y no te importe un ardite el juicio de los hombres; cuando, en una palabra, estés habitualmente olvidado de ti mismo, entonces habrás penetrado en el Sancta Sanctorum del silencio, el recinto inviolable del alma donde Dios reside y te convida. De ti como de Moisés dirá: "Él vive permanentemente en mi casa. Cara a cara hablo con él, y a las claras, no por figuras; y él contempla el semblante de Yavé" (Nm 12,7-8).

Toda la espiritualidad del desierto se encierra en esta sentencia profunda de San Juan de la Cruz: "Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma" (Puntos de amor, 21). ¿Te ocurre pensar que es en ti donde se dice? Audición sublime, ahí está toda la vida eremítica.

Has de mostrarte insaciable por escuchar ese Verbo, y nadie si no es el Padre, ni libros, ni teólogos, te la puede hacer oír: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo trae" (Jn 6,44). Esa palabra eterna será tu alimento: la Escritura, la Eucaristía, la contemplación

te la suministrarán. Gustarás ese Maná de Dios (Ex 16). El Espíritu Santo guiará tu alma hacia ella con infinita más suavidad y delicadeza que la nube luminosa (Ex 40,36-38). Él te adoctrinará como desde un Sinaí interior, en la ley de los perfectos.

Dios pactará contigo la alianza de los desposorios (Ex 19) y te dirá al corazón cómo le agrada la liturgia del amor para la que te tenía reservado. Para aplacar tu sed hará brotar del seno mismo de tu aridez el agua de su gracia, de sus dones, con que podrás beber de la fuente misma de la vida Trinitaria (Nm 20,1-11). En ti se repetirán las antiguas "magnalia Dei", siempre que te avengas a surcar con arroyo la estepa.

Porque hay que estar siempre en marcha. El eremitorio no es la Tierra de Promisión; no te es lícito instalarte en él con el confort de unos hábitos acariciados o de una tranquilidad egoísta. El Verbo es tu manjar. Mas también esa Pascua se ha de comer de pie, ceñidos los lomos y el bastón en la mano. Eres peregrino sin domicilio, sin equipaje, sin seguridad del mañana. Para el hombre que se aventura en el desierto no hay vivienda, hay una pista por la que se da prisa por alcanzar "un paisaje del que no se vuelve". Ese paisaje es Dios mismo visto a cara descubierta, y sólo la muerte nos lo muestra así.

El amor debe agujonearte y quitarte todo posible entusiasmo por fabricarte un refugio cómodo. "Como anhela la cierva las corrientes aguas, así te anhela a ti mi alma, ¡oh Dios! Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios?" (Sal 41,2- 3).

Sólo Él sabe el momento y el camino. No tengas plan de vida, consérvate libre de todo cuanto pueda impedir que Dios te mueva a su gusto. Sabores y sinsabores no entran en cuenta. Has de estar disponible y maleable. El Pueblo Elegido sólo sabía una cosa: avanzaba hacia la Tierra Prometida; desconocía las etapas. En aquel éxodo el Señor se reservaba todas las iniciativas. El pueblo se detenía, reanudaba la marcha, se orientaba sin más señal que la nube a la que seguía a ciegas (Ex 40,36-38). Se te pide un abandono así, que descansa en la fe en la Sabiduría, el Poder y el Amor de tu Padre que está en los cielos.

"Lo sabe todo, lo puede todo y me ama". Graba esto en el corazón y en la palma de las manos. Moisés canta la maternal solicitud de Dios.

A ella debe el eremita entregarse. De ti se trata: "Lo halló en tierra desierta, en región inculta, entre aullidos de soledad. Lo rodeó y lo enseñó, lo guardó como a la niña de sus ojos. Como el águila que incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así él extendió sus alas y los cogió y los llevó sobre sus plumas. Sólo Yavé lo guiaba; no estaba con él ningún dios ajeno" (Dt 32,10-12).

Te lo juegas casi todo si vacilas en lanzarte a ese abismo. Si quieres "hacer tu vida", puede que Dios lo consienta, pero oye su amenaza terrible: "Esconderé (de él) mi rostro, veré cuál será su fin" (ib. 20).

Lo demás se adivina sin dificultad: perecerás de hambre y de sed, en un género de vida que no tolera la mediocridad, y serás un "seglar" bajo el sayal de un eremita.

Capítulo 2

El desierto de Juan Bautista. Bajo el techo de Cristo

"Maestro... ¿dónde moras? Venid y ved". (Jn 1,38-39)

Tu pensamiento más familiar ha de ser la gratuidad y eternidad de tu vocación, con su cortejo de gracias. "No sois vosotros los que me habéis elegido a mí, sino Yo el que os elegí a vosotros" (Jn 15,16).

"Antes que te formara en las maternas entrañas te conocía" (Jr 1,5). *"Yavé me llamó desde antes de mi nacimiento, desde el seno de mi madre me llamó por mi nombre"* (Is 49,1). Cf. Ga 1,15 —San Pablo.

Tan verdad lo es de ti como de Jeremías, Isaías, Juan Bautista, San Pablo. Tu convocatoria al desierto es eterna como todo lo que te concierne, y trae su origen de una preferencia inexplicable del amor de Dios para contigo. Por toda la eternidad cantarás el privilegio de tamaña misericordia del Señor. Cualesquiera sean las circunstancias y los motivos personales conscientes que determinaron tu resolución, es el Espíritu Santo el que te ha traído al desierto, como lo hizo con Jesús (Mt 4,1). En realidad, fue el caso del Precursor. Dios te guardaba a la sombra de su mano (Is 49,2), esa mano de padre que te ha modelado, que levanta en tu derredor un muro defensivo, que te dispensa su gracia, te estrecha en la ternura de su abrazo. Esa mano te separa y te consagra. Te separa de lo profano y te consagra al servicio exclusivo de su amor. Te preserva de la cercanía indiscreta de las criaturas, te defiende contra ti mismo, tan propenso a tenderles los brazos. Su contacto te vivifica, purifica y caldea. A él sólo debes todas tus riquezas naturales y sobrenaturales. El desierto del eremita no es un calabozo enloquecedor donde se lo somete a completa incomunicación. Sea tu fe bastante para vivir la realidad de que eres "el niño llevado a la cadera y acariciado sobre las rodillas.

"Como consuela una madre a su hijo" Dios te consuela (Is 66,12-13).

Entonces *"latirá de gozo tu corazón y tus huesos reverdecerán como la hierba"* (ib. 14).

Como el Precursor, tú has sido querido para Cristo, no sólo en el sentido en que entiende San Pablo que todos los elegidos han sido predestinados (Ef 1,4), antes bien para no tener aquí abajo otra razón de ser que el amor y la glorificación de Jesús. Eres más que el amigo del Esposo. Tu alma es realmente la Esposa y puedes tomar como propias las efusiones del epitalamio místico del Cantar de los Cantares: *"Yo soy para mi amado y mi amado es para mí"* (6,3). San Juan no vivió en la intimidad de Cristo. Más dichoso que él eres tú, que posees la Eucaristía y conoces todas las maravillas de la gracia.

Puedes con todo derecho esperar recibir "el beso de la boca", prometido a quienes lo dejan todo por seguirlo, y el desierto se tornará "en jardín con macizos de balsameras" donde el Amado "se recrea entre azucenas" (Ct 6,2-3). En este sentido "el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él" (Mt 11,11).

Ten buen cuidado de no quitarle al eremitorio su sello de austeridad.

Por aquello de que la contemplación es el ejercicio más excelente de la caridad, viene a veces con fuerza la tentación de poner en sordina la rudeza de vida de que todos los anacoretas han dado ejemplo.

Juan Bautista, puro como el que más, no le daba al cuerpo sino lo estrictamente necesario para no morir. El mundo está necesitado de expiación y tú mismo no estás sin pecado, ni sin

tendencias perversas. Si el Precursor hubiera asistido a la Pasión, habría ardido en deseos de seguir al Esposo hasta el martirio. Fuele dada, sí, la gracia de derramar su sangre, pero sin el resplandor de la cruz que a ti te ilumina. Dichoso tú si el eremitorio te cercena hasta el máximo ese confort que tanto hambrea el sentido moderno. El ahorro de tiempo, la superioridad del rendimiento, la liberación del espíritu, no son con frecuencia sino coartadas. El eremita no tiene en absoluto por qué acompasar el ritmo de su vida a la carrera desbocada de un mundo cuya escala de valores es la inversa de la suya. ¡Se nutre de eternidad! En la esfera de lo temporal no tiene deseos, sólo tiene necesidades; aprenda a no forjárselos. La incomodidad en todo debe serte familiar; el "puedo prescindir" ha de regular tus instalaciones y tus reclamaciones. Más vale que la obediencia sea para ti freno que no estímulo. El desierto natural se subleva contra toda sensualidad; por eso son tan pocos sus amadores. Pero los que se han dejado seducir saben por experiencia que de un cuerpo tratado con dureza, el espíritu emerge en la pureza y en la luz. Sin ese gusto por las austeridades ¿cómo serías sucesor de los mártires? Ojalá puedas merecer el elogio del Bautista hecho por Jesús: "Juan era la antorcha que arde y luce" (Jn 5,35) (*lucerna ardens et lucens*).

Según arde y se consume, el eremita ilumina como la lámpara del sagrario.

Se consume mediante la pureza que sofoca los apetitos carnales, se consume por la penitencia, que lo lleva a renunciar a las fuentes de alegría de los hombres. Se consume sobre todo por el amor que es un fuego. El ardor de esa llama, avivada por el Espíritu Santo ha gastado hasta el cuerpo de los místicos y liberado el alma de la SS.

Virgen de sus lazos terrenales. Tu pasión ha de ser Jesucristo y el celo de su gloria en ti y en los demás. Quizá obtengas el languidecer tras su venida y apropiarte el gemido de la Esposa en el Apocalipsis: "¡Ven!" Entonces se te dirá: "El que tenga sed que venga; el que quiera, que tome gratuitamente el agua de la vida" (Ap 22,17). El vacío, la aridez, la austeridad del desierto activan el paso por la pista que conduce a la tierra del descanso. En un instante Juan olvidó las penalidades de los años duros de su preparación, cuando vio ante sus ojos al "Cordero de Dios", cuyos caminos él allanaba (Jn 1,23).

Entonces su único anhelo fue: "Es necesario que él crezca y que yo mengue" (Jn 3,30), no sólo en renombre sino aun en su ser espiritual, al presentir el sublime ideal que formulará San Pablo: "Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Ga 2,20). Así acaba por consumirse divinizándose la pequeña lámpara.

Para ti la venida del Mesías no es un futuro. Vives bajo el techo de Jesús, cada día te alimentas de su carne, su vida te anima, su Espíritu te guía y estimula, con él estás muerto y resucitado. ¿Por qué tu caridad iba a quedar en un poco de rescoldo? La única explicación de la vida eremítica es ésta: un gran amor requiere la máxima soledad. Tal será tu programa. En el Cuerpo Místico de Cristo te corresponde ser el corazón. Si eso no, ¿qué eres tú, que ni tienes obras, ni predicas, ni administras siquiera los Sacramentos? Tu vida escondida habla al mundo, mas no será luz para él sino, precisamente, en cuanto brote de un amor concentrado. El Precursor fue un testigo sin igual de Jesucristo a quien tenía por misión señalar: "Ecce", "Helo aquí". También tú en la Iglesia y de cara al mundo eres su testigo; pero lo que en ti habla no es lengua, es tu estado, tu mismo ser. Vives superiormente la doctrina, el ejemplo de Jesucristo, y el ardor de tu fe en acto obliga a pensar en la trascendencia de Aquel que la inspira: "Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre celestial" (Mt 5,16). Si, conforme al designio divino, tu vida reproduce la imagen perfecta del Hijo, por el hecho mismo evoca el modelo (Rm 8,29). Haces realidad el dicho de San Pablo: "Llevamos siempre en nuestros cuerpos los sufrimientos mortales de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nosotros" (2 Co 4,10).

Jesús es Dios, y, por tanto, eres el testigo de Dios que se refleja en ti como en un espejo (2 Co 3,18). Por tu renuncia a las criaturas proclamas su nada frente al ser de Dios. Por tu sacrificio de los goces que ellas te procuran, pregonas la suficiencia de Dios, soberana felicidad. Por tu aplicación exclusiva a la oración, publicas su infinita Majestad y su Soberanía. Y tu testimonio es de tanto mayor alcance cuanto tu vida está más oculta y silenciosa en la contemplación de esta sobrecogedora trascendencia de Dios.

Su irradiación sobrepuja infinitamente el conocimiento que de ella alcanzan los hombres. Al testimonio no le basta ser dado, tiene que ser acogido. No es cuestión de reportaje, es cuestión de gracia. Sólo Dios abre los ojos a la luz. Por brillante que sea, el ciego no la percibe. El Verbo venido a este mundo "era la luz de los hombres, y la luz ha brillado en las tinieblas y las tinieblas no han podido alcanzarla" (Jn 1,15). Con oración y sacrificios merecerás a los demás la gracia de ser dóciles al testimonio. Mucho predicó Jesús; atribuye el fruto de su apostolado a la oblación muda del Calvario: "Cuando fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí" (Jn 12,32).

Eres verdaderamente un precursor que abre camino. Pero te hace falta una fe que traslada montes para creer en semejante eficiencia en un contexto vital tan modesto y descarnado.

Juan creyó en su misión; cree tú en la tuya. No se buscó a sí mismo; nada hizo por dejar su soledad y deslizarse en el séquito privilegiado de Jesús. Amigo del Esposo como era, se regocijó del júbilo del Esposo, contentándose él con el terrible aislamiento de las mazmorras de Maqueronte, de donde no salió más que para el cara a cara de la eternidad. El que Jesús no lo haya llamado al Colegio Apostólico, a la fundación de la Iglesia, a la dicha de su intimidad, no arguye menos amor. De ninguno de los Apóstoles hizo panegírico mayor que del que calificó "más que profeta". "Os aseguro que no ha surgido entre los hijos de mujer uno mayor que Juan el Bautista" (Mt 11,9-11). Tenía que ser el modelo alentador de las almas que renunciarían a todo, incluso a la suavidad de los favores divinos, para que sea glorificado en ellas y por ellas el Dios mismo de toda consolación. No es poco olvidarse hasta ese extremo y aguantar en el desierto esa suprema austeridad del silencio de Dios, sin que se cuarteen ni la fe ni la esperanza.

El Precursor supo comprender la actitud misteriosa de Jesús respecto de él, y, en la robustez serena de su fe "por Cristo" —tan distante— "abundaba su consolación" (cf. 2 Co 1,5). Su felicidad no fue otra que la aurora de la salud del mundo (cf. Lucas 2,29-32). Como no ha recibido ministerio alguno en la nueva economía, se oculta en el silencio de la contemplación. De hecho, el amigo del Esposo es también la Esposa, y desde la Visitación no ha salido de la cámara nupcial en que el Verbo la colma de claridades.

Sea la luz de tu oscuro sendero la máxima de San Juan de la Cruz: "El amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en tener grande desnudez y padecer por el Amado" (Puntos de amor, n.36).

Capítulo 3

El desierto de Jesús. Los combates del desierto

"El Espíritu lo empuja hacia el desierto. Estuvo en él... tentado por Satanás" (Mc 1)

Cuenta San Marcos que Jesús al momento de salir del agua, después del bautismo, vio los cielos abiertos y al Espíritu Santo como una paloma descendiendo sobre él (1,10). Y cuando la voz del Padre hubo sonado, "al punto —prosigue el evangelista— el Espíritu Santo lo empuja al desierto" (v.12). Advierte la relación que parece establecer el texto entre la plenitud del Espíritu posándose sobre Jesús y su apartamiento al desierto. Hay aquí un misterio que interesa al eremita antes que a nadie.

La palabra que pronuncia el Padre es palabra de amor: "Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me complazco" (Mc 1,11). El Espíritu que se da es el Espíritu de Amor. La retirada al desierto es la respuesta de Amor a esa palabra, a ese don del Amor. El Hijo de Dios ninguna necesidad tiene de prepararse al Apostolado. Pero su Humanidad, colmada de manera singular en aquella hora, suspira por hallarse a solas con su Padre. Tiene razón Guardini en pensar que el Espíritu "lo saca fuera, a la soledad, lejos de los suyos, lejos de la multitud que estaba junto al Jordán, al desierto donde sólo están su Padre y él" (El Señor I).

Quizá no has reconocido tan a las claras el impulso de la gracia conduciéndote al eremitorio. Es a veces el concurso de unas circunstancias muy profanas, que más parecían atropellarte que dejarse dirigir. Alguien que no eras tú, el Espíritu Santo, accionaba los mandos, y combinaba todas las cosas para traerte aquí. Él fue quien te "arrojó fuera, a la soledad". Una sola es tu respuesta posible: un asentimiento de amor. Únicamente a ese precio se conquista la perseverancia en el desierto. El Papa Pío XII lo declaraba: "Ni el miedo, ni el arrepentimiento, ni la prudencia sola son los que pueblan las soledades de los Monasterios. Es el amor de Dios".

Poco te costaría fijar con parsimonia los límites de tus expiaciones; el espíritu moderno no gusta de duelos interminables. El amor, en cambio, es insaciable y sus propios dones lo enardecen. Estás en tu derecho si emancipas la mente y el corazón de las contingencias de la vida del mundo, a fin de poder así aplicar todos tus resortes internos a las verdades eternas, a "la Verdad soberana, Dios, que es luz" (Jn 1,5) y "amor" (4,8).

¡Ah! pero no creas con esto entrar en el descanso. No obstante toda su pureza y santidad, Jesús se impuso una cuaresma sobrehumana, símbolo elocuente de la lucha que tendrás que reñir para asentar en ti el predominio tranquilo de todas las virtudes. La emprende de cara con el demonio y lo derriba, para prevenirte de los combates que te esperan, y enseñarte los medios de vencerlo. Los muros de tu alma los levantarás con la llana en una mano y la espada en la otra (Ne 4,12). Bastante más sudor y tiempo del que piensas lleva el pacificar esa alma. Entre la "sinceridad" de tus esfuerzos y la "verdad" de tus renunciamentos se abre ancho foso; no tardarás en experimentarlo.

Ingresas en el desierto no con la inocencia de Jesús, sino con la corrupción radical de tu naturaleza, agravada con las torceduras y lesiones que le han infligido tus hábitos y pecados. Los lazos no los has roto rasgando pergaminos, sino sajando en materia viva, y los tocones pujantes de tu afectividad no dejarán de echar brotes. A menudo sentirás la tentación de compadecerte de ti mismo. Sé intransigentemente fiel a la obediencia y te salvarás.

La Regla bajo la que militas será tu gran purificadora y pacificadora, aun cuando te parezca un laminador implacable. Recetará una "dieta" absoluta a tu amor propio bajo todas sus formas, y restablecerá por grados la jerarquía y la armonía de los valores naturales y sobrenaturales que llevas en ti. Ese orden asegura la tranquilidad: es lo que San Agustín llama la paz. El eremitorio te la promete, no sin prevenirte que se trata de una paz armada, y que un fallo en la vigilancia, en la energía o en la oración puede replantear toda la cuestión. Nuestra paz es precaria porque llevamos dentro, junto con los enemigos que la amenazan, las complicidades que comprometen nuestras defensas. Con todo, ya es mucho haber interpuesto espacio entre tus pasiones y sus objetos. Ármate de valor: "nuestros actos nos cambian", escribe el Padre de Montcheuil. Una renuncia que hoy te parece hartamente costosa, perderá su virulencia inicial si la aceptas con generosidad. Conforme vaya creciendo, la caridad te hará amable algún día lo que en este momento te repugna, cuando la fe árida y trabajosa prevalece aún sobre un amor vencedor de todo egoísmo. El demonio no es un mito, y si bien es excesivo verlo en todas las tentaciones, la tradición monástica concuerda en atribuirle especial encarnizamiento contra los anacoretas. El desierto, por lo que dice el Evangelio (Mt 12,43) era tenido por el lugar propio de su guarida, y el monje en aventura ofensiva se proponía desalojarlo. San Mateo establece explícitamente una conexión entre el retiro de Jesús en el desierto y la tentación: "Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto 'para ser tentado por el diablo" (4,1).

Por el conocimiento de tus deslices habituales, por la experiencia del pasado y lo cuesta arriba de ciertos sacrificios, podrás llegar a barruntar las luchas que te aguardan. En el desierto, las hay clásicas, que en una forma u otra difícilmente podrás eludir: nacen de las propias excelencias del yermo. Resulta a veces agotador el enfrentamiento con esos monstruos de dentro, invulnerables en su inconsistencia.

La soledad te pone a cubierto de los intentos de perversión del mundo. El no ver, no oír, no oler, no tocar... te afianza en una zona de seguridad relativa, pero un peligro te acecha: el replegarte sobre ti mismo, lo cual desarrolla en ti una sensibilidad excéntrica, cierta exacerbación ficticia de las potencias afectivas e imaginativas que confiere a las cosas más nimias una resonancia desmedida, y te pone en trance de caer en la obsesión. Pruebas interiores se levantan, que serán niñerías, pero que turban la paz y hacen sufrir mucho. En la vida activa te encogerías de hombros, y a otra cosa. En el desierto, esos fantasmas te acosan. Para purificar tu alma Dios puede echar mano de tu susceptibilidad ante el padecer. Mas la astucia del demonio sabe sacar partido de ella. Abre el corazón a un guía perspicaz y te salvarás de escollos que más de uno no sabe esquivar: la excentricidad, la manía persecutoria, los escrúpulos, la melancolía con todos sus sobresaltos. Los perpetuos descontentos, los hastiados son las víctimas imprudentes de la reclusión. Los místicos son su mayor triunfo...

El ayuno que el desierto impone a tus facultades cuyo juego normal asegura ordinariamente la expansión y la felicidad de los humanos, produce en ti el triunfo de la primacía de lo espiritual. Sin embargo, los instintos son indestructibles y nunca lograrás que el corazón y la carne no se conmuevan. El autor de tu estructura es Dios; no te toca ni lamentarla ni ponerte a trastornar tan admirable ordenación. El dominio sobre los instintos es delicado.

Además, la memoria y la imaginación atizan la desazón de la privación, y el demonio tiene poder directo sobre nuestras facultades sensibles. No es raro que los más puros sean presa de las tentaciones menos confesables, o de los ímpetus afectivos más desesperados.

Hay que conformarse humildemente, orar, mantener paz y confianza.

Resistir a estos impulsos es un hermoso acto de fe, de esperanza, de amor; es asimismo la más austera de las penitencias. Considera que es un crisol purificador por donde pasaron tantas almas santas; las vidas de los Padres del desierto te tranquilizarán. El demonio perderá una baza, si en

vez de perder tú los estribos, reflexionas con calma que eres hombre y no ángel, y que vas hacia Dios caminando sobre tus dos pies y no volando con alas de serafín...

La contemplación, el acto más divino, el ejercicio más perfecto de la caridad, puede dar origen asimismo a las más sutiles tentaciones, al menos en su grado inicial, cuando tiene más de adquirida que de infusa. El orgullo no tiene asidero en el místico auténtico: la actividad intensiva del don de temor lo pulveriza. No es místico quien quiere. El que, en expresión de San Benito, después de domeñar los vicios de la carne y el espíritu "con el solo vigor de brazos y manos", alcanza a rozar al Invisible, a deleitarse legítimamente en las realidades supraterráneas por las cuales lo ha dejado todo, a gustar lo bueno que es Yavé (Sal 33,9): ese tal puede tropezar en el lazo de la vana complacencia y de la presunción. El demonio le susurrará que pertenece a la "aristocracia" del mundo espiritual y lo persuadirá de que, rebasando el estadio del aprendizaje, puede lanzarse desbocadamente, sin control, por la vía de las grandes singularidades penitenciales, o, al contrario, relajar su rigor y dejar lacias las riendas: "Si eres Hijo de Dios, tírate abajo" (Mt 4,6). La respuesta del humilde es sencilla: No puedo tirarme abajo puesto que no estoy arriba. Por supuesto, hay que estar bastante adelantado en la perfección para advertirlo. Única salida: abrirse y obedecer.

Obedecer al propio guía, pero obedecer al Espíritu Santo, al Espíritu de Jesús que te ha conducido al desierto. Si eres auténticamente hombre de oración, estás salvado. ¿Qué hizo Jesús solitario, sin predicar, sin comer ni beber, quizá sin dormir? Contemplaba. Con toda su alma estaba cara a Dios, sus potencias eximidas de toda otra actividad se expansionaban en la contemplación. La luz beatífica inundaba su mente, su voluntad ardía en la caridad del cielo. Los Dones del Espíritu Santo rendían en él todos sus frutos. Libre de toda ocupación terrestre, Jesús pudo dilatar su oración hasta una plenitud que ya no superó.

La tuya será más modesta y más intermitente. Al menos en alas del deseo, trata de unirte a Dios con la mayor frecuencia e intensidad posible. Suplícale sin descanso que se dé a ti. La oración mística está en la línea de tu vocación de cristiano y de eremita. Pide esa gracia, pero acepta con apacible humildad que te sea aplazada o negada.

Haz lo que está de tu parte por disponerte al don eventual de Dios.

Por toda la eternidad no harás sino contemplar. La vocación del monje es escatológica: su intento es vivir anticipadamente a la manera de los bienaventurados. El desierto, cerrado del lado de la tierra, sólo tiene vistas al cielo, y la pista por la que caminas desemboca en Dios. Sé generoso; no serán ángeles los que te servirán, el Maestro en persona se ceñirá, te hará sentar a su mesa y te obsequiará (Lc 12,37).

Capítulo 4

El desierto de Magdalena. La compunción

"Le son perdonados sus muchos pecados puesto que amó mucho" (Lc 7,7).

Aceptemos la tradición que venera a María Magdalena en el desierto de la Sainte Beume. El monaquismo la honra como Patrona. Medita los versos que le dedica el Evangelio y síguela de corazón en su retiro. Su ejemplo te infundirá grandes ánimos. No eres mejor que ella ni más que ella mereces la misericordia del Señor. Eso que en sus extravíos la excusaba una ignorancia que no puedes tú alegar. De común con ella tienes el ser una oveja perdida que el Salvador ha buscado y traído sobre sus hombros al redil (Lc 15,41).

Y en el desierto ¿qué hizo? Sin duda expió con dura penitencia. Sobre todo recordaba la luz de la inolvidable mirada con que Jesús la envolviera. ¿No piensas alguna vez en esa mirada extraordinaria de Cristo cuyo benéfico poder menciona a menudo el Evangelio? "La miró y la amó".

En tu caso, como en el de Magdalena hay que invertir los términos: te ama y te mira. Él te amó primero (I Jn 4,10). Tu deber en el desierto es vivir bajo esa mirada. Dios no aparta sus ojos de ti.

Bueno es no echar en olvido que "ven sus ojos el mundo, y sus párpados escudriñan a los hijos de los hombres" (Sal 10,4); que "los ojos de Yavé están en todas partes observando a los buenos y a los malos" (Pr 15,3); que tus obras están escritas "en su libro" (Sal 138,16).

No creas que sea una mirada glacial y terrorífica; Dios sigue siendo Padre en su justicia. Hasta cuando apenas si pensabas en él y sorbías el pecado como agua. Él posaba en ti una mirada de misericordia: su gracia te penetraba para traerte a penitencia. ¿Por qué esa preferencia? "Amé a Jacob más que a Esaú". ¿Por qué? San Pablo responde: "Tiene misericordia de quien quiere, y a quien quiere endurece... ¡Oh hombre! ¿Quién eres tú para exigir cuentas a Dios?" (Rm 9,14.20).

Magdalena, incansablemente, rumiaba aquella misericordia incomprensible cuya fascinadora ternura captara en la pupila de Jesús, en casa de Simón el Fariseo. Creyó ella haber tomado la iniciativa de su arriesgada determinación; era la gracia de Cristo la que la atraía. De lejos la veía en sus perplejidades, como divisaba a Natanael bajo la higuera, e invisiblemente sugería a su alma los pasos a dar y le infundía la fuerza para darlos. Fue la voluntad de Jesús la que dobló las rodillas de la pecadora y quebrantó su corazón.

Así hizo contigo. Magdalena pudo entonces levantar hacia él unos ojos que reflejaban un alma purificada, transfigurada, abrasada. No podrá ya olvidar la mirada de Jesús que le decía: "Tus pecados te son perdonados... Tu fe te ha salvado, vete en paz" (Lc 1,40); ni aquella otra mirada iluminada con claridades de Bienaventuranzas, con que la abrazaba cuando sentada a sus pies contemplaba en él al Verbo hecho carne (Lc 10,39); ni, en fin, la mirada de noble gratitud con que le pagaba la unción de Betania. Los ojos de Jesús fueron la lámpara de su gruta provenzal.

El sentimiento punzante de sus miserias pasadas suscitaba siempre en ella un asombro renovado ante las privanzas de que se juzgaba indigna y que sin embargo acogía sin reticencia, con un corazón arrebatado, tan viva era su fe en el perdón divino.

Si quieres ser feliz en el desierto tienes que apropiarte esa misma fe.

Los hombres no saben perdonar. Tal vez encuentres siempre Simones para echarte en cara tus faltas, como si, no pocas veces, su virtud fuese otra cosa que pura fortuna. El hombre pecador se acuerda, Dios ofendido olvida.

"Aunque vuestros pecados fuesen como la grana quedarían blancos como la nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura vendrían a ser como la lana blanca" (Is 1,18). Ha echado "tras de sí" todos nuestros pecados, y no recobrarán vida en su memoria (Is 38,17). Aplícate estas confesiones divinas: "¿No es Efraín mi hijo predilecto, mi niño mimado? Porque cuantas veces trato de amenazarlo, me entenece su memoria, se conmueven mis entrañas" (Jr 31,20).

La compunción deja de ser auténtica sin esa confiada y tranquilizadora certeza. Desconfiar del perdón es injuriar al corazón paternal de Dios. Si el eremita llora al recordar sus extravíos, que sean lágrimas de gozo. Dios es más admirable cuando restaura que cuando crea. En la vida espiritual nada será definitivo, pero tampoco hay nada irreparable. El P. de Foucauld escribía a L. Massignon: "No, las faltas pasadas no me espantan... Los hombres no perdonan porque no pueden devolver la inocencia perdida; Dios perdona porque borra hasta las manchas y devuelve en plenitud la hermosura primera".

Sólo el demonio puede insuflar el desaliento. ¿Por qué razón sus patrañas iban a tener más peso que la palabra de Dios? "Yo te he formado, tú estás para servirme... Yo he disipado como nube tus pecados, como niebla tus iniquidades. Vuelve a mí, que Yo te he rescatado" (Is 44,21). "Por mí, lo juro, sale de mi boca la verdad, y es irrevocable mi palabra" (Is 45,23). Aun así, ¿te interesa expiar? Hazlo más con el fuego del amor que con la fiereza de las maceraciones. ¿Crees que Magdalena fue perdonada a poca costa? Sólo una cosa le pedirá el amor: subir al Calvario, estarse al pie de la Cruz y contemplar el horrible suplicio del objeto más sublime de su amor. No se le dejará ni decir una palabra, ni esbozar un ademán por calmar sus dolores o infundirle ánimo. Para la pecadora, ésa viene a ser la satisfacción más singular y terrible. Averigua ahora algo que ignoraba todavía: la atrocidad y malicia de la ofensa hecha a la Majestad del Dios trascendente. En la perspectiva del Cristo sonriente de Betania, su pecado tenía proporciones humanas. En el Calvario, de golpe, mide la inmensidad de su falta al manifestarse en todo su rigor la justicia del Padre, que no perdona ni a su Hijo único (Rm 8,32). No puede menos de ver con sus propios ojos lo que es la reparación de valor infinito de una ofensa, la suya, de malicia infinita. Antes que San Pablo ella se dice: "Me ha amado y se ha entregado por mí" (Ga 2,20). Intenta adivinar la sacudida, el enajenamiento, el quebranto de aquel corazón enamorado. Conserva en su memoria visual las últimas miradas de Jesús, tan preñadas de tristeza, de angustia, de pavor, con ciertos destellos extraños como de desesperación: "Padre, ¿por qué me has desamparado?" (Mt 27,46).

Nada le será ahorrado a Magdalena: las blasfemias, los gritos de odio, las burlas, el ruido de los martillos, los gemidos del condenado, le despedazan los nervios y el corazón. Desde el centro mismo de la escena puede contemplar el tormento de cada músculo del Salvador cuyo cuerpo es todo una llaga, y le es dado reconocer la horrenda eficacia de sus caídas. Ahora es cuando descubre lo que son realmente para Dios el orgullo, la lujuria, los amores ilícitos, el egoísmo. Aquí el pecado es despojado de las circunstancias concretas que le dan su hechicero encanto. Cuando Jesús pronunció el "tengo sed", no se le consintió a Magdalena —como tampoco a la Virgen— que le ofrecieran el menor alivio.

¡Horas dramáticas! ¡Crisol justiciero para aquella amante de Jesús! Fue el castigo de sus pecados, la más atroz satisfacción. Tenía aquel corazón que ser estrujado en el lagar del Gólgota hasta la última gota de sus deleites pecaminosos.

Su único consuelo fue aquella postrera mirada de Jesús, vuelto hacia su Madre para decirle: "Mujer, he ahí a tu hijo" (Jn 19,26). Pero ¡qué mirada en el fondo de esos ojos velados por lágri-

mas, sudor y sangre! Ya la muerte proyectaba en ellos su sombra. Magdalena se preguntaba cómo podían ser aquéllos los ojos de Betania...

Así fue la compasión de Santa María Magdalena, el acto final del perdón divino, satisfacción más cumplida en un instante, que toda una vida de ayunos, vigiliias, flagelaciones. Lo probable es que en su desierto de Provenza no pasó un solo día sin revivir las horas cumbres de la Humanidad, que fueron su propio Calvario.

Deja que tu amor de eremita medite la Pasión de Jesús desde el ángulo que te concierne a ti, como lo hicieron Magdalena, Pablo y tantos otros santos. Pascal se queda corto cuando le hace decir a Jesús: "Por ti derramé tal gota de mi sangre". Es toda la sangre la que ha sido vertida por cada uno de nosotros. Tal vez encuentres sabor especial en salmodiar cada una de las Horas Canónicas, unido a Cristo en este o aquel momento de su martirio, en pasar todos los días un rato en el Calvario, aunque sólo sea mediante la evolución explícita del sacrificio cruento del Redentor al asistir a Misa.

Lamentas ser de pedernal cuando recuerdas tus faltas. Es probable que la metafísica del arrepentimiento te afecte medianamente. Si llegas a enamorarte apasionadamente de Jesús ninguno de sus tormentos te dejará indiferente, insensible, y la convicción de la parte que en ellos te corresponde, te hundirá en el corazón el dardo del pesar y de la detestación. No sutilices en el análisis de tus sentimientos. La contrición genuina no puede abolir cierta complacencia animal de la naturaleza, cierto encanto refinado al recordar el placer gustado. Duélete de la ofensa inferida a Dios, si no consigues detestar sensiblemente la voluptuosidad que te embargó.

Más claro que tú ve el Señor en los oscuros repliegues de tu alma; deja en sus manos el juicio. ¡Dichoso Pedro cuyas lágrimas cavaron barrancos en las mejillas! Es cuestión de gracia. Se requiere tiempo para bajar tan hondo en la propia miseria; no se conoce la malicia del pecado sino expiándolo.

Empieza por amar; el amor engendra la compasión y de la compasión nace la penitencia.

El corazón del eremita debe estallar o ablandarse en la cercanía de Dios, so pena de no abrirse a las llamadas del Amado que desea tenerlo como comensal: "He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo" (Ap 3,20).

Hay que estar limpio. Ejercítate en esa delicadeza de conciencia que no es escrúpulo sino sentido del pecado. Es fruto del espíritu de adoración y del don de temor. Si en alguna parte se ha encomendado la confesión diaria es en el Yermo.

La compunción se ha de iluminar siempre con las claridades de la gloria; de lo contrario, se hunde en la desesperación. Mejor que nadie lo sabía Magdalena, que vio la primera al Señor en la mañana de Pascua. Sin echar en olvido un punto de las angustias del Gólgota, tampoco dejó en su desierto de oír el acento personalísimo de la voz de Jesús llamándola por su nombre familiar: "¡Myriam!". En ese momento volvió a descubrir la mirada de Betania irradiando una majestad glorificada que a su vez le aseguraba a ella la dicha futura.

Desde ese día, Magdalena vivió la vida de resucitada, tal como la iba a definir San Pablo. A ejemplo suyo, los anacoretas han fijado su sala de espera más allá de este mundo, y se ingenian por vivir como si hubiesen traspuesto ya el umbral de la eternidad.

"Para nosotros —escribe el Apóstol— nuestra patria está en los cielos, de donde esperamos ardientemente al Salvador, al Señor Jesucristo.

Él transformará nuestro miserable cuerpo haciéndolo conforme a su cuerpo de gloria, en virtud de la fuerza eficaz que posee para someter a sí todas las cosas" (Flp 3,20-21).

La conciencia del pecado debe hacer rebotar el alma hacia esas alturas. La historia de nuestra desgracia personal no termina con la confesión, por humilde que sea. Se continúa en su reden-

ción y culmina en la gloria. En el texto de la Epístola a los de Filipo San Pablo, una vez más, nos invita a la santidad, a partir del hecho de la Resurrección corporal de Cristo que confirma nuestra resurrección espiritual. Bien muerta al pecado estaba Magdalena y su corazón volaba en pos de su tesoro: Jesucristo en su triunfo.

El eremita ve que su destino de gracia ilumina su soledad, pero con la condición de mantener hasta el último aliento la voluntad de no pedir a la tierra nada, de entender a la letra la consigna del Apóstol: "Si, pues, resucitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, que es vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con él llenos de gloria" (Col. 3,1-4). Colmado como has sido por Dios, esmérate por ser la alegría de su corazón. Sé, en el desierto del mundo, un fruto succulento de su gracia. "Como uvas en el desierto hallé Yo a Israel" (Os 9,10).

Capítulo 5

El desierto de san Pablo. El descubrimiento de Cristo

"Pues para mí el vivir es Cristo..." (Flp 1,21).

Se habla poco de la marcha de San Pablo al desierto a raíz de su conversión. Él mismo nos la da a conocer incidentalmente: "Cuando plugo al que me eligió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, revelar en mí a su Hijo para que lo anunciase a los gentiles, al momento no consulté más con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran Apóstoles antes que yo, sino que marché a Arabia" (Ga 1,15-17).

Bajo la expresión "sin consultar carne y sangre" se deja adivinar lo fiero de la decisión: el soltar las amarras, el afrontar lo desconocido.

Pablo no discute, obra; igual que en el camino de Damasco. En las manos de Dios, el recién convertido es el hombre del servicio hasta la esclavitud, y la perspectiva de un sacrificio, así sea el de la vida, jamás lo ha retenido o retardado en la obediencia. A él, como a Jesús, es el Espíritu Santo el que lo arroja fuera, y lo empuja a la soledad.

¿Acaso tu rompimiento es mayor que el del Apóstol? No se te pide que reniegues de tu pasado religioso, de tu pueblo, de tus amistades, para afiliarte a una secta de la que eras el perseguidor, si bien por motivos nobles. Sin embargo, todos tenemos nuestro "Isaac" muy querido que inmolar... No remolonees. Vienes al Yermo tan rico espiritualmente como Pablo. Él iba hondamente afectado. La costumbre lima las aristas de la vida cristiana. ¿Por qué Jesucristo, el amigo de tu alma desde la infancia, te es tan indiferente? Suplica a Dios te lleve a un camino de Damasco donde el encuentro con Jesús te derribe y te haga para siempre su prisionero, prisionero de corazón, y, por lo mismo, prisionero del desierto.

No está en tu poder el recibir un choque tan llamativo. Una sola palabra ha encadenado al Apóstol irrevocablemente: "Yo soy Jesús a quien tú persigues". Pablo huye al desierto con esa revelación.

Necesita estar solo para escudriñarla, exprimir de ella toda la luz y todo el amor. Se propone hacer rendir todo su contenido vital a ese primer toque. "Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia no ha sido estéril en mí" (1 Co 15,10). Con la fogosidad de su juventud, la violencia del temperamento y el fuego de la caridad que lo abrasa, Pablo debió ser un terrible anacoreta. Talla tenía para haberlo sido toda su vida, mas su vocación era otra. Las austeridades del apostolado sobrepasarán con creces las maceraciones del desierto (2 Co 11). Por severo que sea tu tenor de vida jamás sufrirás por Cristo la larga pasión del Apóstol (Cf. II Co 6).

En su misterioso desierto ¿en qué puede San Pablo ser modelo tuyo? En esto: que se retiró a él con Jesús. Jesús luz, Jesús caridad. Ésa ha de ser toda tu contemplación, toda tu ocupación. Destinado como lo tiene para vastas empresas, Dios activa la revelación con su Apóstol.

Tú, en cambio, tienes toda una vida para estudiar las dimensiones inconmensurables de la persona, de la misión y enseñanzas del Verbo Encarnado. Con la Biblia —libro por excelencia del eremita— en las manos, estás en posesión de cuanto Dios tiene dicho a los hombres desde el principio del mundo. Los escritores sagrados: Profetas, Apóstoles, Evangelistas, el mismo San Pablo, ponen a disposición tuya la luz que los ha inspirado, y que sigue alumbrando a la Iglesia. El Verbo de Dios se ha hecho "Escritura" antes de hacerse "Carne" y "Pan". Ahí tienes tu Maná en sus tres formas. ¿Y morirías de hambre? El centro, la cúspide de toda esa revelación es Jesu-

cristo. Pablo se retira a la soledad para meditar y saborear el extraordinario designio de Dios respecto de nosotros, "el misterio escondido desde siglos y generaciones", y que acaba de serle manifestado: "Cristo entre vosotros" (los gentiles) (Col 1,26-27). Durante esos dos o tres años de anacoretismo se despliega ante la mirada atónita de su alma la prodigiosa historia del amor de Dios para con su criatura, historia que para él se cifra toda en el Cristo que lo ha deslumbrado (Ga 1,17).

Ese mismo ha de ser el tema de tus habituales reflexiones: el designio eterno de Dios, que se realiza en ti en el tiempo de tu existencia. El eremita no abriga otra ambición que la de cooperar en él con entera buena voluntad.

Dichoso tú si la luz brota del corazón. Jesús quiso mostrarse primero a Saulo en el esplendor de su carne glorificada, en la que no faltaría el detalle conmovedor de las cicatrices de la Pasión, para hacerle comprender más a lo vivo aquellas sencillas palabras: "¿Por qué me persigues?" (Act 9,4). Desde ese día Pablo ama a Jesús con una pasión casi salvaje: "El amor de Cristo nos apremia" (2 Co 5,14). "Si alguno no ama al Señor, sea anatema" (1 Co 16,22).

"¿Quién nos separará del amor de Cristo?" (Rm 8,35).

Lee y relea el Evangelio a fin de que la persona de Cristo cobre vida y relieve a tus ojos. Es preciso que su Humanidad se te haga familiar y que su encanto te conmueva y cautive como cautivó a cuantos tuvieron la dicha de conocerlo. Los misterios de su vida terrestre son la versión en lengua inteligible para nosotros de las divinas perfecciones que nos incumbe imitar. Sin él nos traería de cabeza esta consigna: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt 5,48).

En el desierto comprendió Pablo que esa perfección se nos da a conocer en Jesucristo, la fiel "imagen de Dios invisible" (Col 1,15).

Después, descubre en la enigmática expresión del camino de Damasco, la deslumbradora maravilla de nuestra unión con Cristo, prefacio, a su vez, de la revelación subsiguiente del plan de Dios sobre el hombre; no hallamos gracia ante Dios sino en su Hijo Único, y en la medida exacta en que le pertenecemos y semejamos: "Nos ha escogido en él desde antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia por el amor, predestinándonos a ser hijos suyos por medio de Jesucristo" (Ef 1,45).

Más adelante precisa los lazos íntimos que nos ligan al Verbo Encarnado, Cabeza del Cuerpo Místico, cuyos miembros hemos venido a ser él, Pablo, y nosotros por el Bautismo (1 Co 12,13-27), vivificados por su Espíritu, viviendo de su vida hasta poder y deber en cierto sentido identificarnos con él: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Ga 2,20).

Ahora le parece haber saltado a otro mundo, el mundo venidero; cree que, muerto al pecado, resucitado con Cristo, tiene que vivir la vida escatológica que llenará de entusiasmo a los primeros cristianos y a generaciones de ascetas: "Para nosotros nuestra patria está en los cielos" (Flp 3,20); "Sois conciudadanos de los santos" (Ef 2,19).

"Si, pues, resucitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo... Porque estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col 3,1-3).

Única aspiración de Pablo, configurarse con Cristo. El Espíritu Santo enfoca su atención especial sobre el misterio de la Cruz que le ha merecido a él como a nosotros esa vocación.

Su programa es el mismísimo del eremita: "Si ahora vivo en carne, vivo por la fe en Dios y en Cristo que me amó y se entregó por mí" (Ga 2,20).

Nadie ha penetrado más a fondo el sentido de la Cruz. A la luz del misterio, el ex fariseo, tan versado en la ciencias de las Escrituras, se percata de que ignoraba la clave de las mismas, y ahora les descubre un sentido nuevo, el único auténtico. Vuelve a leer la Biblia, es una inundación de claridad. Descifra el Pentateuco a la luz del Sacerdocio de Cristo, y, al reflexionar sobre

sí mismo y recordar sus pecados y su incorporación a Cristo arde en deseos de "llevar en su cuerpo las marcas de Jesús" (Ga 6,17), de "castigar su cuerpo y esclavizarlo" (1 Co 9,27), "estar crucificado con Cristo" (Ga 2,19) y "no gloriarse sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo" (Ga 6,14). Desasido hasta en sus fibras más hondas de todo cuanto no es divino y que él mira como cosa despreciable (ut stercora) (Flp 3,8); verdugo de su carne, lucha, pero "no como quien azota el aire" (1 Co 9,26); escrutador celosísimo de las Escrituras (Flp 3,5); levantado a la cima de la contemplación (2 Co 12,2); místico enamorado que suspira por ir a unirse con Cristo (Flp 1,23); ése era San Pablo, la figura gigante del anacoretismo.

Posiblemente el desierto lo hubiera retenido si Dios no lo hubiese explícitamente llamado al apostolado, dándole, por revelación, "el conocimiento del misterio de la salud en Cristo" (Ef 3,3), y encomendándole la misión de anunciarlo (ib 8-9). El Espíritu a su vez le infunde un aumento de caridad para con las almas que deben integrarse en el Cuerpo Místico de Cristo. Y deja la soledad espoleado por la ambición cósmica de "recapitular en Cristo todas las cosas" (Ef 1,10), acuñada en la divisa: "Es preciso que él reine" (1 Co 15,25).

Llamado al yermo para vida y para muerte, no tienes que recorrer el mundo, ni siquiera con la imaginación, para anunciar el Evangelio.

Haz lo que hizo Pablo en el desierto. Es para ti más que un modelo, es tu guía, tu padre espiritual. Lee una y otra vez sus Epístolas. Te ayudarán a hacer el inventario de la "soberana riqueza de la gracia de Dios, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús" (Ef 2,7), ya que a él, Pablo, le ha sido encomendado "poner en claro la dispensación de la insondable riqueza de Cristo" (Ef 3,8-9).

Lo que escasea en ti, sin duda, es el ardor en la caridad de Cristo.

Reconoce la endebles de tu generosidad. Y, sin embargo, la única posibilidad que tienes de perseverar en un desierto que no te brinda ningún interés humano y se arma hasta los dientes con inclemencias agotadoras, es adherirte a Jesucristo. El Apóstol te dice: "en todas esas cosas triunfamos por el que nos amó" (Rm 8,37). No se ama al desierto por sí mismo; pronto se encarga de desmoralizar con su "cotidianidad". Su gran valor espiritual consiste en desanudar las ligaduras que enredan nuestro corazón, e impulsar nuestros deseos más allá que él y más arriba: hacia Dios. Con lazos nuevos nos vincula a Cristo, único compañero de nuestro viaje.

El eremitorio no es morada estable. Vivimos en él bajo la tienda de campaña del mundo para realizar en el mínimo de tiempo y el máximo de eficacia la mutación de fondo: despojarnos del hombre viejo y revestirnos del hombre nuevo (Ef 4,22-24), esto es, Jesús (Rm 13,14).

Si al entrar en soledad traes otras esperanzas, te equivocas de camino y no tardarás en comprobarlo. Saulo se ofreció al Señor cual página en blanco, cual instrumento nuevo. Su vida no ha tomado el curso que él previera, mas en nada le pesó, ni de lejos.

A ejemplo suyo y por idéntico motivo, nada te tiene que amedrentar.

"Sé a quién me confíe y estoy seguro de su poder para guardar mi depósito hasta aquel día, el de la muerte" (2 Tm 1,12).

Nada importa que seas débil. Gloriarse de ser fuerte en los combates del Señor, lo puede sólo quien se apoya en Jesucristo con todo su peso. "En Él, sí, lo puedo todo" (Flp 4,13).

Ojalá puedas en la hora postrera pronunciar como tuyo y con total sinceridad y verdad el juicio de San Pablo sobre su vida: "He combatido el buen combate. He terminado la carrera. He guardado la fe. Y ahora, he aquí que me está reservada la corona de justicia que me dará el Señor aquel día, el Justo Juez, y no sólo a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su parusía" (2 Tm 4,7).

Capítulo 6

El desierto de la noche. El crisol del desierto

"Las tinieblas no son densas para ti, y la noche lucirá como el día" (Sal 138,12).

Para el eremita la noche es el momento de la máxima cercanía de Dios. La noche da realce al desierto desmaterializando las cosas.

Colores y contornos se desdibujan y todo se disuelve en una capa uniforme de sombra azulada en que se pierde la mirada. El ritmo del tiempo parece estar en suspenso; la inmovilidad ha relevado a la sucesión y trae el presentimiento de que la eternidad está a la puerta. Duerme la tierra; es el silencio "mayor". El firmamento atrae la vista del que vela hacia "los astros que brillan en sus atalayas... Lucen alegres en honor de quien los hizo" (Ba 3,34-35).

En el umbral de su celda, pronto a responder a la campana de Maitines, el solitario escucha al Salmista: "Los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Sal 18,1).

Es como si Dios lo estrechara por doquier, cual si descansara en su regazo. Podría decir lo que el piloto americano: "Saqué la mano fuera y toqué el rostro de Dios". La noche te será más querida que el día, como más de Dios, ya que en ella no puedes hacer otra cosa que orar, y tus sentidos, liberados de la obsesión del detalle, dejan tu alma más disponible para la unión con Dios. Es la hora que prefería Jesús para sus coloquios con su Padre (Lc 6,12), y la que han preferido los grandes espirituales: "Me levanto a media noche para darte gracias por tus justos juicios" (Sal 118,62).

"De noche me acuerdo de tu nombre, ¡oh Yavé! (ib 55).

"Deséate mi alma por la noche, y mi espíritu te busca dentro de mí" (Is 26,9).

Dios se complace en colmar los corazones atentos; la oscuridad protege contra testigos indiscretos. El Esposo llega de improviso en plenas tinieblas (Mt 25,6): "Ábreme, hermana mía, amiga mía" (Ct 5,2).

Si tienes el corazón limpio y el espíritu vigilante, para ti la noche brillará como el día, como el relicario precioso de los grandes memoriales de las "Gesta Dei" en la Humanidad. Exenta de formas creadas, se llena de reminiscencias que le confieren una solemnidad impresionante: la creación de la luz el primer día, y la de los luminares que seguimos admirando tales como salieron de las manos del Creador: la luna, las estrellas. Amparado en la noche, Dios habla con Abrahán para prometerle una posteridad de la que nacerá el Salvador, y esa palabra alcanza en nosotros sus frutos. De noche se encarnaría el Verbo en María mientras oraba. "Un profundo silencio lo envolvía todo, y en el preciso momento de la media noche, tu palabra omnipotente, de los cielos, de tu trono real... se lanzó en medio de la tierra" (Sb 18,14-15). De noche nacerá. La liberación de los Hebreos de la opresión de Egipto, tipo de nuestra liberación espiritual, fue de noche, y Dios quiso que se conmemorara por siempre (Ex 12,42). La Iglesia lo hace en la Vigilia Pascual. Jesús sufrió su agonía y fue detenido en la noche del Jueves al Viernes Santo, y, si murió a media tarde, una noche milagrosa envolvió el Calvario durante las tres horas del drama,

para que nada viniera a distraer nuestra atención del sacrificio que nos salva. Y no olvides la más augusta de todas las noches, la que vio a Cristo saliendo vivo y glorioso del sepulcro.

Al eremita le es dado escuchar cada noche esas voces del silencio y recibir la gracia siempre operante de tales misterios. En sus grandes líneas, la Sagrada Escritura le describe el caminar del amor de Dios hacia el anacoreta envuelto en la sombra amiga. El P. de Foucauld, en el Sahara, bendecía sus insomnios porque le permitían esas contemplaciones: "Las dos de la madrugada. ¡Qué bueno sois, Dios mío, por haberme despertado! Más de seis horas aún para no hacer otra cosa que contemplaros, estar a vuestros pies y no deciros sino esto: ¡os amo!" Evoca estos ejemplos al dirigir tus pasos a la iglesia del eremitorio cruzando las tinieblas, hacia Aquel que es el centro de toda la Historia y que te aguarda en el Sagrario. Nunca te pese dejar tu celda para ir a la iglesia. El eremita de Tamanrasset tiene razón: "Estar solo en la celda y entretenerme con Vos en el silencio de la noche, es dulce, Señor mío, y estáis en ella como Dios, así como con vuestra gracia. Y con todo, quedarme en la celda pudiendo estar delante del Santísimo Sacramento, es obrar como si María cuando estabais en Betania, os dejase solo... para ir a pensar en Vos, a solas en su habitación".

La obediencia escoge por ti, alégrate de su elección. Sumido en las tinieblas está el mundo y sólo hay una antorcha: Jesucristo. "Yo soy la luz del mundo" (Jn 8,12). Es también la tuya: "El Verbo es la luz verdadera que alumbra a todo hombre" (Jn 1,11). Pocos son los adoradores nocturnos. Era la hora preferida de Jesús, la tuya. Él "subía al monte a solas para orar" (Mt 14,23). Hoy ya no tiene que estar solo. Mas la noche tiene también sus terrores; puede resultar un crisol. El desierto aprisiona al explorador. El eremita lo lleva dentro. Así igualmente la noche: está en ti, a manera de fermento para remover toda la masa de tu alma. No conoces a Jesucristo sino por la fe. Pero la fe es para tu espíritu tinieblas no menos que luz. Esto te la hará más dolorosa en el eremitorio, donde no podrás vivir sino de fe desnuda, sin cosa que te distraiga de las pruebas que te impone, ni te ayude a pasar el tiempo de los silencios de Dios.

Tu vida se desliza, la mayor parte del tiempo bañada en esa "oscura claridad que cae de las estrellas", siendo así que estás hecho para la plena luz del día. Nada te importaría desdeñar la tierra y sus alegrías si Dios dejara traslucir su gloria, o pulsara deleitosamente las fibras de tu alma. Aun suponiendo que se te conceda algún contento sabroso, sólo será de paso. Dios quiere ser creído bajo palabra, sin fianza ni contraprueba, y tu postura ante el mundo es la de testigo de la fe. La tuya debe estar pura de toda aleación, sin más punto de apoyo que la afirmación de Dios mismo. No tendrás aquí el aliciente de las grandes manifestaciones de la piedad, ni el sostén de la predicación dada o recibida, ni el estímulo de la dirección de almas. El bien que hagas lo ignorarás totalmente. Las gracias de Dios, aun las más selectas, vendrán tal vez despojadas de todo carácter experimental, y te verás reducido a "querer creer", a caminar a tientas, entre gemidos, sin comprender más nada. "Cuando canto la dicha del cielo, la eterna posesión de Dios —escribe Santa Teresita del Niño Jesús— no siento la menor alegría; pues canto sencillamente lo que quiero creer".

Has de portarte "como si" la luz guiara tus pasos, profundizar tu fe, no compulsando libros sino sometiéndote con humildad a esa sustracción de luces y poniendo hasta los últimos detalles de tu vida toda bajo el imperio de la fe.

Nadie podrá echarte una mano vigorosa si no es Dios; Dios se esconde. No lo habrás percibido, pero nunca habrá sido tan estrecha tu adhesión a la soberana Verdad, ni tan valiosa tu oblación. Ni habrá estado Dios nunca más cercano: "Yavé ha dicho que habitaría en la nube oscura" (1 R 8,12).

Esa "noche oscura" tan martirizadora será cabalmente tu iluminación; conocerás a Dios con su propio conocimiento, sabrás de Él, no lo que la criatura llega a balbucir, sino lo que Él mismo

sabe de sí y lo que le place revelar. De todas formas, si Dios te arroja a ese crisol terrible, padecerás la cosa más tremenda que cabe para un eremita, que cree desplomarse bajo las ruinas de su ensueño.

Como Job, tendrás prisa porque despunte el día (17,12). En poco tiempo habrás hecho más actos heroicos de fe que otros en una larga vida.

Eso es el caso de que abrigues la esperanza de ese alborear próximo, pues la esperanza se enraíza en la fe. Vivirás sin sentirla. También de ella eres testigo, y de ningún sitio la debes sacar más que de la promesa divina, no, en absoluto, de la seguridad de tus méritos o de una vida buena. Tienes que llevar cincelada hasta en tu carne la convicción de la gratuidad del don de Dios. En el lagar de la tentación exprimirás hasta la última gota de esa confianza en ti mismo de que estás lleno. Dios permitirá por algún tiempo que no vislumbres ya el fin de esa noche horrosa y creas, hagas lo que hagas, que estás destinado a las tinieblas eternas.

No es seguro que llegues ahí. Todo depende del grado de santidad al que te llama Dios, pero ¡está tan dentro de la línea de una vida escatológica ser purificado a fondo en ese Purgatorio anticipado! Invisible, en la sombra, el Espíritu Santo te sostendrá, y tu alma angustiada no dejará de esperar contra toda esperanza, invenciblemente convencida de la fidelidad de Dios, en virtud de la cual, en este mismo destierro te ha "desposado" (Os 2,22). "Yavé lo ha jurado, no se desdiciará" (Sal 109,4). La infidelidad tuya no acarrea la de Dios. Cuando vuelves a él arrepentido, lo encuentras esperándote con todos los bienes que tenía pensado otorgarte. "Ea, pronto, sacad el vestido más rico y ponédselo, y un anillo para su mano y sandalias para sus pies" (Lc 15, 22).

Todo eso lo sabes de muy atrás; en este momento de prueba, el Corazón del Padre, abierto a todos te parece cerrado para ti. Pese a todo tu alma "espera a Yavé" (Sal 32,20). En tu desolación no cesarás de repetir: "En ti todo el día espero a causa de tu bondad, Yavé. Acuérdate de tu ternura, Yavé, de tu amor, pues son eternos" (Sal 24,5-6). Pensarás que lo dices con la punta de los labios, por cumplimiento, cuando antes te arrancarían la piel que hacerte dudar de la palabra de Dios. Pero la noche nos oculta el horizonte de luz.

Seguirás tu camino, con tu mano temblorosa cogida de la de tu Padre del cielo. "Lo así, ya no lo soltaré" (Ct 3,4).

¡Oh! qué difícil es creer en el amor de Dios cuando el cielo parece acerrojado, y te abruma el sentimiento de que nada debes esperar de él. Lo has dejado todo con el fin de vivir en la intimidad de Dios. Dios finge no dignarse dirigirte una mirada; y se te hace tan lejano que dudas de si te amará Aquel que, a despecho de todo, es tu único amor. Nada oprime tanto como un amor ignorado o desdeñado. Con el corazón lacerado te quejarás al Señor de haberte engañado al prometerte su privanza, siendo así que te trata en esclavo. Se te haría inconsolable esa frialdad de Dios si no supieras que él te ha amado el primero. De lo contrario, te sería indiferente (1 Jn 4,10).

Lo que él quiere es que lo ames como merece serlo: por sí mismo, por su amabilidad trascendente, y no en primer lugar por su bondad para contigo. Deberías amarlo aunque nada te reportase, porque es el Bien sustancial. Sé ante los hombres testigo de que Dios es digno de ser amado así de desinteresadamente.

El desierto con su aridez, la noche con su anonadamiento de las formas, hablan menos de la munificencia de Dios que de su trascendente perfección. No basta que lo sepas por la metafísica.

Debes experimentarlo y ofrendar al Amor ese homenaje gratuito. Si la prueba durase demasiado podrías periclitar. La humildad te salvará. Acepta el no saborear el Amor de Dios, por lo mucho que has gustado el de la criatura, y el andar en las tinieblas sin siquiera sentir la mano paternal que te lleva sin tú saberlo. Guíate por su voz; no cesa de resonar en la Escritura: "Dios es amor; el que permanece en el amor, en Dios permanece y Dios permanece en él" (1 Jn 4,16).

Ejecuta todo lo que manda el amor. Podrás, como Job, discutir: "Puede matarme; sólo me queda la esperanza de defender ante él mi conducta" (Jb 13,15).

Y sobre todo, tente por indigno del menor favor de Dios: "Padre, no merezco que me llames hijo, trátame como a un jornalero" (Lc 15,19). Entonces no te sentirás chasqueado si te toca avanzar por la vía común.

No vuelvas atrás. No lo achaques ni al medio ambiente ni al marco de vida: la noche está en ti, y obedece a Dios. Podrá ser estéril para los hombres, cuya actividad suspende; es siempre fecunda en las manos del Creador. Antes que la luz eran las tinieblas; de ellas hizo Dios brotar la claridad del día "Cuando es hermoso creer en la luz es de noche" dice Platón. El Señor espera de ti esa fe, no te zafes. Aquel que te ama se oculta en esa oscuridad y te da cita en su misterio.

"Alzad vuestras manos al Santuario y bendecid a Yavé, por la noche" (Sal 133,3).

Segunda parte

La montaña

"Eres tú magnífico en las alturas, ¡oh Yavé!" (Sal 92,4).

No carece de razón el que el eremitorio se oculte casi siempre en algún repliegue de montaña. Será que es más fácil hallar en él un desierto menos accesible a los hombres para vivir escondido. Mas ese paraje tiene también en la historia religiosa del mundo una significación divina. Es uno de los lugares privilegiados de los encuentros de Dios y debes conservarle ese sabor místico. La montaña virgen y solitaria es un marco digno para las grandes comunicaciones del Señor.

Tiene de común con el desierto las exigencias de desnudez. Pero es además un signo en el espacio de la elevación del alma por encima del hormigueo de los negocios terrenales, de los pecados y placeres de los hombres. Es un empuje soberbio de la tierra hacia la pureza del cielo. Cuantos la escalan experimentan y refieren esa sensación tónica de una especie de virginidad ambiental que filtra la pobre naturaleza humana eliminando la fiebre de las pasiones malas. Sus cimas invioladas hablan de Dios "magnífico en las alturas". Los mismos anacoretas paganos han cedido al atractivo de la montaña, como si sus cumbres intactas fueran el trono de su gloria. Déjate prender en ese hechizo espiritual; no es ilusorio. El eremitorio tendrá para ti las gracias de esos montes benditos, escogidos por el Señor para hablar al corazón de los hombres.

Capítulo 1

El monte Sinaí. La trascendencia de Dios

"Que se sepa de oriente a occidente que todo es nada fuera de mí" (Is 45,6).

El Sinaí es el monte de la Trascendencia de Dios, el carácter divino más desconocido del que el eremita debe ante todo ser testigo de cara al mundo. Recién llegado al desierto, no te duela aún la carencia del sentido de la trascendencia de Dios. Pronto, al amparo de la soledad, descubrirás en ti el resabio de esa tara contemporánea. El descubrimiento te afligirá, tal vez te espante. El temor de Dios se hace raro. Se peca sin pudor y sin gran pesar. En la misma penitencia diríase que el sacramento desvaloriza la virtud. ¡Cuesta tan poco alcanzar el perdón! Examina lealmente cómo reaccionas en tus adentros ante las Verdades Eternas, y sabrás dónde vas en esa asignatura. El pecado original, la muerte, el infierno, la Cruz, suenan a cosa antipática, a antigualla. El servicio del prójimo atrae más que el de Dios, y su salvación se enfoca más como beneficio para el hombre que como el triunfo de la gloria de Dios. Incluso la unión con Dios nos tienta más como el coronamiento de nuestra personalidad que como respuesta desinteresada a su llamada. Hemos perdido el sentido de Dios a cambio de un sentido erróneo del hombre, el cual se planta delante del Ser divino, no como una "nada", sino como un Don "Alguien", muy digno de que Dios lo tenga en cuenta. Extraño sería que esa atmósfera no te haya contaminado. Es una óptica ésa, antagónica de la del monje. Vas a tener que revisar eso.

A todos los amantes de la Sagrada Escritura ha impresionado la insistencia celosa, a veces machacona en las expresiones y los hechos, con que Dios reivindica su trascendencia y subraya el abismo infinito que separa su Ser y sus perfecciones, del ser creado. No fue por juego de niños ni para impresionar a mentalidades primitivas, por lo que se manifestó en el Sinaí con el aparato de una teofanía que no dejaría de apabullarnos a fines del siglo XX.

Acude sin descanso a la Biblia para descubrir en ella a Dios tal como se revela a sí mismo. No opongas el Dios de Amor del Nuevo Testamento al Dios del temor del Antiguo; la antítesis es engañosa.

No hay sino un Dios que no varía ni se contradice. Lo que era antes de la Encarnación, lo sigue siendo. El que ha cambiado es el hombre.

Sacando de su evolución cultural cierto aire de seguridad, y tal vez debido a una interpretación equivocada de las condescendencias evangélicas, va tomando para con Dios posturas desenvueltas, descortesas, muy ajenas al espíritu del Magníficat. El hombre de nuestros días, si habla de su nada, lo hace con la punta de los labios; de la "afirmación de su personalidad", en cambio, a boca llena. Es insolente tanta reivindicación del propio "yo".

La tradición anacorética en bloque repudia semejante actitud. La compunción es la principal constante del espíritu eremítico, y no se da sin el sentimiento vivísimo de la trascendencia de Dios. Aquel santo temor de si estará uno condenado, es tachado de arcaísmo, como si fuésemos, más que los antiguos, los dueños de nuestro destino eterno, o estuviésemos más a cubierto. Como si una ofensa hecha a Dios tuviese hoy menos importancia, como si Dios pasase la esponja sobre nuestros pecados sin exigir dolor ni satisfacción.

Desechada la compunción, muy pronto el Yermo te parecerá incoloro, y tu vida, inútil de puro egoísta. No cometas la impertinencia de apartarte hasta el mismo plano de Dios. No debe partir de

ti el hablarle "cara a cara" como un hombre habla con su amigo. Dios era quien así hablaba con Moisés, no Moisés con Dios (Ex 33,11). Cuando el Altísimo deja traslucir algo de su gloria, los más santos tiemblan despavoridos; Moisés, Elías, hunden el rostro en los pliegues de su manto; Abrahán queda aterrado, y su conciencia le dice que no es sino "tierra y ceniza"; Isaías se cree perdido; los mismos serafines ocultan la faz detrás de sus alas. ¿Quién puede subsistir delante de Yavé, el Dios Santo? (1 S 6,20).

Las amabilidades del Verbo Encarnado no deben hacerte olvidar nunca que Dios es el "Santo", el "Separado" de toda la creación por su naturaleza misma: su divinidad, su gloria, su santidad. El contemplativo gusta de sobrealimentarse con esos textos inspirados que le ayudan a mantenerse en su puesto, mientras va engrandeciéndose en su espíritu y en su corazón al Soberano Señor de todas las cosas, que es también su Padre.

"Soy Yo; Yavé es mi nombre, que no doy mi gloria a ningún otro" (Is 42,8).

"Sed santos, porque Yo, Yavé, soy santo" (Lv 20,2).

"Yo soy el primero y el último y no hay otro dios fuera de mí" (Is 44,8).

"Yo, Yo soy Yavé... Yo soy Dios desde la eternidad y lo soy por siempre jamás" (Is 43,1112).

¿Puede alguien quedar frío ante tales exigencias? Todos los libros de la Biblia, sobre todo los Profetas y los Salmos han celebrado esa sobrecogedora Majestad del Dios que se sienta sobre los querubines, ante quien la tierra es presa de vértigo, los pueblos se postran despavoridos (cf. Sal 98,1-5), las naciones son como "gota de agua en el caldero, como un grano de polvo en la balanza" (Is 40,15).

Majestad que se muestra en los portentos de su omnipotencia, en la obra de la Creación (Is 45,11-12), en los fenómenos terroríficos que acompañan su presencia (Sal 76,17-20).

Jesús no ha agudado el recio colorido de esa grandeza divina, que contemplaba en el cara a cara de la visión beatífica. Se insiste a placer en el carácter filial del temor, pero éste supone de antemano la visión perfectamente nítida de todo cuanto necesariamente nos mantiene en el abismo de nuestra nada por debajo de nuestro Padre de los cielos. No van a ser las afrentas anodinas y ficticias inferidas a tu amor propio las que te hagan humilde. La humillación tiene buena prensa en religión; recibirla con edificación realza nuestro prestigio e hincha los carrillos de nuestra vanidad. Desde dentro es como el Espíritu Santo te despojará de la propia estima, contrastando en su luz la grandeza de Dios y tu bajeza. Quizá llegue al extremo de obligarte a pedir auxilio a la vista de tu abyección: "¡Ay de mí, perdido soy! Soy hombre de impuros labios" (Is 6,5).

Y viene el pecado a deprimirte aun por debajo de tu nada de criatura: "Aun a sus ministros no se confía, aun en sus ángeles halla tacha.

¡Cuánto más en los que habitan moradas de barro y del polvo traen su origen!, que son aplastados como un gusano, son acabados de la noche a la mañana" (Is 4,17-20). Has de mantener en ti el pesar de haber desagradado al Amor que pródigo se volcaba en ti.

Con todo, trata de no proyectarte sino raras veces en la pantalla de tu reflexión. Dios mismo con todo su incomparable esplendor es quien debe ocupar lo mejor de los pensamientos del eremita. Tu dicha consistirá en no ser nada para que Dios sea todo. Santo Tomás tiene esta sentencia de oro, que parece escrita para los anacoretas: "Suponiendo que no haya en el mundo más que una sola alma que posea a Dios, será bienaventurada aun cuando no tuviera prójimo a quien amar" (I-II,4,8,3). El ser infinito de Dios ante el cual el de la criatura es como inexistente, te dará a conocer que los afectos puestos en ella indebidamente a expensas del Señor te aniquilan abatiéndote hasta su nivel y te incapacitan para unirse al Todo y transformarte en él.

La perfección infinita de Dios junto a la cual todas las perfecciones creadas que son reflejo de aquélla pierden todo su brillo, te irá desasiendo gradualmente de cierta complacencia hedonista y te hará amar la soledad y el silencio donde sólo está él.

La incomprendibilidad e inefabilidad de Dios asentarán en tu alma una quietud profunda, dando muerte a toda curiosidad revoltosa. Si renuncias a los análisis complicados y a la multiplicidad de palabras, entenderás que ni el trabajo del espíritu, ni las visiones, ni las delectaciones extraordinarias te unen a Dios, antes bien la fe simple y desnuda. Y te complacerás en recogerte en un silencio adorador delante del Hogar misterioso de la Vida y del Amor. Preferirás callarte en su presencia, porque está por encima de toda alabanza: no conociéndolo en toda su perfección, no podemos alabarlo como se merece. El silencio es su alabanza. Job es locuaz con sus amigos, delante de Dios no sabe qué decir: "Pondré mano a mi boca" (Jb 40,4).

La suficiencia de Dios, plenitud del Ser, de la perfección, de la santidad, de la vida, de la luz, de la felicidad, te colmará de gozo. ¡Su dicha será la tuya! ¡Saber que nada ni nadie puede añadir a la beatitud de Dios, ni turbarla nunca! Nuestras faltas lo ofenden, mas en nada lo ensombrecen. No es que se entibie nuestra contrición, pero atempera su amargor en el alma amante.

El mundano no puede resignarse a no ser necesario ni útil para Dios.

El contemplativo se dilata en ese pensamiento. En verdad, una sola es su alegría: la de Dios mismo. Es su "éxtasis" perpetuo; ya no piensa en mendigar para sí mismo una satisfacción distinta. Pide la gracia de alcanzar ese ideal, y el hastío te será imposible en la soledad.

Es la revelación escueta de esa trascendencia la que revoluciona la vida de Moisés. El Sinaí del eremita es el de la zarza ardiendo más bien que el del Decálogo. El misterio de la grandeza de Dios hechiza al solitario, y, lejos de helarlo o aplanarlo, hace brotar de su corazón un grito de entusiasmo, porque se liberó, al fin, de las ilusiones que sobre sí mismo lo tenían engañado: "Tú solo el Santo, Tú solo el Señor, Tú solo el Altísimo". Sin cesar repiten sus labios las aclamaciones del Gloria: "Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos y te damos gracias por tu gloria infinita". No se harta de pregonar el Todo de Dios, que lo sitúa a él en su verdad: la nada, la dependencia total, dando así respuesta a la afirmación divina: "Sébase de levante a occidente que todo es nada fuera de mí".

La espiritualidad moderna ha acentuado la Inmanencia de Dios, la dulzura de sus relaciones de intimidad con el hombre, pero no puede, so pena de caer en error, desconocer las exigencias de su trascendencia. Sólo los espíritus superficiales, ajenos a los verdaderos problemas de la vida interior, pueden imaginarse que la misericordia haya desarmado a la justicia de Dios. La misericordia se ejercita en que, para unir a Sí a un alma, Dios le aplica, ya en esta vida, todos los derechos de la justicia y la sumerge en el fuego purificador de unas pruebas que los teólogos declaran equivalentes a las del Purgatorio. Las purificaciones pasivas de los místicos no son una broma, como no lo es el Purgatorio por donde tantos de nosotros tendremos que pasar. Su Santidad no le permite a Dios unir a Sí un alma onerada con la más pequeña duda. En esto también su misericordia es trascendente; la nuestra cierra los ojos sobre las culpas, la de Dios exige una satisfacción tanto más estricta cuanto más quiere colmar de gloria. El perdón de Dios no es un manto echado sobre nuestras impurezas; todo tiene que ser lavado, restaurado, reintegrado en la inocencia.

El eremita lo sabe y las aprensiones de la naturaleza no son parte para impedirle desear esa prueba de las preferencias divinas.

No entres en el eremitorio como en un lugar de plácida euforia. Es un crisol. Llamado a la familiaridad del Señor, tienes que desprenderte de esa ganga opaca que apega tu alma con una tenacidad que no sospechas.

"Purificaré en la hornaza tus escorias y separaré el metal impuro" (Is 1,25).

Este crisol será justamente la Contemplación en su fase de purificación. La experiencia te enseñará hasta qué punto la perseverancia en la oración asidua y prolongada es más costosa que la acción.

La pasividad relativa bajo la mano industriosa de Dios repugna a la naturaleza cuyas facultades se revuelven de impaciencia. Tú, deja obrar a Dios.

Si sintieras más hondo la trascendencia de Dios, el gusto por la contemplación se desarrollaría en ti. Suplícale al Señor te la conceda; para esto has venido. Humildemente dile con Moisés:

"Muéstrame tu gloria" (Ex 33,18).

Cuando la Belleza de Dios se descubre al alma, toda criatura palidece para ella; el reflejo ya no la seduce cuando la llama se le mete por los ojos: "Ya no será el sol tu lumbrera, ni te alumbrará la luz de la luna.

Yavé será tu eterna lumbrera y tu Dios será tu luz" (Is 60,19).

Capítulo 2

El monte Tabor. El sentido de Cristo

"En cuanto a fundamentos, nadie puede poner otros que el que ya está puesto, JESUCRISTO"
(1 Co 3,11).

Sería sorprendente que Dios trajera un alma al desierto para "hablarle al corazón", y no la regalara con alguna de esas visitas inefables que han embriagado a tantos contemplativos. Es preciso dejar la cosa en manos de su liberalidad, y juzgarse "a priori" indigno de todo favor. No se entra en el eremitorio para hacer un experimento. Dios está infinitamente por encima de sus consolaciones, y si se lo posee es por la caridad; el gusto nada añade a la realidad. Aquél depende de su beneplácito, y no "le forzarás la mano". Conténtate con desear que te una consigo con la mayor intimidad posible en la tierra. Es San Juan de la Cruz el que dice: "El amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en tener grande desnudez, y padecer por el Amado". Importa mucho que lo entiendas desde los inicios; así te ahorrarás un desengaño, agravado con un error de orientación. La enseñanza auténtica del Monte Tabor no es precisamente la que se suele sacar. Lo esencial para los Apóstoles en este misterio de la Transfiguración no fue tanto el haber entrevisto a Jesús en su gloria, como el haber recibido de labios del mismo Padre la consigna: "Este es mi Hijo muy amado... Escuchadlo... Alzando los ojos a nadie vieron, sino a Jesús solo" (Mt 17). Difícil determinar mejor el puesto de Jesús en la vida del eremita: no ver ni oír nada fuera de él.

Lo antes posible, toma conciencia de los lazos que te unen a él.

Muchos repiten con San Pablo: "Para mí la vida es Cristo" (Flp 21), y luego buscan inspiración en otra parte. En el eremitorio eso sería un despropósito. Desconfía del sentimentalismo; el Cristo de las revelaciones privadas corre a veces peligro de hacer que desmerezca la verdadera devoción que se le debe. El Evangelio y San Pablo, su Apóstol más apasionado, te darán el imprescindible genuino "sentido de Cristo".

Para ti, Cristo es más que un canal de vida, más que un intermediario entre la fuente y tu alma. Es la Fuente misma de las aguas vivas.

Escucha su invitación: "Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba" (Jn 7,37). Antes de dejar-te prender por los encantos humanos de Jesús y tratar de revivir las escenas evangélicas, escudriña la palabra del Padre. Su intérprete más profundo. ¿Qué significa la expresión extraña: "Para mí, la vida es Cristo"? Ante todo, que Cristo es en sí mismo la VIDA, la Vida increada, sustancial, divina. Además, que él es la "vida de todo ser". Por fin, que es tu vida, ya que no ha venido a este mundo sino para comunicarte la suya.

Es tu vida porque es su causa; te la ha merecido y te la comunica (Rm 6,23; 1 Jn 2,25). Lo es también como objeto suyo. Entiende que en el eremitorio no has de vivir "tu vida" sino la suya. Esto supone una renuncia grande de ti mismo: es la suprema pobreza. Con ella te es dado imitar la de Jesús. Su humanidad no poseía más personalidad que la del Verbo.

"Vivía de Dios". Tú guardarás tu personalidad humana, pero referirás a Cristo, mediante tu voluntad de unión, todas las actividades de esa persona "divinizada" por la gracia. Así será él tu vida.

Concentra en él tu pensamiento, tu amor, tu esperanza. Él tomará efectivamente la dirección de tu vida. Como una madre dice: "Mi hijo es toda mi vida", debes tú decir: "Jesús es toda mi vida".

Que en derecho lo sea todo para ti no es una quimera. Lo afirma Dios por San Pablo: "Cristo ha sido hecho para nosotros Sabiduría y Justicia y Santificación y Redención" (1 Co 1,30).

Delante del Señor nada eres sin Jesús. Medita a menudo esta enseñanza del Apóstol; hallarás en ella gran paz. ¿No andas a veces atormentado por las faltas graves o leves que han cavado un abismo o producido una desavenencia entre Dios y tu alma? No habría penitencia capaz de reanudar las relaciones de amistad, si Jesucristo no hubiese de antemano saldado tus deudas. Insiste, como el Apóstol, en el carácter intencionadamente personal de esa mediación; no eres un anónimo en la masa de los redimidos: "Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Mas por esto alcancé misericordia, para que en mi primeramente mostrase Jesucristo su longanimidad y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él para la vida eterna" (1 Tm 1,15-16).

El desierto no te pondrá a recaudo de todo desfallecimiento. Tus miserias diarias en nada deben abatirte ni alterar tu alegría. Oye a San Juan, el gran Profeta del Amor: "Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Pero si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre: Jesucristo, el Justo. Y él es propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero" (1 Jn 2,1-2). San Juan conocía mejor que nadie el Corazón de Jesús y la eficacia del sacrificio de la Cruz.

Conforme te preserve de una mala tristeza, esta doctrina te precave de una confianza errónea en el valor de tus expiaciones. Éste les viene exclusivamente del hecho de que Cristo las asume. En el eremitorio amar importa más que extenuarse. La Misa ofrecida u oída vale infinitamente más que todas las maceraciones. La Iglesia apela a los méritos de Jesucristo, no a los nuestros.

Toda falta debe despertar en ti el reflejo de un recurso a las satisfacciones del Redentor. No son tus lágrimas las que te lavan, sino la Sangre de Cristo, si bien tienes que llorar la ofensa inferida a Dios. A nadie más que a él debes tu justificación. Dios te tiene por justo no a causa de la exacta conformidad de tu conducta a un Código de leyes, sino por tu adherencia y participación a la Justicia divina. Obra de tal suerte que mirándote Dios vea en ti los rasgos de su Hijo. Tal es la vocación cabal del cristiano: "destinado a reproducir (esa) imagen" (Rm 8,29).

Al imponerte el sayal de los eremitas se te dijo: "Revístete del hombre nuevo", "el que se renueva en orden al conocimiento verdadero, a semejanza de su Creador" (Col 3,10). El mismo Pablo precisa en otro lugar: "Revestíos del Señor Jesucristo" (Rm 13,14).

Comprende lo que se te pide.

El desierto no es el refugio de una personalidad sombría que ha roto con la sociedad cenobítica, con el fin de no lastimar sus aristas vivas.

Por muy solo que estés, no puedes zafarte ante ese trabajo de desasimiento total con miras a trasformarte en la semejanza interior con Jesucristo. Progresivamente debes llegar a pensar, a juzgar como él; a amar lo que él ama y como él lo ama; a obrar según las intenciones que fueron las suyas. No se llevará a cabo esa labor sin derribos importantes. A cambio de ello, él podrá vivir en ti, y tú merecerás la complacencia del Padre: no reconoce por hijos sino a los que vivifica el Espíritu de Jesús (Rm 8,14). Es preciso empeñar una voluntad de "desapropiación" incompatible con toda segunda intención de reservar el propio "yo".

Haz esto y te santificarás. Como la justicia del eremita no es la exacta observancia de un Código de leyes, tampoco su santidad es la práctica concienzuda de un catálogo de virtudes. Sé fiel a la Regla, es un minimum necesario. Pero no te dejes paralizar por la letra. Jesús obraba con gran amplitud de miras, eso que había venido a perfeccionar la Ley, y a no tener otro alimento

que hacer la voluntad del Padre (Jn 4,34). Lo que te hace justo te hará santo: la imitación perfecta de Jesús, practicar la virtud porque él la practicó y de la manera como él la practicó; por amor del Padre. Tu santidad ha de poseer ese sello filial de amorosa presteza que irradia alegría y deja creer que no te cuesta nada.

En cierto sentido es así. Has hallado tu equilibrio y el equilibrio es generador de paz. Cristo contemplado, amado e imitado ha proyectado la plenitud de su luz sobre el misterio de tu existencia y de tu papel en el plan de Dios. Ésa es la Sabiduría: el conocimiento del "por qué" y del "cómo". Jesús es la Verdad (Jn 14,6). Él ha pedido y alcanzado para ti el Espíritu de Verdad (Jn 14,16-17) a fin de que seas "consagrado en la Verdad" (Jn 17,17).

Jesucristo es toda la Filosofía del eremita. Con el Evangelio y la Cruz sabe más que todos los pensadores. Los mundanos lo toman por un inculto y un simple. "El lenguaje de la cruz, efectivamente, es locura para los que se pierden" (1 Co 1,18). Ojalá sea siempre para ti "poder de Dios". No te asustes si a veces le encuentras cierto sabor ajeno al sentido común. Sólo tras largo aprendizaje del sufrir saborearás su fruto. La cruz se ofrece primero como instrumento de suplicio; sólo poco a poco se esclarece con la luz del que la ha transfigurado.

Frecuenta a Jesús sin descanso, ya que es tu Todo. La del eremita es una vida "evangélica". Muy lógico que se aficione a revivir con la mente y el corazón al Cristo del Evangelio. La metafísica no colma el corazón. Si se dan sentidos espirituales, sentimientos espirituales, también existen emociones espirituales que desorientan a los psicólogos de escuela, pero que las almas interiores conocen bien. No en vano seguirás al Maestro en todas las idas y venidas de su vida terrestre, devorándolo con los ojos del corazón, contemplando sus actitudes y gestos, sorbiendo sus palabras, comulgando con sus penas y alegrías, orando con Él, viviendo como uno de los suyos. De esa intimidad nacerá en ti algo mucho mejor que una simpatía platónica del exegeta. El eremita debe vivir la amistad que le brinda Cristo (Jn 15,15). Nada hay de novelesco en ese esfuerzo por reconstituir el pasado. Viene legitimado por un principio que vierte a raudales la luz y el gozo en nuestras almas.

Por su ciencia beatífica y su ciencia infusa Jesús sabía ya entonces todo lo tuyo, tus más íntimos pensamientos, los movimientos secretos de tu voluntad buena o mala. Él, durante su paso por la tierra, vivía contigo y para ti. Por encima de veinte siglos entras realmente en contacto con Aquel que, de lejos, leía en la conciencia de Natanael (Jn 1,48). De ti depende que Cristo haya estado más consolado y haya padecido menos.

Lo conoces mejor que a tus más íntimos amigos. En él ningún recoveco de inquietantes sombras.

La Iglesia, en su Ciclo Litúrgico, repite cada año esa peregrinación a las fuentes de nuestra salud. Síguela y descubrirás a Cristo en sus misterios. Cada uno de ellos trae siempre su gracia que caldea el corazón e ilumina el espíritu. Así Jesús vendrá a ser para ti "Alguien" muy cercano.

Todo él, con su trascendencia divina, sus amabilidades humanas, su influjo salvador en tu alma, es el que se llega a ti en la Eucaristía y a quien adoras en el sagrario. Y ¿podría el eremita creerse solo en el desierto? ¿Quién habló de la monotonía desesperante de los días? Vive esa amistad que decimos. Tiene sus condiciones para que sea consoladora. La primera es ser amistad verdadera, con sus intercambios enriquecedores y reconfortantes. Es más lo que recibes que lo que das. Precisamente el don que el Señor espera de ti es tu "receptividad". Los encuentros han de ser para ti una necesidad. Las ocasiones son múltiples: los Sacramentos, las visitas a la iglesia, la "lectio divina", la oración que te sitúa cara a cara con Jesús. Defiende celosamente tu soledad; las entrevistas de amigos no consienten un tercero. Tu estar presente a Jesús excluye no sólo la atención a las personas, sino también el interés impropio por las cosas. Aprende a contentarte con él. Muchos se imaginan haber llegado a este punto, pero se confidencian con el primero

que les sale al paso. Jesús está celoso de tu confianza. No hay uno que te comprenda mejor que él, y nadie como él sabe consolar y socorrer.

Un sentido de Cristo tan delicado es raro aun en religión. Para el eremita es una necesidad vital, es cuestión de perseverancia y de florida santidad.

Nada lamentarás de cuanto has dejado, el día que Jesús haya ocupado ese primero y exclusivo puesto en tu existencia. Entonces, en verdad, te habrás sentado con él para cenar (Ap 3,20).

Capítulo 3

El monte de los olivos. La santa voluntad de Dios

"Padre..., no se haga mi voluntad, sino la tuya..." (Lc 22,42).

En Getsemaní, la palabra de Jesús que debe fijar tu atención es la que profirió por tres veces durante su agonía: "Padre mío... no sea como yo quiero, sino como Tú" (Mt 26,39).

Aquella adhesión de su voluntad humana a la de Dios le costó sudor de sangre. Sin embargo, toda su vida había profesado gozosamente una sumisión ilimitada, de la que parecía extraer una felicidad radiante.

"Mira que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hb 10,7).

"Mi alimento es cumplir la voluntad del que me envió y dar cumplimiento a su obra" (Jn 4,34).

"No busco mi voluntad, sino la del que me envió" (Jn 5,30).

"He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado" (Jn 6,38).

En la hora suprema Jesús no se retracta. Pero todo su ser humano no puede menos de estremecerse de angustia ante las exigencias de una voluntad cuya Sabiduría y Santidad son para él evidentes.

El eremita debe con frecuencia acudir a Getsemaní, no tanto para consolar a Jesús, que probablemente no quiso que nuestra simpatía le proporcionase el menor alivio, como para aprender el secreto de la obediencia perfecta a Dios. No todo es encanto en la vida monástica.

Bien pesados tenían los Apóstoles los pies y el corazón camino del Huerto de los Olivos pese a la presencia de Jesús.

A lo único que vienes al eremitorio es a conocer y cumplir la Voluntad de Dios sobre ti. Súplícale como Moisés, que te enseñe sus caminos tan distintos de los nuestros: "Si he hallado gracia a tus ojos, dame a conocer el camino, para que yo, conociéndolo, vea que he hallado gracia a tus ojos" (Ex 33,13).

Ruego sencillo pero temible. Si Dios lo escucha entrarás en la vía real de las tribulaciones. Al escalar la montaña nada sabes del porvenir, no tienes proyectos. Dios te ha dicho: "Sube a mí al monte y estáte allí. Te daré unas tablas de piedra... escritas... para (tu) instrucción" (Ex 24,12). Moisés ignoraba el tenor de lo escrito; tú también. La experiencia del pasado te ha familiarizado con los procedimientos del Señor, sin por eso ilustrarte sobre sus designios futuros. "Sube a mí." Eso es todo lo que sabes y a lo que has venido. Tienes que ser todo receptividad, todo disponibilidad. En el mismo instante de la Encarnación Jesús y María pronunciaban la misma palabra de abandono: "Ecce"... "Heme aquí". "Mira que vengo a hacer tu Voluntad". No pasará mucho tiempo sin que adviertas lo amargo que es renunciar a la tuya.

Será puesta a prueba ya desde los primeros pasos. Dabas por descontado que el desierto era una tierra de austeridades, pero te veías "como onagro salvaje en el desierto" (Jb 39,5) en completa libertad. La primera privación que te impone es cabalmente la de esa libertad. Aunque al principio te parezca lo contrario, ésa es tu gran suerte. La obediencia te pondrá a salvo de las divagaciones del romanticismo espiritual. El que yerra a la ventura por lugares solitarios está perdido. "Lo primero y lo más imprescindible en el Sahara es un buen guía" (P. de Foucauld). Las ascensiones alpinas exigen la misma seguridad. En la estepa "no se halla camino de ciudad

habitada" (Sal 106,4). Dios en persona guiaba a Israel desde la Nube, pero sus órdenes las transmitía Moisés (Nm 9). La Iglesia, sabiamente, no quiere que el eremitismo escape a la ley común de la obediencia religiosa. Puede que lo lamente y te venga la tentación de añorar el anacoretismo independiente para poder moverte a tus anchas y tirar por atajos. Es ilusión frecuente, como frecuente es la desilusión consiguiente. La sumisión en el marco de un eremitorio es una defensa. Sin género de duda, el Superior es el canal de la voluntad divina. El independiente está a merced de sus ensueños.

Corre gran peligro de llamar "divina" a su voluntad "propia". Acepta alegremente el yugo de la obediencia. Toma tal como está la "ley" que rige el eremitorio, sancionada con el tiempo y la experiencia.

¿Sufrirás un desengaño? Los hombres y las costumbres ¿serán conformes a tus sueños? ¿Qué valen los sueños? Una sola cosa te importa: la posibilidad de una vida verdaderamente eremítica. Si quieres la paz no cobres interés sino por lo esencial. Lo contingente es siempre variable y siempre deficiente. Lo que te dan lo es; lo que desearías no lo sería menos. El desierto es la tierra del espejismo, de ese alucinamiento encantador cuyo único defecto es su irrealidad.

Sería de lamentar que por unas prácticas sin importancia quedases sin enterarte de los valores de fondo.

Los hebreos podían en unas semanas conquistar a Canán.

Murmuraron; el resultado fue que esperaron cuarenta años y ninguno de los murmuradores entró en la tierra del descanso (Nm 14,23-36; Dt 1,34-40).

Nicodemo con razón se extraña: "¿Cómo puede nacer un hombre ya viejo" (Jn 3,45). Es un problema volver a ser niño. Jesús da la solución: "Es preciso nacer de Arriba" (v.7), es decir, juzgar las cosas no según la carne, sino según el Espíritu. El ingreso en el eremitorio es un "test" excelente: desenmascara al hombre. Donde hay dos, cada cual levanta una fachada, se fabrica una personalidad que anda exhibiendo y a la que él mismo toma en serio. El aprecio del otro le interesa y lo satisface. El eremita sólo tiene un interlocutor: Dios.

¿Para qué maquillarse? El deber de ser verdadero hace intolerable la soledad a muchos, pero amable a las almas rectas y valientes.

Tus reacciones concretas te harán ver exactamente hasta qué punto eres carne o espíritu; y si eras ya religioso, marcarán el rendimiento real del trabajo cumplido.

Se requiere una larga madurez para rehacerse niño. Aquí la docilidad no es ya la ignorancia temerosa que se confía, es la sabiduría que escoge. La del niño nace del instinto de inseguridad; la del novicio se funda en el Evangelio: "Si no cambiáis y os hacéis como los niños no entraréis en el reino de los cielos" (Mt 18,3). Es más meritoria; el hombre hecho y derecho no puede creer cándidamente y sin pruebas en la superioridad humana de los demás. Reverencia en ellos un poder "vicario" al que sus deficiencias no siempre dignifican, pero que la fe de él mantiene siempre en plena luz. Sé lúcido, pero deferente.

La verdad hace libre y conserva un pacífico equilibrio.

Tal sumisión va mucho más lejos de lo que llaman "obediencia religiosa". Dios ejercerá sobre ti los derechos de un amante celoso y acosará tu alma mientras vea en ella una veleidad de autonomía. No eres ni sabio, ni santo, ni todopoderoso; Dios es todo eso infinitamente. Por la obediencia irás a su encuentro no hay otro camino.

¿De qué manera esperas unirte a él? Pensando, no. Nuestro entendimiento lo reduce a su medida; los seres no entran en él sino en forma de nociones abstractas. Es desconsolador comprobar lo impotente que es un espíritu, del que estamos tan orgullosos, para captar el verdadero rostro del Dios vivo, y que tengamos que seccionar la inefable naturaleza, o, lo que es lo mismo, deshacerla, para forjarnos una idea aproximada. Nos falta la luz de la gloria.

En frase muy profunda de Saint-Exupéry: "No se ve bien más que con el corazón". El amor es el que nos une a Dios y el amor se define por la identidad de los quereres: "*Idem velle, idem nolle*". Nuestra voluntad, al perderse en la de Dios, lo aprehende y abraza en su Ser divino. Dios y su Voluntad es todo uno. La nuestra entonces ha hallado y recorrido a pasos veloces el camino de su Corazón, y desde ese centro contempla sus admirables perfecciones: "El que acepta mis mandamientos y los guarda es el que me ama; y quien me ama será amado de mi Padre y yo lo amaré y me manifestaré a él" (Jn 14,21) no de lejos, desde fuera, antes bien, desde lo interior de nuestra alma, hecha, por la caridad, su morada: "Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amaré, vendremos a él y en él haremos nuestra morada" (ib. v.23). Se produce entonces un intercambio sorprendente: Dios, a su vez, hace todas las voluntades de su "esclavo". A pesar de su ira, no resiste a la oración de Abrahán (Gn 18,23-33), ni a la de Moisés (Ex 32,14). La razón de ello vale para toda alma abandonada: "También a eso que me pides accedo, pues has hallado gracia a mis ojos y te conozco por tu nombre" (Ex 33,17). ¿De dónde esa "gracia"? De la perfecta docilidad de esos grandes siervos de Dios.

Si deseas gozar de la paz del eremitorio, sé fiel al "deber" de la improvisación. En este marco la voluntad de Dios te será significada al día, al momento. A veces patalearás de impaciencia y de curiosidad por la mañana. Ejercítate en reprimir ese afán de iniciativas tan arraigado en nosotros. Tu necesidad de actuar, de "crear" se verá a menudo mortificada por la insignificancia de las ocupaciones corrientes, si es que te atreves a mirar como triviales los dos acontecimientos mayores del mundo: la Misa y el Oficio coral.

El eremita recuerda que todo cuanto le prescribe la obediencia es una liturgia, que sus movimientos más ignorados están ordenados a la gloria de Dios. Nada es "profano" en el Yermo: esmérate por no profanar nada con tu falta de espíritu de fe. Tu existencia humilde y escondida, por tu consagración, recibe valor de holocausto y no es ningún engaño el creerte hostia de alabanza, ya que San Pablo te exhorta expresamente a serlo: "Os ruego... que os ofreczáis como hostia viva, santa, agradable a Dios" (Rm 12,1). Para ello nada espectacular se te pedirá: "Ya comáis, ya bebáis, o hagáis alguna otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios" (1 Co 10,31), y hacedlo con la sonrisa en los labios: "Cada uno dé según se ha propuesto en su corazón, no con desagrado o a la fuerza, pues Dios ama a quien da con alegría" (2 Co 9,7).

La obediencia a Dios es el eje de la historia de la criatura inteligente.

Fue la prueba de los Ángeles, de Adán. La Encarnación y la Redención son actos de obediencia sublime. Hasta el advenimiento de Cristo la Voluntad de Dios y la del Pueblo escogido se han enfrentado. Fácil era prever quién saldría ganando y fue tanto peor para Israel. Sin embargo, sabía lo que perdía: "Si me obedecéis... vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos... seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa" (Ex 19,5-6). Dios lamenta esa vana insumisión: "¡Ah, si hubieras atendido a mis leyes, tu paz sería como un río!" (Is 48,18). Para entregar a Dios nuestra libertad no necesitamos ya los rayos del Sinaí. Se viene al Yermo por amor y para amar. Una palabra de Jesús te ha de bastar: "Tomad mi yugo sobre vosotros y sed mis discípulos, pues soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mc 11,29-30). Y aun así tu obediencia estará bajo el signo de Getsemaní. Es improbable que te sea siempre fácil y no te cueste jamás lágrimas. Que tu consentimiento sea sin brusquedad ni rigidez: "Ita Pater". "Sí, Padre." (Mt 11,26). Es una conformidad filial, la única digna de Dios. La obediencia, más que el saldo de una deuda —aunque también lo sea— es una ofrenda cordial.

Ora; la experiencia de los siglos no te ha vuelto juicioso. El someterse, aunque sea a Dios, no te viene de la naturaleza. El bautizado, como cualquier otro, lleva instintos de autócrata, y más de una vocación auténtica a la Tebaida viene a estrellarse contra ese don de sí necesario.

Di muchas veces: "En tus voluntades hallo mis delicias, y no me olvido de tu palabra" (Sal 118,16). "Guíame por la senda de tus mandamientos, que son mi deleite" (v.35). "Me deleito en tus mandamientos, que es lo que amo" (v.47). "Alzo mis manos a tus mandamientos y medito en tus decretos" (v.48). "Abro mi boca y aspiro, ávido de tus mandamientos" (v.131), etc. Eres "sincero". ¿Eres "verdadero"? El desierto te lo revelará, como reveló a los Hebreos su fragilidad. Si vienes huyendo de la sujeción y por unirse con Dios sin trabas por la vía de tu gusto, no perseverarás mucho tiempo, y no precisamente porque pretendan encuadrarte sino por la extinción de las verdaderas luces.

Lo dicho a Saulo vale para el eremita: "Se te dirá lo que debes hacer" (Act 9). El P. de Foucauld, sin pertenecer a ninguna familia religiosa, obedecía hasta los más pequeños detalles al Abate Huvelin y al Prefecto Apostólico.

Lo dicho quiere decir que tienes que volverte niño. Entonces Dios será para ti una Madre. Cual niño de pecho, olvidadas las horas tormentosas, serás "llevado a la cadera y acariciado sobre las rodillas" (Is 66,12).

Capítulo 4

El monte de las bienaventuranzas. La alegría espiritual

"Que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea perfecto" (Jn 5,11).

Si sigues a Cristo de cerca, bien pronto te llevará al monte de las Bienaventuranzas. Como discípulos suyos sólo quiere corazones dilatados y rostros sonrientes: "El reino de Dios es... gozo en el Espíritu Santo" (Rm 14,17). Dejó el desierto y, al poco tiempo, dice San Mateo, "subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron" (5,1).

El eremita ha de ponerse en primera fila para recoger la Ley de la Alegría que Jesús promulga aquí y que es la médula de su Evangelio.

A todos embelesa, muy pocos la viven. El eremitorio te revelará su sentido oculto y te descubrirá que tampoco tú, para tu confesión, habías captado su misterio. Aquí no hay equívoco posible, ni compromiso, ni retroceso. La palabra de Cristo es simple, directa, tajante, y te pone entre la espada y la pared.

Esto has de vivir en el desierto so pena de morir de sed. Las Bienaventuranzas son el Evangelio de la Perfección, o si prefieres, un comprimido de la verdadera imitación de Jesucristo. El Bautismo te impone el deber de asemejarte a él; Dios no puede amarte si no halla en ti los rasgos de su Hijo Único, por pálidos que sean. El eremitorio te ayudará a acentuar su nitidez, con más rapidez, más fácilmente y con mayor plenitud. San Pablo le describe al eremita el plan de Dios sobre su existencia toda. Siguiéndolo no puede extraviarse. Medítalo a menudo, si no quieres descarriarte ni dormir: "El Padre... nos ha escogido en él (J.C.) desde antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, predestinándonos a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la que nos ha agraciado en el Amado" (Ef 1,3-6). Con el fin de realizar ese designio, a más de la gracia, nos ha sido dado el Espíritu de Jesús. En la medida en que el Evangelio es una manera de pensar, todo él te instruye sobre ese espíritu. Pero en las Bienaventuranzas está condensado lo más sustancial de esa enseñanza. "Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de él" (Rm 8,9). Lo que sería horrendo para un eremita. Los poetas se han dejado cautivar por esos aforismos consoladores sin sospechar lo que encubren de dolorosa abnegación. Pronto entenderás que no se trata de literatura sino de un gran despojo a realizar, sin el cual sería engañoso pretender la bienaventuranza prometida. Las Bienaventuranzas evangélicas se nutren de la savia de la Cruz. Están en las antípodas de las del mundo. Este solo hecho te indica el valor que hay que reconocerles.

No las comprenderás, y sobre todo no las vivirás sino a la luz y con la fuerza que dispensa el Espíritu Santo, el Espíritu viviente que animaba, inspiraba, guiaba a Cristo, y que tú has recibido. Él te dará el sentido de las palabras de Jesús (Jn 16,26).

"Uno sólo es vuestro Maestro: Cristo" (Mt 23, 10), ha dicho Jesús. El eremita lo tendrá en cuenta más que nadie. ¿Acaso no lo has escogido deliberadamente al dejar el mundo y todas sus promesas? Has venido a él, porque tiene "las palabras de la vida eterna" (Jn 6,68). El monje no necesita más que de la sabiduría de Cristo. Rumia este principio si quieres mantener en toda su pureza una doctrina que no te guardará miramientos y cuya intransigencia tratan unos y otros de edulcorar. En las horas sombrías el tentador querrá empujarte por la senda facilona de los "bien

pensantes". La atmósfera del mundo moderno está saturada de propaganda del bienestar y los mismos cristianos le dan oídos. El castigo de la facilidad es que ahoga la alegría.

El eremita es la sal de la tierra. ¡Desgraciado de él si se desvirtúa! (Mt 5,13). Siguiendo a San Pablo, nada quiere saber fuera de "Jesucristo y Jesucristo crucificado" (1 Co 2,2). Adquirirás la inteligencia de las Bienaventuranzas conforme poseas el sentido de Cristo. Él nos dice que es "la Verdad", la luz del mundo, y que el que lo sigue no anda en las tinieblas, sino que dará mucho fruto y tendrá la vida eterna. ¿De dónde ha sacado su sabiduría? De Dios mismo cuyo portavoz es: "Yo digo lo que he visto junto a mi Padre" (Jn 8,38). "Mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado" (Jn 7,16).

¿Por qué buscar primero y ante todo la penitencia en el eremitorio? Inconscientemente lo que te atrae es la sed de felicidad. El hombre no puede vivir sin alegría; y si renuncias a todas las de la tierra es por amor de las que promete Dios. Todos sus preceptos, todos nuestros deberes se iluminan con una bienaventuranza: "Bienaventurado el hombre que se acoge a él" (Sal 33,9).

"Bienaventurado el que se compadece del pobre" (Sal 40,2).

"Bienaventurado el que teme a Yavé" (Sal 111,1). La revelación entera es una oferta de felicidad. La letanía bíblica del gozo es interminable. Dios, Beatitud perfecta, la irradia sobre todos los seres.

La alegría es la sonrisa de una buena conciencia. San Pablo advierte con finura que "el reino de Dios no es asunto de comida ni bebida; es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rm 14,17). Después de la caridad, ella es el primer fruto, la primera señal de su presencia y fecundidad en un alma.

Juan Bautista saltó de gozo en el seno de su madre al acercarse Nuestro Señor (Lc 1,44), y más tarde, desterró toda tristeza el día que halló a Cristo (Jn 3,29). Jesús, inundado él mismo de la felicidad beatífica, quiere que ésta se refleje en el alma y la frente de los suyos: "Que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea perfecto" (Jn 15,11). Nadie puede arrebataros esta alegría porque brota "de nuestra comunión... con el Padre y con su Hijo, Jesucristo" (Jn 1,4) ¿No es el Señor quien nos dice que "no hay bien superior a la alegría del corazón" (Si 30,16), que esa alegría es "la vida del hombre" (ib. 22)? El eremitorio te la dará, se entiende la verdadera y siempre que la busques en su fuente propia. Desciende de Dios, no sube de la criatura. "El temor del Señor es gloria y honor y corona de gozo" (Si 1,11), "hace florecer bienestar y salud" (v.18).

La verdadera compunción, lejos de agostar esa alegría, aviva su llama mediante la fe en la misericordia divina y las certezas de la esperanza: "Yo te alabo Yavé; estabas irritado contra mí, pero se aplacó tu ira y me has consolado. Éste es el Dios de mi salvación, en él confío y nada temo, porque mi fuerza y mi canto es Yavé. Él es mi salud. Y sacaréis con alegría el agua de las fuentes de la salud" (Is 12,1-3).

Desconfía del humor melancólico. Un eremita hosco es un adefesio.

La tristeza pasional en el monje es la luz roja indicadora del desajuste de la vida espiritual. Trata de descubrir la causa: o la generosidad está en baja o te has descaminado hacia un estado para el que no estás hecho: la soledad sobrepasa tus medios. Con frecuencia no se trata más que de un aflojamiento en el don de sí.

Relee las Bienaventuranzas; cada una es el premio de un renunciamiento. Florecen entre los escombros del egoísmo. En esta página evangélica Dios especifica su suprema voluntad sobre ti y te da a conocer lo que él entiende por la muerte a sí mismo. Cada bienaventuranza tendrá una recompensa enteramente personal. Sin nada de espectacular irá socavando en ti silenciosamente un vacío que podrá darte el vértigo si miras al abismo más que al amor de quien lo ahonda. En la vida interior el mayor desacierto consiste en objetivar su dolencia para analizarla curiosamente y en sopesar sus cruces. Óyelo de una vez: no se puede morir a fuego lento sin notarlo...

La POBREZA es la soledad, el silencio, el abandono. Es la virginidad del corazón, el expolio de toda posesión aun de los favores de Dios en lo que tienen de sabroso. Es la acogida cordial dispensada a la aridez, a la noche, a la desolación. Es sufrir todo eso, sin saberlo los hombres, por el Amado con una generosidad gratuita que sólo aspira a darle gusto.

La MANSEDUMBRE es la inalterable paciencia dentro y fuera, el amor apacible de los quereres contrariantes de Dios y de sus instrumentos: hombres y cosas. Es la sonrisa sincera que brota de un corazón roto pero sumiso.

EL LLANTO es el gemido amoroso y benévolo a toda prueba del alma estrujada por la animadversión de los hombres, las magulladuras de la existencia, la acción purificadora de Dios, esa que nadie adivina, ni comprende, ni compadece...

La JUSTICIA es el deseo lacerante de Dios, que él mismo atiza y que obra frutos admirables de santidad. Es la "herida de amor" que no deja descansar, el tormento atroz del alma desterrada que muere de impaciencia por que se rasgue el velo que le oculta el rostro de su Dios.

La MISERICORDIA es la intuición perspicaz y entrañable de la indigencia humana, hecha necesidad de remediarla; la tierna compasión por la debilidad ajena, nacida del sentimiento agudo de la propia y de la actitud del Dios-Hombre para con los pecadores. Es la indulgencia que comprende, perdona todo y rehabilita con palabras y gestos de bondad...

La PUREZA es la aversión por el mal y la fealdad, el temor filial de ofender a Dios, el valeroso esfuerzo por expiar las propias faltas, la vigilancia heroica por evitar nuevas, la pasión por la gloria de Dios superior a toda otra intención, la oración instantánea por que sea lavada nuestra alma del polvo del camino.

La PAZ es, dentro de sí y fuera, la tranquilidad del orden en el respeto de la jerarquía de los valores, el cumplimiento, en la propia vida, de las tres primeras peticiones del Padrenuestro: que el Nombre de Dios sea santificado, que su reino venga, que su voluntad se haga.

Es el advenimiento en nuestra alma del Reino de Dios.

La PERSECUCIÓN santificada es el dolor por la incompreensión de los hombres, la más penosa de todas, la de los buenos, de los que más amamos, aceptada con un corazón generoso, con agradecimiento no fingido para con los que así nos ayudan a despegarnos de nosotros mismos.

Bien mirado es el programa de la santidad auténtica, del que las Bienaventuranzas emergen a manera de cumbres, no muchas veces alcanzadas, pero a las que es preciso aspirar. La gozosa serenidad de los santos ha admirado siempre a sus contemporáneos, prueba de que su alegría era de una esencia más fina que la de los cristianos medios. La alegría corre parejas con el desasimiento y sus quilates dependen del empeño desplegado.

Si se llora en el desierto, que sea de gozo. Como ya nada lo embaraza, el eremita que vive allende el espacio y el tiempo, participa de la inmutabilidad de Dios en su felicidad eterna. Está ya allí donde "no existirá ni duelo, ni gritos, ni fatiga", pues Dios mismo habrá "enjugado todas las lágrimas de sus ojos" (Ap 21,4).

Sin embargo, ese ideal, aquí abajo, es raro que se realice en plenitud.

Tu alegría, de ordinario, se refugiará en el centro del alma, dejando que pese sobre tus espaldas, a veces abrumadoramente, la cargosa monotonía de los días. Sin duda no habrá anacoreta que no haya gemido por la atonía habitual de sus horizontes y la prolongación de su destierro.

Más que júbilo sentirás paz; más que empuje, serenidad. La alegría de los niños es expresiva y ruidosa, pero frágil e inconstante; no es una conquista ni se enraíza en el sacrificio. La serenidad del eremita es el descanso de un corazón desasido a punta de lanza, de una voluntad que tras el esfuerzo canta la victoria de su imperio, de una naturaleza calmada por el sufrimiento, de un espíritu penetrado de la vanidad de las cosas, de un alma avasallada enteramente por Dios y que ya nada espera fuera de él. No es el desencanto nacido de repetidos desengaños, antes, por el

contrario, el consentimiento de un alma arrebatada por la gracia, después de haber bordeado los abismos, hasta los dominios de la fe desde los cuales descubre cada cosa en su verdad y ya no más en la ilusión de las apariencias...

Te causará admiración y envidia la tranquilidad dulce de los viejos ascetas a los que ningún acontecimiento de este mundo parecía conmover, como si hubieran emigrado del planeta.

Ellos han vivido su fe sin pedirle a la tierra lo que no puede dar. En ellos florece en todo su esplendor la esperanza cristiana, con su alegría discreta, presagio de la que esperan conforme al dicho de Jesús: "Alegraos y regocijaos, porque es grande vuestra recompensa en los cielos" (Mt 5,12).

Pero ¿acaso no es grande ya en la tierra misma la recompensa del eremita, colmado de las preferencias divinas? Olvida la pobreza y austeridad del marco y contempla a menudo las grandes cosas obradas por la gracia en tu alma. ¿Estaría bien que te mostrases malhumorado en la intimidad de un Dios que se encierra contigo en el secreto de la celda interior para descubrirte sus esplendores? El canto del eremita, escúchalo: "Yo me gozo en Yavé, mi alma salta de júbilo en mi Dios porque me ha vestido de vestiduras de salud, como esposo que se ciñe la frente con diadema, como esposa que se adorna con sus joyas..." (Is 61,10).

La llama del corazón canta en los ojos.

Capítulo 5

El monte Calvario. El amor a la cruz

"... A fin de vivir para Dios, estoy crucificado con Cristo" (Ga 2,19).

La cruz campea sobre el eremitorio: es una advertencia. Todo aquí florece a la sombra de la cruz y en ella vienes a cobijarte. Bueno es en seguida llamar tu atención sobre ella. El mundo del que sales no le pone mejor cara que en tiempo de San Pablo: locura para unos, escándalo para otros (1 Co 1,23). Y aun los que la predicán no lo hacen sin mucha timidez.

La vida del eremita sólo a su luz cobra sentido. Cristo te previene: "Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz diaria y sígame" (Lc 9,23). Tendrás que sufrir cada día, y sufrir de buena gana. Eres débil y sensible como todo hombre, y esa perspectiva no es del todo placentera. Aun para un alma generosa, el único atractivo de la cruz es su relación con Jesús.

El Hijo de Dios se encarnó para sufrir. Su primer acto consciente en el instante mismo de su concepción fue ofrecerse como víctima para expiar nuestros pecados: "Sacrificios y ofrendas no quisiste pero me formaste un cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron; entonces dije: Mira que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad" (Hb 10,51).

Esa voluntad era que padeciese y derramase toda su sangre por nosotros. Lo dirá más tarde: (Mi vida) "nadie me la quita, yo la doy por mí mismo... tal es la orden que recibí de mi Padre" (Jn 10,18).

Jesús entra de lleno en los designios paternos y, conformando perfectamente su voluntad con la del Padre, escoge positivamente el sufrir: "En vez del gozo que le fue propuesto, soportó la cruz" (Hb 12,2), es decir, toda una vida de trabajos y dolores, del cuerpo, del corazón y del alma: todo en él ha quedado traspasado del amargor de la Cruz.

Gracias a ese tremendo sacrificio somos lo que somos sobrenaturalmente, "santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo" (Hb 10,10), (cf. 1 Pe 2,21-25).

No hace falta enseñarle al eremita que "no está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo sobre su Señor" (Mt 10,24). Si corriese peligro de olvidarlo, escuche a San Pedro: "Si haciendo el bien tenéis que sufrir y lo lleváis con paciencia, esto es grato a Dios.

Pues para esto fuisteis llamados, porque también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pasos, él que no cometió ninguna culpa" (1 Pe 2,20-21). Así fuera inocente, debería configurarse con su Maestro, aunque su sufrimiento no sirviese para nada ni a nadie. Por su estructura, el cristiano es un crucificado, y la razón es la que da San Pablo: "Con Cristo estoy crucificado, pues ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Ga 2,19), y "Cristo quiere continuar su Pasión en sus miembros" (Col 1,24).

Examínate: la cruz está hondamente burilada en tu carne y en tu alma por todos los sacramentos, desde el Bautismo en el que te dijeron al signarte: "Recibe la señal de la Cruz en la frente y el corazón" (Ritual). Era una salvaguardia y un programa de vida. La Confirmación ha añadido una precisión: la Cruz es tu guión de combate: "Te señalo con el signo de la Cruz y te confirmo con el crisma de la salud".

La Eucaristía, la Penitencia, revitalizan esa señal para recordarte que todo, en el orden de la gracia, te ha venido por la Cruz; que, por tanto, es una bendición, mas también una carga, y que se te juzgará según ella.

La vida seglar tiene sus cruces; el Yermo posee las suyas, y el desierto que te guarece del siglo es la tierra preferida del sacrificio: es la réplica del Edén. Donde un jardín de delicias, la estepa; donde un árbol frondoso, la Cruz; el hombre se perdió en el Paraíso terrenal, se redime en el desierto. La Cruz es el verdadero árbol de la vida.

Subiendo la pendiente del eremitorio asciendes a tu calvario. No dramatices nada; no hay peor engaño que la inflación verbal o sentimental que encubre a menudo escuálidas realidades. No pocas generosidades no son heroicas más que en imaginación, y fantasean con un ideal inasequible, sueño más que vida. La cruz del monje es muy sencilla y muy modesta, aun siendo pesada. La gente la conceptúa irrisoria. Nunca la han sopesado. Por otra parte, cada cual sólo siente el peso de la suya, la única que le duele.

¿Qué te tocará? Dios lo sabe. Sin remedio serás acribillado por las mil y una contrariedades de la vida regular. Es la más trivial de las cruces, pesada porque no suscita en nadie interés ni compasión: es el lote común. Confiar su pena a otro, mendigar su conmiseración alivia no poco. No lo busques. Tu actitud interior de aceptación y obediencia basta para conferir dignidad a esas fruslerías. Perderías mucho rebelándote, incluso desahogándote.

Todo lo que es doloroso, física, moral, espiritualmente, cualquiera que sea el instrumento, hombres, sucesos, cosas, incluso siendo tú la causa, tiene valor de cruz para el espíritu de fe. Basta que aceptes y ofrezcas las consecuencias penosas de tus faltas o de tus fallos. La Iglesia llama "feliz culpa" al calamitoso desliz de Adán. La mejor penitencia es sobrellevar por amor los efectos molestos de tus desvaríos. Hazlo así, siempre gozarás de paz.

Los renunciamientos que imponen los votos acarrearán infinidad de padecimientos: incomodidades de la pobreza, aislamiento de las criaturas, repugnancias de cuerpo y espíritu en la ascesis. Todo ello, en la práctica, toma un aire, ora gracioso, ora displicente. Poco se beneficia el amor propio. Sola la fe transfigura tanta trivialidad y garantiza su repercusión eterna.

Puede que el Señor recargue tu cruz. ¡De tantas maneras sabe poner a prueba el maravilloso instrumento que es la sensibilidad! Como autor de ella la pulsa con arte divino. El eremita no debe molestarse por ello. ¿Acaso no ha venido al Yermo para asemejarse a Cristo crucificado? Siempre nos toma Dios en serio. A veces te vendrán ganas de echárselo en cara. Sólo una mirada al crucifijo puede sofocar tus críticas, sin por eso volatilizar tus sufrimientos.

Si amas intensamente, desearás estar tendido sobre la Cruz. Tal deseo es una cima. No te aflija el verte lejos de ella. Está ya bien el no rebelarte nunca, ni huir. El mismo Jesús no subió al Calvario en marcha triunfal; no lo pierdas de vista. San Pablo te dice "Reflexionad en el que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no os canséis descorazonados" (Hb 12,3). No te fíes del entusiasmo de imprenta. Es fácil escribir sublimidades. La Sagrada Escritura es más realista, está más al tanto del pobre corazón humano. El Dios que la ha inspirado es asimismo el que nos ha moldeado, y nuestras quejas, transidas de amorosa conformidad, no pueden desagradarle cuando se dirigen a él: "Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y Yo os aliviaré" (Mt 11,28). Nuestros gemidos hallaron eco en el Corazón de donde brotó tan rica palabra. Nunca nos hemos de quejar de Dios a los hombres pero no le disgusta que le dirijamos a él suaves reproches.

Lleva tus cruces sin fanfarronería. Ni la gracia que te sostiene, ni el brío de tu correspondencia les quitarán su cariz penoso. La naturaleza seguirá gimoteando, experimentará el mismo horror por lo que la desgarrar y quebranta, la misma gana de ahuyentar lo que la molesta. La Cruz no sería más la Cruz si dejase de afligir. Sólo la parte espiritual de tu alma podrá regocijarse, si bien esa alegría no la encontrará en sí misma: es un don de Dios.

El eremita debe orar mucho. Recela de tu debilidad; no eres más valiente que los Apóstoles que protestaban cuando Jesús les profetizó: "Os vais a escandalizar por causa de mí esta misma

noche" (Mt 26,31). Y así fue. Tu única seguridad es que Jesús haya orado por ti para que tu fe no desfallezca (Lc 22,32).

Sé humilde, no te adelantes a la gracia; lleva lo mejor que puedas las cruces de Providencia, antes de pedir las más pesadas. El peligro lejano no asusta. ¡A cuántos paraliza su proximidad! Esto no obstante, pide el amor de la Cruz. La resignación es el grado ínfimo de la adhesión a la Voluntad de Dios. Le falta calor y empuje; deja como un resabio de pesar. La fe en la sabiduría, poder, bondad de Dios no actúa con toda su fuerza en el alma. Una cosa es aceptar lo que Dios dispone; otra, acogerlo, quererlo positivamente con él, en la visión clara del bien de la Cruz.

No eres tú quién para darte a ti mismo esa iluminación dinámica: Meditando detenidamente en la Pasión te preparas, la oración asidua y la generosidad en los sacrificios corrientes inclinan al Señor a otorgarte esa gracia. Sin embargo, arrastrarás sin duda mucho tiempo la humillación de una inconfesable aversión por la Cruz.

Siquiera, no te fugues a la primera alerta, ni pongas el grito en el cielo por un arañazo. Compara tu cruz con la suma de sufrimientos que la lucha por la vida inflige a la gente del mundo. Tu pusilanimidad te sonrojará. A Jesús y a nadie más es a quien debes confesar tu escaso valor, a menos que ya no puedas más. Es el único que puede prestarte ayuda eficaz. La confianza no imprescindible de nuestras contrariedades está a menudo agusanada de amor propio. Se busca un derivativo humano, o se mendiga una aprobación de nuestra impaciencia, tal vez su tanto de admiración por nuestro tesón.

Aprende a no airear las pruebas corrientes. Si Cristo es de veras tu amigo él te basta. Él es quien te pone a prueba, ¿crees que le gustará que lo controlen los hombres? Te codearás con almas silenciosas y serenas, de esas que, zarandeadas por el sufrir, nunca hablan de sí mismas; están henchidas de compasiva comprensión por las lágrimas de los demás.

Los grandes anacoretas de antaño dan esa impresión.

El desierto enseña a llevar la cruz a solas, en seguimiento de Jesús y como él. Creyó el Cireneo que lo ayudaba, cuando era Jesús quien le inyectaba su fuerza. San Benito te advertía: "Sin el auxilio de nadie... con el solo vigor de sus manos y brazos". Resulta austero, mas es preciso acomodarse a ello. Dios retira su mano en la medida en que nos apoyamos en la del hombre.

En la Cruz Jesús no quiso la menor ayuda, el menor alivio, ni el de su Madre. No posees, bien es verdad, su fuerza divina, pero él está ahí para sostenerte. Tu cruz es una astilla de la suya y la lleva él más que tú.

La cruz es el pan de cada día del eremita. "Sin apariencia ni belleza —escribía Guigo el Cartujo— así debe ser adorada la verdad". Pero la lleva tan sonriente que parece no tener ninguna. Sus lágrimas son para el Señor, que es quien las hace correr: "Tienes cuenta de mi vida errante, pon mis lágrimas en tu redoma" (Sal 55,9).

Capítulo 6

El monte Carmelo. Los caminos de la oración

"Exulte el desierto y la tierra árida, regocíjese la estepa y florezca como un narciso, exulte con júbilo y cantos de triunfo. Le será dada la hermosura del Carmelo" (Is 35,1-2).

El Monte Carmelo, cuyo nombre significa "Viña" o "Vergel", ha llegado a ser el símbolo de las ascensiones espirituales, cuyo término, en la cumbre, es el descanso en Dios, en las delicias de la unión plena. La Escritura nos lo describe como paraje fértil y deleitable, que por su encanto y feracidad le ha merecido evocar a la Santísima Virgen: "Tu cabeza como el Carmelo" (Ct 7,6). Isaías pondera la hermosura del Carmelo (35,2). Dios mismo anuncia como tipo de su vindicta contra su Pueblo prevaricador la devastación del Carmelo. La arrogante montaña quedará pelada (33,9), su cima se secará (Am 1,2), toda su belleza se marchitará (Na 1,4). Su único rival en magnificencia es el Líbano (Is 35,2). Su opulencia representa el alma expansionada en los goces de la contemplación.

Para el contemplativo el centro de interés es el episodio profético de la nubecilla que a ruegos de Elías viene a poner fin, vertiendo su lluvia benéfica, a la sequía y al hambre (1 Re 18,41-45). El retiro de Elías al torrente de Kerit, la purificación del Monte del culto de Baal (1 Re 18,41-46), bien semejan una sorprendente premonición de las etapas que llevan al eremita por las vías ascendentes de la Oración.

¿Qué es lo que buscas en la huida del mundo y aun del mundo cenobítico? ¿Por qué deseas vivir en celda, no ver nada, no oír nada, no decir nada, si no es por entrar en gozosa comunión directa con Dios y en conversar con él con la frecuencia y continuidad que consiente la fragilidad humana? La oración es eso: un coloquio filial con Dios, en confianza y libertad inspiradas por el amor. La celda sin oración no pasa de calabozo o de retiro de solterón; es un desierto en el sentido peyorativo de la palabra, una tierra árida donde el alma se agosta en su esterilidad.

El eremita es el hombre de la Oración. Ésta es para él una necesidad vital, una exigencia del corazón.

No te descarríes por falsas pistas. Sería un desastre que te convirtieras, en tu soledad, en un molinillo de rezos, o en el abogado parlanchín de todos los pleitos interesantes. El amor es alabador más que pedigüeño. El Padrenuestro, del Sacrificio de la Misa, el Oficio divino proveen con largueza a todas las peticiones. Lástima grande sería que tus encuentros personales con Dios se tornaran entrevistas de negocios. Otras aspiraciones tiene tu corazón y Dios sobre ti otras miras.

Tienes que sentir impaciencia por abrazarlo en su realidad. Digno de compasión es el eremita que se satisface con los cantos de alegría de los demás, aunque éstos sean unos santos, y aquéllos vengan estampados en textos sublimes. Lo que hace falta es poseer el fuego que les arrancaba esos acentos apasionados. Nada hay de más personal, de más incomunicable que la oración verdadera. Es el lenguaje o la actitud silente de un alma individual cara a cara con su Creador y su Padre. Es la reacción espontánea del corazón ante ese ponerse en presencia. El corazón ni se presta ni se pide prestado. Lo que piensan, sienten, expresan los otros puede sacudir nuestro torpor, animar nuestra poquedad, pero no será nunca la expresión adecuada de nuestras propias emociones. Dios interpreta condescendiente nuestra sinceridad desmañada, pero cuánto mejor lo glorificaría la verdad de nuestras personales palabras. Pensando a lo humano, es la eterna inquietud: ¿Me amas de veras? Si el eremita no está enamorado de Dios, nunca sabrá orar. Cerrado el

libro, la hebetud lo invade de nuevo, y ni por descuido se aventurará en esos largos silencios, durante los cuales el alma enteramente desocupada se abre a la irradiación del amor.

La oración pertenece al orden de la fe. Si lo que buscas es la emoción nacida del sentimiento vivo de una Presencia que te dilate los pulmones, acelerando los latidos del corazón, te expones a tomarle asco a la oración. Por la fe es como cobramos conciencia de la inhabitación de Dios en nuestras almas: pero una fe en actos. No hay oración posible sin ese situarnos cara a cara con el Señor en la actitud interior que nos sugiere lo que él es y lo que somos nosotros.

Todas las verdades que conciernen a nuestras relaciones con él tienen que brillar a los ojos del eremita con un resplandor que nada pueda empañar.

De aquí que la "lectio divina" le sea imprescindible. Mejor que nadie debe conocer las "maneras" de Dios, según la frase de Santo Tomás de Aquino.

Ningún libro lo formará mejor que la Sagrada Escritura, en la que Dios "SE expresa a SÍ mismo" y se revela a nosotros. Lo que oyes es su voz. Y nada más cautivador, ni más dulce, que la voz del amado.

Lo mismo llama a la puerta de tu corazón: "Ábreme" (Ct 5,2), que "estremece al desierto" (Sal 28,8).

El Verbo hecho carne y hecho Eucaristía a quien recibes todas las mañanas, es asimismo Palabra escrita, y es él quien en la Biblia te inunda con su Luz. Te habla de la grandeza, de la Belleza del Amor, de su Bondad, de sus designios, de las iniciativas que lo han abajado hasta tu nada. Los Tratados de Teología disertan sobre un ausente; una sola palabra de la Escritura te trae el sonido de una voz adorable.

Ojalá llegues a engolosinarte con la Escritura; es sentir la sed de Dios. Abriendo la Biblia adelantas los labios hacia la Fuente, y la fuente "tiene sed de ser bebida", "*sitit sitire*" (San Gregorio Nacianceno).

Léela con corazón humilde y simple. La erudición podría aridecerte.

En ella Dios habla a los pequeños, a sus "pobres" que alaban su Nombre (Sal 73,21), y a quienes prepara una morada (Sal 67,11).

Rumia los textos que han despertado un eco en tu alma. Los viejos anacoretas se repetían indefinidamente los versos en que parecía estar condensada para ellos la luz de lo alto. La ciencia, tal vez, no salía muy bien parada en su exégesis; con todo, ellos paladearon un manjar inefable ignorado por los sabios. El corazón habíase abierto a la voz del Amado que en él había entrado.

Así nutre el eremita su contemplación. Pide al Señor ilumine tu espíritu. Pues los hay que ciega la suficiencia y que tienen ojos para no ver. Nunca has de leer las Escrituras sin antes invocar al Espíritu Santo. Dios habla, pero él es también quien se hace comprender y quien se da. Dile: "Abre mis ojos para que pueda ver las maravillas de tu ley" (Sal 118,10). "Haz que entienda... y pueda meditar sobre tus maravillas" (ib. v.27).

No leas la Biblia como un libro de Historia ni de historias; no la leas como el curioso testigo de una religión. Para el eremita es el libro sagrado donde debe buscar el conocimiento de lo que Dios quiere decirle a él personalmente. Lleve su alma siempre pura y libre so pena de permanecer opaca a los rayos divinos. Una y otra vez dile al Señor: "Aparta mis ojos de la vista de la vanidad, y dame la vida de tus caminos" (Sal 118,37). Dando por supuesto que se ha de merecer el sentido de esa oración. Para el eremita casi todo, fuera de Dios, es "vanidad". Tiene que ser fiel a su desierto interior. Muchos no saben hallar a Dios. Sus sentidos piden pábulo sensible, su espíritu, abastecimiento de nociones. Se queman las cejas discurriendo, como si el silencio no fuese el lenguaje del corazón: "Cuando rezas, entra en tu habitación y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te premiará" (Mt 6,6). Si estás

realmente desasido de todo y andas siempre orientado hacia Dios con el deseo, no necesitarás palabras. Dios interpreta esa tensión de amor que refleja, incluso en tu carne, el anhelo de tu ser hambriento. La actitud del pobre postrado en su miseria, la del novio silencioso que contempla con los ojos brillantes a su prometida, es más elocuente que toda perorata; "Mis deseos, ¡oh Yavé!, ante ti están y no se te ocultan mis gemidos" (Sal 37,10). Todo lo que lees debe concurrir a encender ese deseo. Si son pocos los contemplativos ¿no será porque el deseo de Dios es raro o débil en muchos? Dada la importancia de los sacrificios hechos ¿no es como para creer que el eremita vive devorado por esa sed? Así tendría que ser, y su alma entera verterse en estos versos que salmodia: "Como anhela la cierva las corrientes aguas así te anhela a ti mi alma, ¡oh Dios! Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo" (Sal 41,2-3).

Cuida de que tu conducta no desmienta tus declaraciones. ¡Supone tanta desnudez el decir a Dios tales cosas! Ejercítate en no negarle nada. Son infinitas sus exigencias para con las almas que él llama al itinerario de la Oración. Son tantos los que se estancan en eso que uno no se atreve a llamar "oración". Son tan reticentes en el don de sí mismos, tan de manga ancha para lo que ellos llaman "peccata minuta", tan poco generosos en el sacrificio, tan enzarzados en sus seudodesvelos, tan curiosos de frivolidades... Lo más difícil para un eremita contemporáneo parece ser el consentir en no saber ya nada del mundo, el persuadirse de que puede prescindir de estar al corriente de todos los vaivenes del pensamiento. La lectura asidua de un diario socava solapadamente el espíritu de soledad. Todo se paga en la oración, y ello explica que un anacoreta profesional de la unión con Dios no pueda permanecer treinta minutos a solas con él sin la ayuda de un libro...

Medita en la orden terminante que Dios da a Elías y, de rechazo, a ti: "Pártete de aquí, vete hacia el oriente y escóndete junto al torrente de Kerit... Beberás el agua del torrente y yo mandaré cuervos que te den de comer allí" (1 Re 17, 3-4). Es un imperativo de ruptura absoluta con el mundo, que implica la ignorancia de lo que en él pasa. Huir hacia el Oriente es refugiarse en Jesucristo, cuyo nombre es "Oriente" (Lc 1,78), que es la hendidura de la roca, la grieta de la peña escarpada donde se la invita a la paloma a anidar (Ct 2,14).

Entonces Dios mismo dará al alma generosa el alimento y la bebida de las gracias selectas de la unión. Muchos más serían los contemplativos si se contaran más "peregrinos de lo absoluto". De ellos está escrito: "Sacíanse de la abundancia de tu casa y los abrevas en el torrente de tus delicias; en ti está la fuente de la vida y en tu luz vemos la luz" (Sal 35,9).

Experimentarás por tu cuenta un reflejo de retroceso al borde del abismo. No deja de causar cierto terror el abandonar en manos de Dios los mandos del mundo interior de cuyo funcionamiento somos tan celosos. Cuando sienten que se les escapa el libre dominio de sus actividades en la oración, muchos pierden los estribos y se figuran que van a hacer pie en tierra firme enfrascándose en la lectura. De hecho abandonan la oración. Consiente en aburrirte con Dios.

Poca cosa te enseñarán los libros sobre las vías de la contemplación.

Son sencillas y derechas: morir al mundo y a sí mismo, vivir en la mayor soledad y el más profundo recogimiento, dejar a Dios toda la iniciativa. Lo demás es obra suya. Prepárate mediante una valerosa ascesis.

Y ¿quién sabe si serás arrebatado hasta la cúspide de ese Carmelo opulento desde donde verás ascender la nubecilla que pronto anegará tu alma en lluvia fecundante? No puede el eremita no ambicionar ese estado de la más alta unión con Dios, "la unión plena", la más cercana a la que nos brindará la eternidad, y para la que estamos hechos. En el desierto, Dios no ha señalado más rutas ni más sendas que las de la oración (Is 43,19).

La contemplación halla su fin en sí misma: no es otra cosa que el más subido ejercicio de la caridad, y, la caridad, virtud teologal que tiene a Dios por objeto, carece de finalidad utilitaria

para nosotros. Por eso, cuando es auténtica, es inseparable de una santidad verdadera, la cual, a su vez, no es sino la eflorescencia de esa misma caridad vivificando la práctica de todas las virtudes hasta el heroísmo. Tu desierto entonces se trocará en prado. Por haber sido tú fiel, cumplirá él sus promesas: "En las alturas peladas, dice Dios, haré brotar manantiales... tornaré el desierto en estanque y la tierra seca en corrientes aguas" (Is 41,18-19).

"Exulte el desierto y la tierra árida, regocíjese la soledad y florezca como un narciso... le será dada la hermosura del Carmelo" (Is 35).

Tu alma sedienta podrá abrevarse en el torrente de las delicias de Dios: "Pues brotarán aguas en el desierto y correrán arroyos por la soledad, la tierra quemada se convertirá en estanque, y el país de la sed se convertirá en fuentes" (Is 35,6-7).

Tercera parte

El templo

"Acordémonos, Dios, de tus favores aquí en tu templo" (Sal 47,10).

El desierto interioriza. No serías verdadero eremita si no vivieras en él como en un templo, si no aprendieras a hablar al Señor en lo más íntimo de ti mismo. El eremita no es un vagabundo de la estepa. Es el hombre desasido, despojado, desnudo, cuya morada es Dios mismo, en quien se ha escondido con Cristo (Col 3,3).

No es más de la tierra, aunque todavía no haya penetrado en los cielos. Y sin embargo, en la fe, en el amor, vive ya lo que vivirá eternamente. Por lo mismo, el eremitorio es por excelencia un lugar santo.

"Dichoso tu elegido, tu familiar, habita en tus atrios. Sácianos de la dicha de tu casa, de la santidad de tu templo" (Sal 64,5).

De los que como tú han sudado en la pista árida y han trepado a la montaña abrupta, está escrito: "Están ante el trono de Dios, y le rinden culto día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono habita entre ellos. No tendrán hambre ni sed ya más, ni caerá sobre ellos el sol y el calor abrasador. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará hacia las fuentes de las aguas de la vida; y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos" (Ap. 7,15-17).

Capítulo 1

El templo cósmico. De Dios a la criatura

"Vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho" (Gn 1,31).

El desierto es siempre bello: el océano, la estepa arenosa o rocallosa, la montaña caótica, la selva misteriosa nos imponen el silencio de la admiración. Por instinto, se piensa en el genio sobrehumano que ha derramado tales maravillas, en el esplendor de la fuente luminosa de tales reflejos. No menosprecies lo que Dios ha tenido la fineza de dedicarte:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

Así canta el Doctor Místico, San Juan de la Cruz (Can 5,5).

A lo largo de la Biblia va Dios haciendo desfilar ante nuestros ojos encandilados las obras maestras de su creación; las exhibe con satisfacción como un tapiz tornasolado en un lujo de imágenes que las abrillanta aún más y les da más vida. "Son las aclamaciones de los astros matutinos" (Jb 38,7), es el "mar que sale impetuoso del seno" y que él "cerró con puertas" (v.8); son las "nubes como mantillas", "los densos nublados como pañales" (v.9); es "la aurora adueñándose de los extremos de la tierra" (v.12); es "el rayo tronante que se fracciona dejando el espacio salpicado de chispas" (v.24), la lluvia "derramada de los odres de los cielos cuando se hace una masa el polvo y se pegan uno a otro los terrones" (v.38).

Para el que sabe mirar, la tierra es siempre el Paraíso terrenal "Las criaturas son como un rastro del paso de Dios" (San Juan de la Cruz).

Siendo él la belleza infinita, no se ha desdeñado en irradiarla para nosotros y atraer así nuestra atención: "Vio Dios todas las cosas que había hecho y eran muy buenas" (Gn 1,31). "Sí —proclama el autor de la Sabiduría—, amas todo cuanto existe y nada aborreces de cuanto has hecho, pues si hubieras odiado algo, no lo habrías hecho" (11,25). "Las misericordias de Yavé se posan en todas sus criaturas" (Sal 144,9). El universo de lo infinitamente grande, como el de lo infinitamente pequeño, rebosa de magnificencias que ningún ojo como no sea el del Creador verá jamás. El mundo es su santuario, y lo quiere ataviado de "potencia y hermosura" (Sal 95,6). Al comienzo, gustaba de "pasearse por el jardín al fresco del día" (Gn 3,8). Era el paisaje en que debía encarnarse y su acción conservadora se esmeró con amor, día y noche, en mantener en su frescor el esplendor y encanto de la tierra: "¿Cómo podría subsistir nada si tú no quisieras?" (Sb 11,26).

El eremitorio te brindará la ventaja de una naturaleza hermosa. Abre los ojos para admirarla, el corazón para agradecerla. La fe te mostrará en ella la infinita hermosura sobrenatural "de la figura de Dios, cuyo mirar viste de hermosura y alegría el mundo y todos los cielos" (San Juan de la Cruz).

Ésa será quizá tu única alegría humana que no esté teñida de tristeza. La criatura irracional es la única que no ha decepcionado a su Creador, y que se doblega sin falta ni resistencia a todas sus voluntades. Mírala: con todo su ser canta la gloria de Dios (Sal 18).

Bossuet dice: "Ella no puede ver, se muestra; no puede adorar, nos inclina a ello; y lo que ella no entiende no consiente que lo ignoremos". El eremita le presta su corazón y su voz: "Obras todas del Señor, bendecid al Señor" (Dn 3,57).

Mas también sabe escucharla; toda la obra de sus manos habla de él (Sal 18,1). ¿Por qué cerrar los ojos a la sinfonía de las formas y de los colores, los oídos a la armonía de los sonidos, el olfato al perfume de las flores? Todos ellos te dicen que Dios los ha hecho mensajeros suyos, encargados de alegrar tu destierro (Sal 103,4). Tú mismo lo reconoces en el coro: "De sus moradas manda las aguas sobre los montes, y del fruto de sus obras se sacia la tierra; hace nacer la hierba para los animales y el heno para el servicio del hombre" (Sal 103, 13-14).

¿Temes acaso que la belleza de las cosas te atornille a la tierra? Míralas en contemplativo. Al cristiano se le enseña a descubrir a Dios en su criatura, a verlo a su trasluz. Tú, que vas al Señor derecho, ve su obra en él, admírala a través de él. Tu visión interior es la que proyecta su luz sobre la creación, y no ésta la que condiciona esa visión. Los bienaventurados en el cielo no perciben nuestro universo sino en el Creador, y Dios mismo sólo en sí ve lo que está fuera.

Tú que vives ya de la vida futura, no admires nada si no es en la relación que une cada ser con su fuente sabia y amante, con aquella Providencia cuya mano paternal derrama sus bendiciones sobre la creación entera (Sal 144,16). Dios no se desdeña de ataviarse en la Escritura, del esplendor de los elementos de nuestro planeta. La luz es el "manto" centelleante con que se arropa; las nubes son su "carro", y "las alas del viento" su corcel; el trueno, su "voz"; las tinieblas su "velo".

Inspirando al escritor sagrado, Dios mismo nos coloca en la perspectiva de la más alta estética. El pensamiento sobrenatural expande y despliega hasta el infinito el encanto de las formas, de los colores, de los sonidos, a la manera que el eco, al oído de un amigo, se reviste de las sonoridades del alma de aquel cuya voz repercute.

Jesucristo gustaba de descifrar el sentido divino de la naturaleza, inclinándose hasta sus más humildes maravillas, que tantos otros pisan distraídos: la hierba, vestida por Dios, y las flores de los campos, superiores en magnificencia a las galas de Salomón; la caña que el viento cimbréa, los manantiales que refrescan, los arboles mañaneros o vespertinos, los campos ondulantes de mieses, los senderos pedregosos, el relámpago que rasga el espacio, la luz centelleante. Los animales tan humildes de nuestro contorno familiar le encantan: la gallina que reúne sus polluelos bajo sus alas, los gorriones que Dios alimenta, la cándida paloma, la oveja mansa y dócil... No hay rastro de hermosura que lo deje insensible. Pero cada onda que hace vibrar sus facultades estéticas le trae al mismo tiempo el mensaje de su Padre que da a todo un sentido tan personal.

"Yo soy la fuente de agua viva..." (Jn 4,13).

"Yo soy la luz..." (Jn 8,12).

"Yo soy el camino..." (Jn 14,6).

"Yo soy el pan..." (Jn 6,35).

"Yo soy la piedra..." (Mt 21,42).

"Yo soy la puerta..." (Jn 10,7).

"Yo soy la flor de los campos..." (Ct 2,1).

Con sus reacciones ante la primorosa naturaleza, Jesús nos da la inteligencia de ella y nos sitúa en la óptica en que debemos mirarla. Él mismo, "resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha del actuar de Dios, imagen de su bondad" (Sb 7,26), es el que, con miras a su Encarnación, se ha preparado un templo digno, un marco soberano para la "Figura" que es de la sustancia del Padre. Se comprende que las radiaciones de ese "Rostro" sublime, al rozar las criaturas, las haya dejado "vestidas de su hermosura" (cf. San Juan de la Cruz, Cant V, 5).

No hay ningún mal en que vuelvas a ver en espíritu, sin nostalgia quejumbrosa ni vana cavilación, las bellezas que te ha tocado contemplar. Ahora, más cerca de Dios, no te resultará difícil lograr que esos cuadros canten el himno de alabanza que quizá entonces no supiste interpretar. Remeda al caminante solitario a quien el oquedal inspiró esta meditación: "He aquí la hora de la quietud, y de cantar, cara a cara contigo, la consagración de mi vida en el silencio de este sobrea-bundante ocio" (Tagore).

Todo nos convida a esas elevaciones: —la rama del cerezo en flor: "En el alma unida a Dios siempre es primavera" (Cura de Ars).

- la sombra de la tarde en el océano: "Lo que sé de mañana es que antes que el sol se levantara la Providencia" (Lacordaire).
- las cumbres nevadas: "El hombre tiene hambre de altura y de pureza" (Gustave Thibon).
- el sauce a la orilla del lago que seeste: "Mi paz es la que os doy. No se trata de juzgar, sino de amar" (Anónimo).
- un rayo de luna en el bosque mecido por la brisa: "Guíame, ¡oh suave luz! en la oscuridad que me cerca. ¡Oh! guíame. La noche es profunda y estoy lejos de mi mansión. Guíame, Señor" (Newman).
- el agua que fluye por un canal de barro a un pilón de piedra: "La fuente tiene sed de ser bebida" (Nacianceno).
- la hierba del sendero que vas pisando: / "Señor, a mis pies desnudos / dales un paso largo y puro, / por entre las hierbas que estremecí / para poder llegar a ti" (Marie-Noél).
- una pista en la nieve: "El Señor ha ensanchado la ruta de mi viaje, y mis pies no vacilan" (Sal 17,37).
- el arbusto zarandeado por la borrasca: "Ten misericordia de mí, Señor, porque soy débil" (Sal 6,3).
- el fulgor del sol y la claridad de la luna evocan a Jesús, el Sol de justicia, y la Virgen María, vestida de su luz, y con la luna a sus pies (Ap 12,1).

¿Quién formará tu alma para esa respiración sobrenatural? La soledad, la meditación de las Escrituras, el conocimiento amoroso del Cristo de los Evangelios, la oración constante en la atmósfera del Padrenuestro. Esto es más que poesía, aun concediendo que la poesía sea una futilidad para el eremita, que no lo es, ya que se puede definir: el instinto de lo Infinito que resuena en la finitud de las cosas...

Disfrutarás de un jardín; no lo tengas en barbecho. Dios te ha colocado en él como a Adán en el Paraíso, "para cultivarlo" (Gn 2,15).

Ten en cuenta que la celda del eremita es el lugar de las citas con Cristo. Las dos hermanas de Betania, sin duda, adornaban con flores su casita para acoger al Maestro. No tienes por qué privarte de ese inocente gozo. Las flores variopintas son un regalo para los ojos y para el corazón. "Yo te planté de la vid más generosa" (Jr 2,21), te susurra tu parra, "¿Qué más podía yo hacer por mi viña, que no hiciera?" (Is 5,4). Escucha mis enseñanzas, musita la higuera; el lirio te sugiere a Jesús, la rosa a María, y todo tu diminuto predio, el "hortus conclusus" reservado en exclusiva al Esposo.

—Harás lo que el hombre moderno ya no hace: contemplar al Creador atareado en la proliferación de la vida, y sentirás mejor, en tu laboreo, cuán a merced estás de la Providencia, de la que depende el éxito de tus trabajos.

Una fauna de insectos, de perfiles y coloridos extraños te hará palpar la inagotable fecundidad de la inventiva divina y la prodigalidad de sus dones. El jardín hace amar la celda, y si al eremita no le es lícito apegarse al lugar ni a cosa alguna, es menester que experimente que en la celda está en el corazón de su desierto, en el centro de todas sus riquezas.

Abomina el lujo y el confort, pero ama lo bello en todo; es un destello de la luz divina. Es la hermosura de Dios, que en el cielo nos beatificará, dado que es el resplandor de todas sus perfecciones. Lo bello nos sumerge en una especie de éxtasis al dejar en suspenso la algarabía de nuestras actividades internas en el silencio de la admiración, y la admiración confiere a nuestro ser una suerte de eflorescencia plenaria, da hartura calmante que no desea ya nada. Es la esencia misma de la contemplación adoradora.

Tal vez te sea dado no pocas veces, sentado en el umbral de tu celda, como Psichari en el desierto, saludar "el nacimiento del mundo" cuando despunta la aurora. Te embargará aquella religiosa emoción con que Sedia, el Moro de la escolta, le dijo, con los brazos tendidos hacia el Levante: "DIOS ES GRANDE". Su voz temblaba un poco..., observa el oficial —ninguna otra palabra se dijo aquella mañana.

Sé tú el corifeo de ese concierto de las cosas: "Alabad a Dios en su santuario... Todo cuanto respira alabe al Señor" (Sal 150,5).

Capítulo 2

El templo bíblico. La iglesia del eremitorio

"¡Oh! qué alegría la mía cuando me dijeron: Vamos a la casa de Yavé" (Sal 121,1).

Tú buscas a Dios; Él también te busca a ti. El eremitorio es su Templo, en el que te esperaba, mejor, hacia el que te atraía. No tiene, afortunadamente, la magnificencia del edificio de Salomón. El Evangelio nos ha enseñado que la mayor riqueza es la pobreza: es el oro del Nuevo Testamento que decora el Sancta Sanctorum donde reside Dios.

Hay aquí más que la gloria luminosa que llenaba el Tabernáculo de la reunión (Ex 40), o el Santuario de Jerusalén. Jesús-Eucaristía mora en él y con Jesús la Trinidad toda. El desierto es el Palacio del Rey de Reyes.

¿Soñaste alguna vez que habitarías bajo su techo y serías su comensal? Pon tu atención en el honor debido a la Santa Hostia, más que en el agrado o desagrado del Ceremonial de la Comunidad que se encarga de tributárselo. Los hombres son hombres en todas partes.

Jesús los amó y se rodeó de Apóstoles cuya compañía nos hubiera disgustado: Israel no perdonó nada para hacerse odioso. El Señor amó su servicio en el Templo. Lo interesante del eremitorio no estriba en el encanto de su paraje, sino en la presencia de un Sagrario. Estás aquí en la cumbre del orbe, en el punto de conjunción de la tierra y el cielo. Tu desierto está más poblado de lo que parece, ya que el Cielo entero en él tiene su morada.

Nada debería serte costoso a cambio del honor que se te hace: "Un día en tus atrios vale más que mil fuera, y prefiero estar a la puerta de la casa de mi Dios a morar en la tienda del impío" (Sal 83,11). En esta perspectiva, las contrariedades pierden mucho de su virulencia.

Para los judíos la dicha suprema era visitar el Templo: "¡Oh qué alegría la mía cuando se me dijo: Vamos a la casa de Yavé". En ella vives permanentemente, en ella oficias.

Más afortunado que los anacoretas de la Tebaida, el eremita de hoy hace de la Eucaristía el eje de su vida. La iglesia es el centro del eremitorio; podríamos decir, su justificación. No santificas tú el lugar, es la presencia de Jesús. ¿Hay alguien que piense en ello al visitar tu soledad? El homenaje del turista da en falso. No te hagas reo de tamaña equivocación. Necesitas, para vivir aquí dignamente, mayor pureza que el Sumo Sacerdote para acceder al Santo de los Santos.

Pensar en la Eucaristía tiene que serte familiar. La reclusión en la celda no te aísla de la iglesia. Los ojos del corazón horadan las paredes y tu alma está imantada hacia el Sagrario. En el Templo era donde Dios daba audiencia a su Pueblo. Mas aquella entrevista no sufre parangón con tus encuentros con Jesús Sacramentado. Puesto en oración ante el altar no velas a un muerto, ni veneras una reliquia.

A cada segundo se te dice: "El Maestro está ahí y te llama" (Jn 11,28).

El Maestro, el Salvador, el Amigo, el Consolador, el Confidente, el Doctor, Aquel —el Único— que te enseña y dirige con su propia palabra: "Sólo tenéis un Maestro, el Cristo" (Mt 23,10). Tú mismo lo confiesas: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6,68). Dios habita en tu corazón y en tu celda. Así y todo, no puede serte indiferente el acercarte a la Humanidad de Jesús. Él es el Evangelio siempre vivo. Ese mismo cuya familiaridad envidias a los Apóstoles. Jamás tendrás ya luces sobre el sentido de las Escrituras sino mediante la Eucaristía: es la Verdad misma de Dios en la "Letra", en la "Carne" bajo las apariencias del "Pan".

Como otrora, Cristo está ahí enseñando el camino de Dios. Ese "Camino" es él mismo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14,6). Y el Padre ha querido autenticar esa afirmación: "Éste es mi Hijo muy amado. Escuchadlo" (Lc 9,35).

¿No te sientes feliz de exponer tus miserias delante de Aquel que aliviaba a los desgraciados durante su vida terrestre, y al que tienes a dos pasos de ti, para ti? ¿Será menor tu fe que la de aquella mujer que codiciaba tocar la orla del manto de Jesús, siendo así que te alimentas de él cada mañana? El eremita es el hombre de la adoración y de la alabanza. Al confiarte el ministerio de su propia oración, la Iglesia quiere que lo ejerzas delante del Santísimo Sacramento. Ciertos textos sólo ahí adquieren toda su sonoridad: "Tú eres el Rey de la Gloria, ¡oh! Cristo; Tú, el Hijo eterno del Padre" (*Te Deum*).

Aunque todas las cosas están en él y él lo llena todo, Dios quiso ser adorado especialmente en el Templo. Su presencia en la Hostia consagrada justifica la voluntad de la Iglesia. Nos enseña que ninguna oración es aceptada a Dios si no le viene presentada por Jesucristo, el perfecto adorador del Padre, el único que es escuchado, pues según dice San Pablo: "Único es el mediador entre Dios y nosotros los hombres, el Cristo Jesús, hombre también él" (1 Tm 2,5).

A la vera de su sagrario pedirás a Dios con mayor instancia se digno oír las súplicas de la Iglesia ya que le son transmitidas "por Jesucristo Nuestro Señor".

Nuestra Liturgia es una prefiguración de aquella otra, grandiosa, del cielo que nos describe el Apocalipsis (c.4). El monje que tiende a vivir ya los tiempos futuros debe saborear esa anticipación. Cuanto es más sobria y despojada de los esplendores terrestres, tanto más invita con instancia a dejar atrás este mundo y adentrarse más en el misterio de la eterna adoración. El eremita ama la desnudez y el silencio de su iglesia. "*Silentium tibi laus*". En ningún otro sitio se apodera de él con tanta fuerza la sensación de haber dejado el mundo.

Efectivamente, ahí es donde, jurídicamente, has consumado la ruptura. Al pie de ese Altar hiciste Profesión, subiste las gradas para recibir de Jesús el beso de paz, y la Comunión de su Cuerpo te dio la prenda de tu perseverancia. ¿Será posible que nunca pienses en ello al ir a la iglesia, o que ese recuerdo no despierte en ti más emoción que el de un contrato en un despacho de notario? En ese lugar y en ese instante fue cuándo y dónde se realizó la promesa: "Así la traeré y la llevaré al desierto... te desposaré conmigo para siempre... en misericordias y piedades... seré tu esposo en fidelidad y tú reconocerás a Yavé" (Os 2,16-22). Que el aire protocolario de un Ritual no te oculte la viviente realidad. Después de la iglesia de tu bautismo, ninguna debe serte tan querida como la de tu Profesión, la que será, sin duda también, la iglesia en que tus restos mortales — restos de una víctima— recibirán la última aspersion de agua bendita.

Defiéndete enérgicamente contra la anquilosis de la rutina. Cada mañana asistes al acontecimiento más sublime de la jornada del mundo, la Santa Misa. Si eres sacerdote la celebras. El Sacrificio de la Cruz se perpetúa ante tus ojos, y si bien Cristo aquí está glorioso, nada te cuesta evocar la Cena y el Calvario: "Cuantas veces coméis este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor" (1 Co 11,26).

¿Nada dice esto a tu corazón, siquiera a tu fe? Todo lo que eres en el orden sobrenatural, todo lo que tienes, todo lo que la eternidad te promete, tiene aquí su origen y su garantía: "Hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo" (Rm 5,10).

Los peregrinos de Jerusalén soñaban con ver degollar animales y levantarse el humo de los holocaustos del Templo. ¿Qué era esa figura al lado de su sublime cumplimiento? El eremita no debe pasar tedio en la Misa, ni apartar de ella su atención hacia otras devociones. No es un espectáculo, ni siquiera en primer lugar una oración. Es una "acción" sacrificial, en la cual todos, celebrante y asistentes, están implicados. La Iglesia te asigna una función activa que debes asumir. Además de la enseñanza diaria que te dispensa en una selección de lecturas bíblicas, te pide

que te unas al sacerdote cuando habla en tu nombre: "Te ofrecemos..., te pedimos..., te presentamos..., te rogamos..., veneramos..."

(Comunicantes). Ésta es la ofrenda que te presentamos nosotros, tus siervos, y, con nosotros, toda tu familia... te ofrecemos, o te ofrecen ellos mismos (los que nos rodean) este sacrificio de alabanza, para ellos y para todos los suyos"... (Memento).

¿Crees que te será lícito, sin bochorno, desinteresarte del misterio, en el instante mismo en que te lava de tus pecados, y tributa a Dios, en tu nombre, una gloria de valor infinito? ¿Qué valen tus pobres oraciones solitarias o tus lecturas edificantes al lado de la gran oración del Esposo y la Esposa aunados en la adoración? Saca de ahí tus fuerzas, que tu vida de eremita es un sacrificio. No es hacer literatura pía decir que el religioso es una víctima. El simple cristiano lo es por razón misma de su inserción en Cristo crucificado.

Hemos venido a hacernos "un mismo ser con Cristo por una muerte semejante a la suya" (Rm 6,5).

¿No te tienta el convertir en una "misa" ese sacrificio obligado? ¡Es tan fácil en el marco de tu soledad! Ofrecido como víctima, lo eres por tu Profesión: "*Suscipe me...*", "Recíbeme, tómate..." (Sal 118, 116) en cuerpo y alma, entendimiento y voluntad. Consagrado lo estás, en el sentido de que la eficacia de la gracia te configura con Jesucristo hasta el punto de vivir Él en ti (Ga 2,20). Debes comulgar con su espíritu, con sus sentimientos, con sus intenciones (Flp 2,5).

Así serás una Acción de gracias, un Tedéum viviente. Recuerda que a cada minuto, aquí o allí, la gotita de agua que te representa cae al cáliz para hacerse sangre de Cristo.

La Misa te traerá el pensamiento de la muchedumbre de tus hermanos en Cristo, de los cuales el anacoreta cristiano no puede desolidarizarse.

Ni siquiera en el eremitorio eres un aislado: la Iglesia que convoca a los solitarios, es para ellos el signo visible de los lazos de gracia que los unen. Literalmente es un hogar de Amor al que todos vienen a caldear su caridad. Cuando veas a tus hermanos postrados en torno al Sagrario, evoca el hermoso ofertorio de la Dedicación que expresa tan bien tu donación y la de ellos: "Señor, Dios mío, en la rectitud de mi corazón te he hecho todas mis ofrendas voluntarias... y veo ahora con alegría a todo tu pueblo, aquí presente, ofrecerte voluntariamente sus dones" (1 Cro 29,17).

Dichoso tú si la obediencia te confía la guarda del Tabernáculo y el cuidado de la Casa del Señor. No tengas por perdido el tiempo que la iglesia roba a la celda: busca tan sólo convertirlo en un servicio del corazón: "¡Oh qué alegría la mía cuando me dijeron: Vamos a la Casa de Yavé!" (Sal 121,1-2).

Cuando sales de tu celda al tañido de la campana, detente unos segundos a contemplar el bello conjunto de la modesta iglesia con el eremitorio acurrucado en su derredor. ¡Visión de paz! Como los peregrinos del Templo musita alegre: "Por amor de mis hermanos y amigos te deseo la paz. Por amor de la Casa de Yavé, nuestro Dios, te deseo todo bien" (Sal 121,8-9).

Capítulo 3

El templo crístico. En oración con Jesús

"Retiróse al monte para orar y pasó la noche orando a Dios" (Lc 6,12).

Jesús no es solamente el Señor del Templo, es el Templo mismo: "En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (Col 2,9).

Amas la "Casa de Dios", el edificio ése de piedra que tantas cosas te dice. Es el lugar de las audiencias y de los homenajes públicos.

Acostúmbrate a buscar a Dios en Jesús, a orar "por él, en él, con él".

El eremita que vive en permanente contacto con Nuestro Señor necesita una fe muy viva si no quiere deslizarse hacia la descortesía o la atonía de los sentimientos. Ámalo con santa pasión, cree en su bondad, su misericordia, su amistad, pues te la brinda. Advierte, sin embargo, que esa amistad, del orden de la que la gracia establece entre Dios y nuestra alma, nada tiene de común con el compañerismo de los hombres. "Os llamo amigos porque todo lo que oí de mi Padre os lo di a conocer" (Jn 15,15).

Los Apóstoles lo vieron comiendo y bebiendo, cansado, durmiendo, llorando, abrumado de angustia y mendigando confortación, solazándose con los niños; nunca perdieron el sentido de su sobrecogedora trascendencia, se le acercaban con un respeto teñido de temor: "Apártate de mí, que soy un hombre pecador, Señor" (Lc 5,8). "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo" (Mt 16,16). San Juan, más familiar que los otros, advierte oportunamente que lo que ha oído, visto, contemplado, lo que han tocado sus manos, era el "Verbo de la Vida" (1 Jn 1,1).

Escucha cómo Jesús, el "Templo santo del Señor", declara serlo (Jn 2,19). Es "en él" en quien Dios recibe "todo honor y toda gloria" (Canon). Cuando el eremita está lejos de la iglesia, puede siempre retirarse para hallar a Dios en el Oratorio del Corazón de Jesús, de quien el Templo de los judíos, no menos que nuestras iglesias, son figuras. Orar en él ¡qué felicidad! La historia del Templo, en la Biblia, prefigura a Cristo, "Casa del Padre", residencia del Altísimo, donde Dios, en adelante, nos acoge: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".

Esa carne se ha hecho la morada de la Divinidad en la tierra. En esa perspectiva, la obra toda de Salomón se esclarece y adquiere proporciones infinitas. Jesús es la clave, es el atrio al que tienen acceso los paganos para hallar a Dios; Jesús, altar de su propio sacrificio, es el altar de los holocaustos; él, el agua viva que purifica, es el mar de bronce; es el "Santo" al que se llegan los sacerdotes; él, la oración encarnada, la alabanza perfecta, es el altar de los perfumes; él, el "pan de vida" de la Eucaristía, es el pan de la proposición; él, la luz del mundo, es el candelero; es el Santo de los Santos, el mismo Dios Encarnado; él, autor de la Ley Antigua y de la Nueva, es el Arca de las Tablas de la Ley; él, cuyo sacerdocio anula y sustituye al de Aarón, es la Vara de Aarón; él, cuya carne alimenta a sus fieles, es el Maná.

Toda la Majestad de Dios Trinidad descansa en él y se hace patente por la gloria de una humanidad cuya esplendorosa santidad se impone, por el ministerio de los ángeles que le sirven, por milagros innumerables. En ese Templo es donde, en adelante, Dios enseña.

Jesús es el Verbo, la Palabra auténtica: "El que me ha enviado es veraz y lo que he oído de él, eso es lo que yo digo al mundo" (Jn 8,26).

Por él, el Señor perfecciona su Ley: "No he venido a abolir sino a perfeccionar (la Ley y los Profetas)" (Mt 5,17). Por él se revela a nosotros en toda su verdad: la unidad de su Naturaleza y la Trinidad de sus Personas.

En ese Templo es donde sube hacia Dios el único homenaje digno de él. Jesús es el Adorador, el Orante, la Víctima sin mancilla que será aceptada y cuya inmolación rescata al mundo, satisface a toda justicia.

Nadie, en adelante, tiene acceso junto al Padre si no por él: "Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14,6). La Epístola a los Hebreos lo dice magníficamente "Tenemos seguridad de entrar en el Santuario, por la sangre de Jesús, por el camino nuevo y vivo que él nos inauguró a través del velo, esto es, de su carne" (Hb 10,19-20).

Por apartada que esté tu ermita, siempre, a cualquier hora, puedes penetrar en ese santuario, ese "Tabernáculo del Altísimo". Más afortunado que el Sumo Sacerdote, tienes siempre abierto el Santo de los Santos, el Corazón de Jesús. No rezarás bien sino ahí. No menos que los Apóstoles, necesitas aprender a orar; sólo Jesús puede enseñártelo.

El eremita tiene una manera privilegiada de hacerlo que estriba en su condición de "religioso": está dedicado al culto de Dios. Es el hombre de la Adoración y de la Alabanza. Te imaginas saber adorar. Dios busca adoradores en espíritu y verdad (Jn 4,23); no abundan. La adoración auténtica es difícil al hombre, y debería ser su respiración.

Te falta sin duda el sentido profundo de la trascendencia, de la Majestad de Dios y el del abismo de tu nada. Es débil la conciencia que tienes de tu universal dependencia para con el Creador. Quizá incluso la Paternidad de Dios no pasa de ser una fría noción en tu espíritu.

Mira a Jesús frente a su Padre: es el modelo perfecto del eremita.

"Por la mañana, de noche aún, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí oraba" (Mc 1,35). "Subió al monte a solas para orar.

Caída la tarde, estaba solo allí" (Mt 14,23). "Él se retiraba a lugares solitarios para orar" (Lc 5,16). "Retiróse al monte para orar y pasó la noche orando a Dios" (Lc 6,12). Con el Evangelio en las manos, trata respetuosamente de percibir algún acento de esa oración que sube del desierto: tiene que ser la tuya.

Jesús contempla las infinitas perfecciones de su Padre, a quien ve cara a cara, y entrega su Corazón al fuego de la caridad. Ahí tienes "la vida eterna" (Jn 17,3) que su Humanidad ha comenzado a vivir aquí abajo en la visión beatífica, y a la que el eremita, por profesión, se compromete a aproximarse lo más posible.

Escucha lo que dice; repítelo después de él para decirlo de veras: "Padre, Yo te he glorificado en la tierra" (Jn 17,4). "Yo te conocí" (ib. v.25). "Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo haré conocer" (v.26). Las divinas perfecciones que contempla no le dictan más que una palabra por la que pasa todo el éxtasis de su alma, ya que las veía todas deslumbrantes en la unidad e infinitud de Dios: "Padre santo" (Jn 17,11). En ellas lee toda la historia de su sublime vocación: su eterna predestinación: "Tú me amaste antes de la creación del mundo" (Jn 17,24); su unión inefable con el Padre: "Salí del Padre" (Jn 16,28). Ha sido enviado por él sin abandonarlo. Se estremece en sus fibras más recónditas con pensar en su permanencia en el seno del Padre (Jn 1,18). "Padre, Tú en mí, y Yo en ti" (Jn 17,21). "Estoy en el Padre y el Padre está en mí" (Jn 14,10). Sabe que es amado infinitamente. ¿Acaso no ha oído dos veces la voz del Padre que desde el cielo proclamaba su tierno amor: "Éste es mi Hijo muy amado, en él están todas mis complacencias". Se pone a pensar en el abismo vertiginoso de las predilecciones divinas, y su corazón vibra de gratitud. Sin una gracia especial no hubiera podido considerar sin desfallecer, la liberalidad divina:

- su pertenencia al Verbo y su milagroso nacimiento: "Salí del Padre y vine al Mundo" (Jn 16,28).
- su misión de Jefe de la Humanidad: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos" (Jn 15,5), liberalidad que le daba a él, y a él solo para comunicarla, la vida que recibiera "en plenitud" (Jn 17,2).
- su realeza sobre el universo: "Yo soy Rey" (Jn 18,37).

Tiene conciencia hasta de ser el Dueño y dispensador de los tesoros de la divinidad: "Padre..., todo lo tuyo es mío" (Jn 17,10), incluso del Espíritu Santo que él nos enviará (Jn 16,7). Se ve dando remate a su misión, llevándose consigo al cielo todo su Cuerpo Místico, y cifrando toda su gloria en ese último cumplimiento de la voluntad del Padre: "Quiero que los que me has dado estén también donde Yo esté, para que contemplen mi gloria" (Jn 17,24). En la soledad y el silencio del monte Jesús se repite a sí mismo con una emoción que la sencillez de los términos apenas permite vislumbrar: "El Padre ama al Hijo" (Jn 5,20). Y ante ese Amor que lo colma, Jesús adora: "El Padre es mayor que Yo" (Jn 14,28).

El Padre es el Señor de Cielos y tierra (Lc 10,21). Frente a esa Majestad Jesús se abaja, San Pablo dirá "se anonada" (Flp 2,7). Se entrega por entero a su voluntad santa por onerosa que sea. Tal había sido su primer acto consciente en el instante de la Encarnación: "He aquí que vengo para hacer tu voluntad" (Hb 10,7). Sabe que lo llevará a la muerte; esa muerte él la ama, la quiere porque "por esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda de (su) cuerpo" (Hb 10,10).

Hasta donde puede bajar baja, tomando la "condición de siervo" (Flp 2,7), y se "humilla aún más obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (v.8). Ciertamente para salvarnos, pero sobre todo por espíritu de religión, porque su anonadamiento como criatura y criatura perfecta proclama que sólo el ser de Dios es grande y necesario.

En ese Templo Jesús es el Sacerdote y la Víctima que en cada minuto de su existencia ha renovado su oblación: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado" (Jn 4,34), impaciente por ser inmolado en aras de la soberana Majestad de Dios: "He de recibir un Bautismo; ¡y cómo me angustio hasta que sea consumado!" (Lc 12,50). Sabe que por esa puerta oscura entrará en su gloria, y su amor se exalta al pensar en el Padre que lo acogerá para coronarlo: "¡Oh Padre, Yo voy a ti"; "Ahora voy a ti" (Jn 17,11-13).

Tal era la oración de Jesús en el desierto, dechado de la tuya.

Oración pura, breve en sus fórmulas, pero indefinidamente prolongadas por el eco que despiertan en el alma.

El eremita sólo tiene una oración que responda exactamente a las aspiraciones de su corazón: las tres primeras peticiones del Padrenuestro, sin que le sea menester precisar más de lo que ha querido hacerlo Jesús, para sí como para nosotros. Mantén virgen tu imaginación de la multiplicidad de las preocupaciones apostólicas. El film que vas rodando en tu cabeza y posterga a Dios al trasfondo, en manera alguna valoriza tu intervención. Como Santa Teresita de Lisieux, haz el bien "sin mirar atrás".

Todo va incluido en el advenimiento del reino de Dios, en el cumplimiento universal de su voluntad, en la glorificación de su nombre por todos; la conversión de un pueblo, de un alma, igual que el éxito en un examen.

A la oración de Jesús no le quites sus dimensiones a escala mundial.

La extensión de su objeto en nada disminuye su eficacia. La verdadera caridad repudia el particularismo.

Imita a Jesús; canta las alabanzas de Dios, entrégate a todos sus querer, déjalo reinar sobre tu inteligencia por la fe, sobre tu corazón por la caridad, sobre tus deseos por la esperanza, en unión con Cristo.

Hazlo a través de él. Él es el único mediador. Nada es acepto a Dios, ni oración, ni sacrificio, sino pasando por las manos de Jesucristo: "Cuanto pidiereis al Padre, os lo concederá en mi nombre. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis y vuestra alegría será perfecta" (Jn 16,23-24). Sólo él merece ser escuchado, en razón de la perfección de su amor filial (Hb 5,7). Lo serás tú en la medida de tu unión con él.

El eremita que ora con Jesús, con su oración, dilata el corazón a la medida del Salvador. No puede apetecer Maestro más soberano de Oración. Ponte, como él, en presencia de Dios trascendente: no existe otro método para adquirir la humildad. Esa contemplación te sumerge en la verdad y te hace cobrar conciencia de tu nada hasta llorar, y de la grandeza de Dios hasta saltar de gozo...

En el Templo admirable que es el Corazón de Jesús, escucharás un eterno Tedéum: su eco debe llenar el tuyo: "Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los Ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de su gloria..."

Capítulo 4

El templo marial. Pura capacidad de Dios

"El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra..." (Lc 1,35).

"¿Quién es ésta que sube del desierto apoyada sobre su Amado?" (Gn 8,5).

No es un espejismo: María es ciertamente la Reina del desierto. A ella, antes que a nadie le fue dicho por Dios que la atraería a la soledad para hablarle al corazón, y eso de modo único, ya que la "Palabra" increada descendió a ella para habitarla (Lc 1,38). En la soledad, en el silencio es donde concibió en total secreto. Y vuelve al mundo, sin ser jamás del mundo, para darse a su Amado y hacerse cargo de nosotros.

El eremita no acertará a encontrar a Jesús sino en María. Ella es el oasis del desierto que alumbra la Fuente de vivas aguas refrescantes.

Es asimismo el "Tabernáculo del Dios Altísimo". Una de las mayores gracias que puedan ser otorgadas, es la de descubrir ese Templo Marial, y penetrar en él para abordar a Jesús. Él está siempre "vivo en María", y al igual que los Magos no hallarás al uno sin la otra (Mt 2,11).

Recuerda que María no es sólo la Madre de Dios, es también la tuya; y en el orden de la gracia se lo debes todo. Ella ha dado a Jesús al mundo, ella te lo da a ti. Ella lo ha hecho nacer en tu alma en el Bautismo. Ella lo hace crecer y te moldea a su imagen. Nada te llega de Dios sin que pase por ella. Más afortunado que todos los exploradores, te adentras en el desierto bajo la guarda de una madre que te traza la pista y cuya mano te protege y provee a todas tus necesidades, la más imperiosa de las cuales es la necesidad de Dios: "Fuera de ti nada deseo sobre la tierra" (Sal 72,25). Ella te conduce a él.

Jesús es la Luz, María es el candelero; Jesús es el Maná, María la Urna que lo contiene; Jesús es el incienso, María el altar de oro que lo sustenta; Jesús es el carbón incandescente, María el incensario donde arde; Jesús es el Pan de vida, María la mesa en que se nos sirve; Jesús es el Dios adorable, María el Santo de los Santos donde recibe nuestras adoraciones.

Todo ello fue verdadero físicamente durante los nueve meses en que el Verbo Encarnado vivió en el seno de su Madre. Y no lo es menos, espiritualmente, por los lazos de gracia que unen a Cristo y a la Virgen, y por su vocación de Madre de los hombres. Es el Templo de la Trinidad: "Dios está en ella..." (Sal 45,6).

Es la "ciudad de Dios" cuyas "puertas ama Dios más que las tiendas de Jacob" (Sal 86,2), la que ha elegido, de la que dice: "Ésta será por siempre mi mansión, aquí habitaré porque lo he querido" (Sal 131,14), el monte que "eligió Dios para morada suya, en el que siempre habitará Yavé" (Sal 67,17).

Contempla con cariño de qué manera y hasta qué grado de perfección es María el Templo de Dios. Tú mismo lo eres: ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (1 Co 3,16) —"Efectivamente, nosotros somos templos de Dios vivo" (2 Co 6,16).

No lo has sido siempre; Ella, en cambio, lo fue ya desde su concepción. El Espíritu Santo habita en ti a título de la gracia santificante que lo atrae a tu alma junto con las otras Personas

divinas. Reside en María como en su Templo propio. Madre del Verbo Encarnado, el Espíritu de su Hijo le es dado con un carácter de pertenencia que hace de ella su Santuario normal y privilegiado.

Es el Trono de la Sabiduría (*Sedes sapientiae*) no sólo en el sentido de que la Sabiduría increada se haya encarnado en su seno; lo sigue siendo después del nacimiento de Jesús. Al tomarla por Madre, el Verbo ha contraído con ella una unión que ha sido comparada con el matrimonio. Ha establecido entre ambos a dos una pertenencia recíproca, una solidaridad por la que ponen en común la Obra íntegra de la Redención. Con miras a ese "matrimonio divino", a esa colaboración, es por lo que la ha enriquecido con tantos privilegios que hacen de Ella, en cuerpo y alma, el Templo más puro y el más hermoso que jamás existió: puro por su Concepción Inmaculada; hermoso, por su plenitud de gracia.

En ese Templo ha depositado Dios los tesoros que nos destina, confiando a la solicitud maternal de María la distribución universal de los mismos.

Por Ella, la vida de Jesús fluye hasta nosotros. En tu hartazgo peligroso peregrinar por el desierto necesitas más que nadie ayuda. Tienes hambre y sed de lo divino. La Iglesia le hace decir a la Virgen: "¡Oh vosotros los sedientos! venid a las aguas; aun los que no tenéis dinero, comprad y comed" (Is 5,1). Respira el perfume de incienso que sube de ese santuario. Alma contemplativa como la que más, María jamás perdía la presencia de Dios. No se derramaba en palabras. Exponía su alma virgen a la cálida luz del amor divino para ser penetrada por sus rayos. Como un espejo cuya limpidez ninguna sombra empañaba, recibía la imagen de Dios y la reflejaba en adoración y alabanza. Devolvía en gloria lo que se le daba en gracia: "Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador" (Lc 1,46-47).

¡Si pudieras ser como Ella "pura capacidad de Dios"! ¿Por qué retirarte al desierto, por qué haber quemado las naves, desconectado todas las antenas, alzado paredes en torno a tu soledad, sino a fin de conservar o recuperar la virginidad de tu alma? Recién bautizado, cuando lo creado no había hecho aún irrupción, un himno único, del fondo de tu alma se elevaba: la alabanza y el amor que se tributan las Tres Divinas Personas. Ese canto, en forma permanente, era el que escuchaba María, y su eco en la gracia que la llenaba; y el don rebotaba en gloria: "Santo es su nombre" (Lc 1,49).

Sólo puedes tener un deseo: dar oídos a ese perenne "Gloria" que resuena en el hondón de tu alma. No puede escucharse sino en pureza, silencio y paz.

Tal vez piensas que amar a Dios es darle algo... Ábrele paso franco, no pide otra cosa, pues amar a Dios es ofrecerse a las liberalidades de su amor, es dejarlo que nos ame. No digas: "Dios mío, os amo".

Di: "Dios mío, ámame". Para él amar es dar, y lo que da es su caridad, que nos permite corresponderle.

La Virgen María se alegra en su Magnificat porque "el Señor ha mirado la pequeñez de su sierva" (Lc 1,48), "haciéndole grandes cosas".

Deja que en ti cante el hombre nuevo con su primacía recobrada en el desierto. Cuanto más sencillo sea el marco de tu existencia y más comunes tus ocupaciones, más fácil te será vivir a la escucha de Dios.

Piensa en Nazaret: la Madre de Dios, la Reina del cielo y de la tierra es nada más que el ama de casa de una familia pobre, y su horizonte diario no rebasa los términos de una aldea. Así y todo, es más que el Templo de Jerusalén, ella, la Esposa mística del Dios que en él se adora. ¡Ah, si pudieras sustraerte al ambiente de ruindad, y no vivir más que de las realidades invisibles! Hazte indiferente a lo contingente y tendrás a mano una zona desértica favorable a la libertad de tu alma.

María no desea nada sino ser en plenitud "la sierva del Señor" (Lc 1,38), en el mismo sentido en que San Pablo gustará de llamarse "esclavo" (1 Co 7, 22 ; Rm 6,22).

Advierte una notable semejanza de disposiciones íntimas entre la Madre y el Hijo. Jesús viene también para servir al Padre (Hb 10,7), y se hace "esclavo" de sus voluntades (Flp 2,7). La humildad y la sumisión confiada nacen infalible y solamente del sentido de Dios y del espíritu de adoración. En el desierto, el hombre se siente pequeño y destituido, a merced del Creador a quien todos los elementos obedecen. Cual un mendigo, se calla, postra su miseria y junta las manos en señal de imploración: "A ti alzo mis ojos, a ti que habitas en los cielos; como están los ojos del esclavo atentos a las manos de su señor" (Sal 122,1-2).

El eremita, a despecho de las apariencias, es la antítesis de un independiente. Liberado de todo y de sí mismo, se entrega al beneplácito de Dios. Si eres íntimo de la Santísima Virgen, ésa será la más profunda lección que aprenderás de ella. Habla poco, mas lo que dice cambia el rumbo del mundo y puede transformar tu existencia.

Toda tu sabiduría delante de Dios se encierra en estas tres palabras caídas de labios de María: "Ecce", "Fiat", "Magnificat". Tu éxito en el eremitorio está pendiente de la impronta que dejen en ti...

"Heme aquí" es la ofrenda generosa del abandono, la entrega incondicional de sí, en la total ignorancia de un porvenir que sólo Dios conoce y se reserva para labrar. Necesitas una fe sólida, maciza, en la Paternidad de Dios. Tienes suficiente conocimiento de sus vías para saber cuán misteriosas, "insondables e incomprensibles" son (Rm 11,33), y hasta qué punto "los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ni sus caminos nuestros caminos" (Is 55,8). No ignores con qué condición va el discípulo en seguimiento del Maestro: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lc 9,23).

Aquel que no perdonó a su Hijo Único (Rm 8, 32), no será blando para el hijo adoptivo: "Mi Padre es el viñador... Todo sarmiento que da fruto, lo poda para que dé mas... (Jn 15,2).

Con todo, no dudas de su Corazón. Pero en ti, el hombre animal tiene miedo: se sabe condenado por tu ingreso en el desierto. Tu santa despreocupación le espanta al arrebatarle toda oportunidad de salvación. La sentencia de muerte está dada contra el "hombre viejo", y Dios la ejecutará sin duda a proporción de tu generosidad en el abandono. Ora por obtenerla.

Es una cumbre. Sábetete que no la alcanzarás en un día: Afírmate en la segunda petición del Padrenuestro: "¡Hágase tu voluntad!" La tuya se resistirá cada día menos, amansada por el amor.

Entrénate en el "Fiat" en los querer positivos del Señor. En ellos sabes dónde hacer pie, y tu esfuerzo está circunscrito con precisión.

Se te ahorra la incertidumbre, y tu responsabilidad no recae sino en tu correspondencia. En la Anunciación, la Santísima Virgen asumía un formidable capital de sacrificios. Mas la contrapartida fue maravillosa: en ella el Verbo se hizo carne. Por un modesto asentimiento, se convertía en Madre de Dios, Madre de los Hombres y Corredentora del género humano.

Toda la fecundidad de nuestra vida depende de esas aquiescencias y de esas renunciaciones: "Si el grano de trigo no es enterrado y muere, queda solo; si muere, da fruto en abundancia" (Jn 12,24).

La resistencia a los querer de Dios no viene ordinariamente por falta de luz, sino por un entibamiento de la caridad. Dios y su voluntad es todo uno. Si lo amaras no andarías con titubeos.

Nadie tiene el derecho de menospreciar tus combates ni tus sufrimientos. Jesús no subestima tu abnegación, y los que se ríen de tus luchas dan pruebas de que no están muy hechos a desistir de sí mismos. Se siembra en lágrimas, pero se cosecha cantando (Sal 125,5).

El MAGNIFICAT hinche el corazón que ama hasta el don de sí. La Virgen de los Dolores es también la de los Gozos. En el eremitorio debe reinar un ambiente de paz gozosa. El eremita que

no niega nada a Dios, posee la ciencia de los santos. Puede ignorarlo todo acerca del saber, y no estar al tanto de las batallas de ideas. Ha recibido el "Espíritu de Sabiduría" que lo guía (Ef 1,17). Como María, él es su trono, y, como ella, piensa que "lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios más fuerte que los hombres" (1 Co 1,25).

La devoción a la Adorable Voluntad de Dios te salva del pecado, de todo mal espiritual. ¿Qué complacencia tomaría Dios en ti si anduvieses en continua divergencia con él? Juguete de la turbación ¿cómo serías el espejo que refleja su fiel imagen? ¿Qué sería el desierto del eremita si no pudiera decir con total sinceridad y verdad: "Yo soy para mi Amado y mi Amado para mí"? (Ct 6,3).

Pídele que te vacíe de ti mismo y ensanche tu capacidad de lo divino.

La Virgen María te enseñará cómo ingeniártelas. Escúchala: "Yo soy la madre del amor... Venid a mí... El que me escucha, jamás será confundido y los que me sirven no pecarán" (Si 24,30-31: Vulgata).

Capítulo 5

El templo eclesial. Presencia en el mundo

"Como piedras vivas dejas edificar en edificio espiritual..." (1 Pe 2,5).

El eremita es un solitario, no un aislado. El aislamiento se define por la ausencia de relaciones vitales con los otros. Puede haberlo en plena aglomeración. El aislamiento es inhumano, es una suerte de eterna condenación. El hombre no tolera ser tenido por inexistente, y él mismo se rebaja al nivel de los brutos si excluye de su mente y corazón a todos sus semejantes. Lazos de gracia invisibles mantienen al eremita en comunión íntima con innumerables hermanos, y aun delante de Dios responde de la humanidad entera.

No encontrarás a Dios fuera de la Iglesia cuyo miembro vivo eres.

Cobra viva conciencia de esa pertenencia que justifica tu apartamiento al desierto y lo vivifica. ¿Cómo pertenecer a Cristo sin ser miembro de su Cuerpo? "En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y vosotros estáis llenos de él, que es la Cabeza" (Col 2,9). El Templo de la economía actual, helo aquí: la Iglesia unida a Cristo, como en un cuerpo el tronco a la cabeza, recibiendo de él toda su vida. Tú mismo eres, por tu parte, miembro de ese organismo sobrenatural, y por él, "miembro de Cristo mismo" (Ef 5,30). Dios ha constituido a Jesús "cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo" (Ef 1,22-23).

Demóstrate en contemplar la dilección de Jesús por la Iglesia a la que ama como a su esposa: "Se entregó por ella para santificarla. Quería hacerla aparecer delante de sí toda gloriosa sin mancha ni arruga o cosa semejante, sino santa e inmaculada" (Ef 5,26-27) La alimenta y la cuida (ib. v.29). Bajo esa personificación la Iglesia es tu madre. El eremita debe abrigar para ella los sentimientos de un hijo. Piensa en lo que le debes: todo, en el orden de la gracia te ha venido por ella, y por ella accedes al Salvador. Abriéndote su regazo en el Bautismo te dice: "Entra en la Casa de Dios a fin de que tengas parte con Cristo para la vida eterna" (Ritual).

Desde entonces, mediante los Sacramentos, te prodiga su vida, que es la de Jesús. Fertiliza tu desierto y provee a tus necesidades. Por la Eucaristía que ella custodia y dispensa, aplaca tu hambre y apaga tu sed.

Por la Penitencia venda tus llagas y abastece tu alma. Su infalible autoridad abaliza tu itinerario. No se te lanza a la ventura en la incógnita de las estepas. La Iglesia lo ha dispuesto todo para que no te extravíes, y tu alma se expanda; tu estrecha unión con ella afianza tu seguridad. Todos los días, por medio de las lecturas del Oficio divino y de la Misa, que ella ha escogido para ti en las Escrituras y los Padres, gracias a su larga experiencia de los hombres y su instinto maternal, orienta tus pensamientos y alimenta tu oración. Con discreción y ternura te lleva de la mano a su Esposo, que es también el tuyo.

La Iglesia no es una alegoría. Bajo la conducta de su Jerarquía, está formada de las miríadas de fieles con los que te unen los lazos reales de la caridad: "Siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, miembros los unos de los otros" (Rm 12,5).

Reflexiona en el flujo y reflujo de beneficios y deberes recíprocos que ello representa para cada uno. Tu soledad queda a salvo íntegramente; esos intercambios vitales se hacen en Dios y no precisan ninguna relación de conocimiento directo con las personas.

Sin embargo, el aislamiento te es imposible porque comulgas en lo que cada cual lleva en sí de más valioso y de más querido: la caridad que es amor de Dios y del prójimo. Recibes de todos y das a todos.

Condivides las alegrías y las penas de todos, así como ellos, sin conocerte, simpatizan contigo: "los miembros se preocupan por igual unos de otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los miembros participan de su gozo" (1 Co 12,25-26). Todos colaboramos a una obra de conjunto: la construcción y ornamentación del Templo eclesial.

En tus momentos de lasitud, cuando el silencio de tu celda te espanta de repente con su inquietadora severidad, cuando la sensación de ser el prisionero del vacío te invade, piensa en la Comunión de los Santos. No es un mito. Por todas partes: en el mundo, en los claustros, en los eremitorios, innumerables hermanos y hermanas, varios de ellos auténticos santos, oran, sufren por tu perseverancia y tu santificación, y se reconfortan pensando que tú intercedes en favor suyo. Nunca te has entrevistado con ellos y te son más íntimos que tus mejores amigos. Tu Dios es el suyo, su ideal el tuyo; la misma gracia os vivifica, el mismo Espíritu os anima. Asistís a la misma Misa y con los mismos sentimientos; recibís el mismo sacramento de la Eucaristía. Rezáis el mismo Padrenuestro, cantáis las mismas alabanzas. Tenéis la misma Madre, María. Aspiráis al mismo cielo; en la tierra consentís en los mismos renunciamientos por vivir de las mismas realidades sobrenaturales. Tenéis las mismas luchas. Y vuestros méritos a una van a parar al mismo tesoro de la Iglesia para ser repartidos entre todos. Si la amistad es una puesta en común de las riquezas de espíritu y corazón, cuentas con una infinidad de amigos en todos los medios y por toda la tierra.

No puedes, cada mañana, seguir atentamente las oraciones del Canon de la Misa, ni comulgar, sin sentirte unido de corazón con cada miembro de la Iglesia de la tierra, del cielo y del Purgatorio, sin cobrar conciencia de la responsabilidad que te alcanza, como a todos, de los infieles y los pecadores. Millones de almas dicen contigo cada día: "Padre nuestro", y son hermanas de la tuya. "A solas con Dios", se ha de entender tan sólo de una abstención de contacto directo con los hombres, para reservarle a Dios todas las disponibilidades. Pero sería una monstruosidad anticristiana y la negación misma del monacato, perfección de esa vida cristiana, el desolidarizarse del Cuerpo Místico y de sus miembros, actuales o llamados a serlo.

Conllevas una parte de responsabilidad en el crecimiento y expansión de ese Cuerpo Místico de Cristo, que no logrará su plena y definitiva madurez sino al fin del mundo: Trabajamos todos "en la edificación del Cuerpo de Cristo hasta que lleguemos todos a la realización del hombre perfecto, a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo." (Ef 4,13). Eso nos dice San Pablo. San Pedro, fijándose en el símil del Templo, subraya que somos "piedras vivas" y que "debemos ser elementos de edificación de un edificio espiritual" (1 Pe 2,5). Sin dejar de ser solitario, te incumbe un papel social al que no puedes faltar sin traicionar los intereses de la Comunidad y sin frustrar a la Iglesia. Cada órgano tiene su función. Los ministerios son diversos: todos son grandes delante de Dios.

El eremita no es llamado ni al gobierno, ni a la predicación, ni a las obras. De incógnito absoluto, debe orar, sufrir por sus hermanos y asegurar en su nombre el Oficio de la Alabanza y de la Adoración. A fin de estar día y noche en presencia de la Augusta Majestad de Dios, su pureza y el fervor de su caridad deben hacer de él un embajador grato a Dios. Ese hecho le impone una obligación especial de santidad.

La belleza y la fuerza espiritual de toda la Iglesia, está hecha de la perfección de cada uno. San Pablo insiste en el deber de crecimiento individual del que depende el del Cuerpo entero (Col 2; Ef 4). En este sentido Isabel Leseur tenía razón: "Toda alma que se eleva, eleva al mun-

do". No te es lícito vegetar en una torre de marfil. Estás exonerado de todo cuidado humano; tienes que sobresalir en los deberes de tu profesión. Tu función eclesial es la del corazón, sede del amor que lo anima y al que propulsa a su vez hasta las extremidades de los demás miembros. No defraudes.

Para el eremita desconectado de todo ¡qué dinamismo en esa doctrina del Cuerpo Místico! No necesitas, para vivirla, ni diarios ni revistas. La curiosidad por las vicisitudes de la vida del mundo te expone más a perder de vista su estructura y funcionamiento espiritual que a reanimar tu fe. ¿Acaso sería normal que el desamparo de los hombres produjera en un contemplativo mayor impacto que las solicitudes del amor de Dios? Tu misión es ofrecer los hombres a Dios; otros se encargan de dar Dios a los hombres.

Permanece vuelto al Señor en la actitud de la antigua Orante.

Aplicáte personalmente este texto de San Pedro: "Como piedras vivas sed edificados en edificio espiritual para un sacerdocio santo, que ofrezca sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo" (1 Pe 2,4-5). La Iglesia toda, unida con su Cabeza, constituye ese "sacerdocio regio", cuya función es "anunciar la gloria de Dios" (v.9).

Cada cual debe contribuir a esa acción sacerdotal; más que otros tú, que has sido elegido para desempeñar oficialmente el ministerio de la oración y del sacrificio que incumbe a la Iglesia. Esos "sacrificios espirituales" son, ante todo, la Adoración, la Alabanza, la Acción de gracias. En la soledad, el silencio, el reposo del alma, estás en situación privilegiada para ofrendar a Dios, en unión con Nuestro Señor, "un sacrificio de alabanza en todo tiempo", esto es, según la hermosa expresión del Apóstol, "el fruto de los labios que confiesan su Nombre" (Hb 13,15).

Hazte cargo de la amplitud y potencia que da a la oración del eremita esa encomienda oficial de la Iglesia. Si ella es el Cuerpo de Cristo; si es su Esposa muy amada, y esposa intachable, ¡con qué complacencia no la han de escuchar, sea que implore, sea que exhale, a través de los himnos de que eres el cantor, su propio amor! A ella se dirige el Esposo: Dame a oír tu voz, que tu voz es suave..." (Ct 2,14), "hazme oír tu voz" (Ct 8,13).

Da preferencia a la oración litúrgica, cuando es su hora, sobre las oraciones privadas. Por tus labios el mundo entero ora. Suples a la inhibición de los que no oran y, por ti, la voz del amor cubre la del pecado. No se trata de una "socialización" arbitraria del eremitismo.

Dejarías de ser cristiano desolidarizándote de la Humanidad. Tu clausura, como la del P. Foucauld, es "una barrera contra el mundo, no contra el amor". Toda la Humanidad, de hecho o de derecho, pertenece al Cuerpo Místico de Cristo, y todo cuanto haces de bueno o de malo, en el secreto de tu celda, repercute en el organismo entero. Depende de ti que el valor secundario de cada Misa, en cuanto ofrenda de los méritos de los fieles, sea más o menos considerable.

Ama, si cabe decir, a ultranza. La caridad es como la sangre de ese Cuerpo: "Un poquito de ese puro amor más provecho hace a la Iglesia que todas esas otras obras juntas" (San Juan de la Cruz, Cant 29).

Si algún vago sentimiento de tu inutilidad amenaza hacerte vacilar, vuelve a leer las recias palabras de Pío XI a los Cartujos: "Contribuyen mucho más al incremento de la Iglesia y a la salvación del género humano los que asiduamente cumplen con su oficio de orar y mortificarse, que los que con sus sudores y fatigas cultivan el campo del Señor; pues si aquéllos no atrajesen del cielo la abundancia de las divinas gracias para regar el campo, más escasos serían ciertamente los frutos de la labor de los operarios evangélicos... Porque, en verdad, si en algún tiempo ha sido conveniente que hubiese en la Iglesia de Dios tales anacoretas, mayor motivo hay para que existan y prosperen en los tiempos actuales" (*Umbratitem*).

Impalpable, la presencia del eremita en el mundo es como la de los bienaventurados del cielo: actúa eficazmente sobre las necesidades reales de los hombres, las del orden de la eternidad, que

son las más importantes de todas: "¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su propia vida?" (Mc 8,36). El eremita que alcanza al pobre la luz que le haga amar sobrenaturalmente su indigencia, hace infinitamente más por él que el que le construye una casa.

En el Templo de la Iglesia estás junto al altar, tienes a mano el agua que salta hasta la vida eterna.

El manjar de la Tebaida es la Eucaristía. No crecerás sin comer. San Pablo dice que el cuerpo todo entero y cada miembro recibe de la cabeza su nutrición para realizar su crecimiento en Dios en la caridad.

Ese alimento es el Cuerpo y la Sangre de Jesús: "Siendo uno solo el pan, todos formamos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese pan único (1 Co 10,17).

La Comunión será la gran fuerza y el más dulce consuelo de tu soledad: te da a Dios en persona. Asimismo, estrecha los lazos que te religan, por la Iglesia, a todas las almas. La Hostia formada de miríadas de partículas de harina te recuerda los incontables hermanos que comparten tu "comida", y la muchedumbre de los invitados desdeñosos a quienes debes suplir, en espera de que les obtengas el sentarse a la misma mesa. Dirige con frecuencia tu corazón hacia el Copón y pide a Jesús que venga a ti. La comunión espiritual es quizá la más fecunda toma de contacto con Dios a lo largo de la jornada. Al mismo tiempo ratifica tu pertenencia a la Iglesia y tu universal caridad.

Tu sacrificio está al servicio de la Comunidad cristiana; no es una ascesis raquílica cuyos frutos se limitan a ti. Pues entonces no serías ya una verdadera "hostia viva, santa, agradable a Dios" (Rm 12,1).

El Dogma de la Comunión de los Santos comprendido y vivido por ti te preservará del entumecimiento. Has de pensar que detrás de tus paredes no te es lícito organizar una existencia "farniente". La llamada de las almas te acosa. Responde con San Pablo: "Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia" (Col 1,24).

Capítulo 6

El templo interior. La inmanencia de Dios

"Glorificad a Dios en vuestro cuerpo". (1 Co 6,20).

Nunca leerá el eremita sin un alborozado estremecimiento las siguientes afirmaciones de San Pablo: "¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? El templo de Dios es sagrado, y ese templo sois vosotros" (1 Co 3,16-17). "¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habita en vosotros y lo habéis recibido de Dios?... Glorificad, pues, a Dios en vuestros cuerpos" (ib. 6,19-20).

No busques a Dios ni en un lugar ni en el espacio. Cierra los ojos del cuerpo, ata tu imaginación y baja dentro de ti mismo: estás en el Santo de los Santos donde habita la Santísima Trinidad.

En el instante de tu Bautismo has quedado hecho templo de Dios: "Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". En el acto, "el amor de Dios fue derramado en tu corazón por el Espíritu Santo que te fue dado" (cf. Rm 5,5), y se realizó la promesa de Jesús: "Si alguien me ama —esto es, si tiene la caridad, si se halla en estado de gracia—, mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra mansión" (Jn 14,23).

Sabes lo que significa esa presencia: algo totalmente distinto de la del Creador en su criatura. Por ella contraes una amistad divina que te introduce en la intimidad de la Trinidad. Huésped de tu alma. El eremita ve en esa inhabitación de Dios la razón específica personal de su retirada al desierto. Viene a vivir, con exclusión de toda otra ocupación, esa sublime verdad. Desde ese ángulo sobre todo, su vocación es escatológica: comienza en la tierra en las sombras de la fe y la luz del amor lo que hará en la eternidad, donde sólo habrá un templo: Dios mismo. ¿Acaso no está más él en Dios que Dios en él por su acceso gratuito al misterio tan secreto de las relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo? El hombre es contemplativo por destinación y por estructura: "La vida eterna está en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo" (Jn 17,3), mas con un conocimiento que participa del de Dios mismo, viéndolo cara a cara en el fervor del amor beatífico. Conocerlo es el objeto supremo de nuestra inteligencia.

Amarlo es el todo de nuestra voluntad, ávida de bien. Nuestra condición terrestre interpone entre Dios y nosotros toda una gama de verdades parciales y de bienes fragmentarios que deberían ayudarnos a remontar el vuelo hasta su fuente, pero que con harta frecuencia nos apartan de ella en razón de la sobrestima que les damos.

¿No es extraño que el hombre, organizado para alcanzar su pleno desarrollo en la contemplación, que lo dilata a la medida de Dios, prefiera la acción, que lo repliega sobre sí mismo en su voluntad de vencer? Es más fácil actuar que hacer oración. En ésta la iniciativa pertenece a Dios, en aquélla a nosotros, y no nos gusta enajenar nuestra libertad aunque sea en provecho del Señor. Para la fe es una especie de enigma que la mayoría tengan aversión a la contemplación, que viene a ser para ellos como el lujo de los cristianos ociosos.

Esa incuria por la presencia de Dios en el alma es una afrenta y el pecado una suerte de sacrilegio: "Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él" (1 Co 3,16).

El eremita lo ha dejado todo para afinarse en esa "Presencia".

Cerradas todas las avenidas del lado de la tierra, se siente con ánimos de ser "conciudadano de los santos" (Ef 2,19). Su cualidad de cristiano y la vocación formal que lo llama a la soledad fundamentan su pretensión. Si comprende bien el sentido de su vocación, entonces todo él, cuer-

po y alma, es un templo. La disciplina de sus sentidos y la "esclavitud de su carne" cobrarán un significado más profundo: no serán tan solo un esfuerzo laborioso por mantener el Señorío. El cuerpo, por su parte, es una piedra escogida que hay que labrar y pulir para la iglesia que se construye (Dedicación). Lejos de execrarlo, el eremita lo rodea de respeto con miras al papel que le asigna la Liturgia. Ésta tiene para con el cuerpo un ritual minucioso que regula y ennoblece las actitudes y funciones de cada miembro en la participación que le brinda en la oración y el sacrificio.

Viénele su dignidad sobre todo del alma que lo anima, y que en gracia a su unión sustancial se lo asocia en el honor de ser morada del Altísimo. Esta teología del cuerpo rectamente entendida no autoriza ya más respecto del mismo el trato sórdido que le infligían los eremitas primitivos. El Bautismo lo ha lavado en la lustración purificadora; el sacerdote lo ha signado con la Cruz, ungido con el Santo Crisma; la Comunión eucarística lo transforma en copón viviente. Después de la muerte, la Iglesia lo inciensa y lo lleva en triunfo. ¿No era el templo del Espíritu Santo? Esmérate por que él también venga a ser lo que es. Gracias a él y al funcionamiento satisfactorio de sus órganos es como tu alma podrá gozar conscientemente de la presencia de Dios en ella. Guárdate de que una severidad indiscreta te incapacite para sostener un coloquio prolongado con el Huésped interior. Si María hubiera padecido jaqueca, la entrevista de Betania hubiera perdido su colorido.

No puedes, sin alegrarte, pensar en lo que pasa en el fondo de ti mismo... En el instante en que tomas alimento, recreo o sueño, el Padre, en tu alma, engendra a su divino Hijo. Su Palabra es de una actualidad incesante: "Yo, hoy, te he engendrado" (Sal 2,7).

Trata de percibir con la fe algo de esos intercambios de amor y alabanza entre las divinas Personas que son la vida de la Trinidad, su gloria que irradia en tu alma. El "Gloria Patri." que jalona tu salmodia es sólo un eco, si bien el más fiel, de la alabanza que se tributan mutuamente "los TRES".

La gloria del Padre es su Hijo que refleja a la perfección todos sus atributos. Es su Palabra interior, su canto. Lo ensalza como la fuente de todos los bienes divinos, el "Principio".

La gloria del Hijo es el Padre que testifica, al engendrarlo perfecto como él, su trascendente hermosura.

La gloria del Espíritu Santo es el gozo mutuo del Padre y del Hijo, su beso sustancial.

Pídele una y otra vez que te haga menos insensible a ese grandioso himno al que se refieren todos los actos de religión, es decir, todos los actos de tu vida de eremita, orientada a la glorificación de Dios.

Al repetir, en unión con la Trinidad, ese inefable "Gloria", comulgas con su beatitud. Tal es la suprema consolación del desierto, la única que pueda legítimamente codiciar el eremita. Por una gota de esa alegría los santos lo abandonaron todo. En tu retiro, esfuérate por que tu corazón sintonice con el de Dios, y tu gozo se sitúe en lo que constituye la felicidad de cada una de las Personas divinas.

El gozo del Padre es su Hijo, su expresión perfecta es la palabra que lo engendra: "Filius meus es tu", "Tú eres mi Hijo" (Sal 2,7), es ese Verbo semejante en todo al Padre, imagen viva suya, hacia el que lo impele toda su ternura y que le devuelve amor por amor en igualdad perfecta.

La alegría del Hijo es su Padre, de quien recibe todo cuanto es en sí mismo, ese Padre que en un solo acto agota en favor suyo toda su fecundidad, al comunicarle la naturaleza divina con sus perfecciones: su felicidad consiste en estar "en el seno del Padre" (Jn 1,18) y en amarlo con ese matiz de infinita gratitud.

La alegría del Espíritu Santo es la alegría misma del Padre y del Hijo, fundiéndose en esta tercera Persona. Amor sustancial de las dos primeras Personas, es llamado el Corazón de Dios. Es un canto, una fiesta divina, es el eco sublime del Amor. Es en Dios el foco de la alegría y de la dicha.

No hay alegría humana que se pueda comparar con esa felicidad divina. El eremita sabe que es un bien no ajeno a su vocación, ni menos una tesis que descifrar en los libros, un espectáculo lejano cuya inasequible esplendidez tornaría su Tebaida aún más antipática.

Es en ti, templo de la divinidad, donde palpita ese corazón de Dios, es en el centro de tu alma donde se exhibe esa maravillosa vida trinitaria. Haz tuyo este dicho de un teólogo: "En este momento actual que se me va en naderías, Dios todo entero se ocupa (en mí) en dar nacimiento a su Hijo coeterno" (Régnon).

Eres hijo adoptivo y como tal habitas en el seno de la familia divina, presentado e introducido por Jesús: "Padre, quiero que los que me has dado estén también donde Yo esté" (Jn 17,24).

Y ¿dónde está Jesús? "En el seno del Padre". La fe y la caridad, participación del conocimiento que Dios tiene de sí mismo y del amor que se da a sí mismo, te sumergen en la corriente vital de la circumcesión. ¿No es ése el sentido de la oración de Jesús: "Que ellos sean uno como nosotros somos uno, Yo en ellos y Tú en mí"? (cf. Jn 17,20).

En el eremitorio ésa será tu vida interior: asociarte con toda la continuidad posible al canto de gloria y de amor de las Tres divinas Personas, en comunión con Jesús, el cual asume tus actos personales y los eleva, valorizados al infinito, hasta Dios. Según el atractivo del momento únete al Padre para celebrar la gloria del Hijo, al Hijo para exaltar la gloria del Padre, al Espíritu Santo para saborear la alegría de la Trinidad entera.

Todo ello sólo es posible vivirlo en la fe, en la desnudez del espíritu y el silencio. Ninguna criatura, ninguna imagen te servirá, toda vez que lo creado te revela la naturaleza de Dios, pero nada te dice de su vida. Es menester, para llegar ahí, desbordar las cosas terrenas y olvidarlas. El día que del fondo de tus entrañas ascienda un deseo verdadero que te arranque el ansia del salmista: "Como suspira la cierva por las aguas vivas, así te anhela a ti mi alma, ¡oh Dios!", sabrás que Dios llama a tu puerta y quiere cenar contigo (Ap 3,20).

Es el Espíritu del Hijo, que Dios ha derramado en tu corazón, el que clama: "Abba, Padre", el que con gemidos inenarrables pide por ti "lo que corresponde a las miras de Dios" (Rm 8,26-27), es, a saber, tu perfecta unión con él.

Ese es el último "porqué", el último "cómo" del desasimiento del eremita, por qué sigue a la letra el consejo del Señor, "se retira a su celda, cierra tras de sí la puerta y ora al Padre, que está ahí en lo secreto" (Mt 6,6). Lo hace materialmente, y más aún espiritualmente con el recogimiento intensivo de la celda interior que favorece el eremitorio.

No pases ningún escrúpulo por no dedicar sino poco tiempo a las "devociones", por no sobrecargarte de intenciones particulares; la oración oficial de la Iglesia provee a todo, y el honor que rinde a los Santos en sus Oficios, la eficacia apostólica de sus súplicas, aventajan infinito tus homenajes e intercesiones privadas. La Epístola a los Hebreos dice que Jesús, en el cielo, "está siempre vivo para interceder por nosotros" (Hb 7,25). Lo hace sin requerimientos formulados, con la sola presencia de la marca gloriosa de las cicatrices de la Pasión, memorial de su amor y obediencia. Tu ser entero, por su consagración y el fervor de tu caridad, pide por sí solo que el nombre de Dios sea santificado, que su reino venga, que su voluntad se haga.

El eremita puede, con pleno derecho, considerarse como agregado ya a la grandiosa liturgia de la Eternidad que nos describe el Apocalipsis.

Tiene su puesto entre las "miríadas de miríadas", y los "millares de millares" de Ángeles y Santos reunidos en torno al solio de Dios, y dice con potente voz: "Al que está sentado en el Trono y al Cordero la bendición, el honor, la gloria y la dominación por los siglos de los siglos" (Ap 5,11-14).

Si la liturgia monástica que celebras está simplificada hasta el límite, si se te proporcionan largas horas de soledad y de santo ocio, es para permitir que tu alma, liberada de toda traba, anticipe, en cuanto sea posible, lo que será nuestra vida eterna. No por eso confíes en que ya no sabrás de la pesadez y el hastío de las oraciones desoladas. Toda la fiesta es para la fe y el amor. La alegría es la de Dios, no la tuya, en lo que podría tener de sensible.

Por miserable que seas, la adoración, en la cual tu egoísmo no puede tener la menor cabida, será siempre para ti una salida dichosa de tu "yo" obsesivo. La felicidad de Dios será tu felicidad: ése es el supremo desinterés de la caridad verdadera.

Que en el Templo de tu alma resuenen sin cesar las bellísimas aclamaciones del Gloria: "Gloria a Dios en lo más alto de los cielos.

Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos y te damos gracias por tu gloria inmensa..." Puesto que en el desierto ninguna voz se eleva fuera de la tuya, habrá al menos un sitio en la tierra donde Dios es adorado puramente...

Epílogo

La celda

"Me ha llevado a la sala del festín y la bandera que sobre sí alzó es el AMOR" (Ct 2,4).

De todas estas riquezas, las primeras semanas de celda no te descubrirán gran cosa, tal vez nada. Confórmate humildemente con aburrirte y dar vueltas. Tienes el corazón en carne viva por todo cuanto acabas de dejar, y en las paredes enjalbegadas nada se dibuja sino sólo un Crucifijo y una Virgen. Hay aún demasiado tumulto en tu imaginación y tu sensibilidad como para que te captive lo Invisible.

Habías soñado con esta casita que tu fantasía te pintaba hermana de la del autor de la Imitación de Cristo. En ella estás... y te dan escalofríos. Te entran ganas de fugarte.

Ten paciencia. Ora. Organízate "incontinenti" un ciclo de ocupaciones, lecturas, algún trabajo sobre la Biblia o cualquier otro tema espiritual de tu gusto. Poco a poco descubrirás y saborearás la mística de la celda. Los que la han cantado en términos emotivos que han atravesado los siglos no eran novicios, puedes creerlo, y lo mismo que tú, han probado, de buenas a primeras, su austeridad.

La celda del eremita es una vivienda única en su género. No es el despacho de un eclesiástico, ni la habitación de un jesuita o de un mendicante. El solitario duerme, trabaja, come y se solaza en su celda. Pero su carácter distintivo está en que ella es todo su universo.

Salvo sus visitas a la iglesia, no debe buscar nada fuera. Todo se le da ahí, en su minúsculo coto.

Todos los tesoros del desierto, del Monte y del Templo, de tal forma están ligados a ella que el eremita que la abandone sin un motivo de peso controlado por la obediencia, los pierde al momento. Fuera, nada encuentra, a él no le aprovecha. El eremita está sometido a la celda para la subsistencia del alma.

Es un refugio contra los miasmas del mundo; lugar santo en que el Señor se hace el encontradizo, sostiene entrevistas secretas con el alma que, por su amor, en ella se recoge, dando de mano a todo lo demás. Es aquella "bodega" (Ct 2,4) donde el Amado introduce a su amada para embriagarla con su presencia y sus dones.

Entregarse en ella a futilidades sería profanarla. En la celda da Dios audiencia al alma solitaria. Llegado a los confines de la vida terrestre, desprendido de las contingencias que hacen gemir a tantas almas sedientas de Dios, pegadas como están a las duras condiciones de la existencia, el eremita da comienzo a su eternidad en el gozo del Señor.

Si eres generoso verás surgir de la sombra, poco a poco, ese mundo divino en medio del cual vivías sin tener conciencia de él, porque el relumbrón y el alboroto del otro impedía que se manifestara. A tu vez, experimentarás, embelesado, que nunca está uno menos solo que cuando está solo.